

Gotham Tribune

Copyright 2024 Sep, 16, by Aritz Fernández Urchaga

Vol. MCMLXXIX.... Nu. 14, Nov

GOTHAM CITY, THURSDAY, DECEMBER 20, 1934

FREE

EN LOS DOMINIOS DE LA LOCURA

Prólogo

Escribo estas primeras palabras el domingo 23 de julio de 2023. Aún no se ha publicado el *Volumen 1* de la colección “Batman: Tragedia y Salvación”, y dudo que pueda atraer la atención de ECC (la editorial en España que publica los comics de DC) o con la propia DC Comics, o acabar autopublicándolo como un *Fan Fiction*. Lo que sí espero es no tardar quince años en terminar esta novela desde que tuve la idea de iniciarla, como me ocurrió con *Donde habita la oscuridad*. Y, como me ocurrió con ese primer volumen, a día de hoy tan solo tengo unas endebles ideas que ni pueden considerarse una sinopsis y, menos aún, un argumento. Sé que quiero introducir al Joker, que Dos Caras debe llevar el peso de la acción como principal antagonista, y que Enigma puede igualmente contar con una gran trama. Pero hay un gran riesgo de que tres villanos de ese calibre, con su respectivo origen y desarrollo, pueden opacar a los protagonistas y dejarlos en un segundo plano.

Por fortuna, a 25 de julio de 2023, los astros y las ideas se alinean y yo tengo lista la sinopsis y una hoja de ruta; eso sí, cómo encajar todas las piezas y que resulte creíble, coherente y lograr ese *plot twist* final... eso ya es otra cosa.

A 11 de agosto de 2023 ya tengo casi completada la línea argumental o, al menos, lo que más quebraderos de cabeza me daba: el plan de Enigma. Mientras Dos Caras y el Joker basan su poder en la brutalidad y falta de escrúpulos, Enigma es un personaje que demanda estrategias elaboradas y retorcidas, requiriendo de mucho más tiempo y esfuerzo para diseñarlas. Confío en saber hacer que estos personajes lleven a nuestros protagonistas al extremo de tensión y caos que deseo, de una manera coherente, logrando que el lector experimente el mismo sufrimiento que ellos. Por cierto, el pasado 31 de julio recibí respuesta de David Fernández, editor de ECC Ediciones, a un correo que les envié, respondiendo de forma educada y profesional, que los derechos de Batman y el resto de personajes del Universo DC corresponde en exclusiva a DC Comics; que ellos son licenciatarios de DC en España y que no pueden recibir proyectos relacionados con sus personajes ni ejercer como intermediarios. Una lástima, ya que esa misma respuesta, la de la imposibilidad de trasladar mi trabajo o poder contactar con editores de DC, es la misma que me han dado ilustradores que trabajan para la propia editorial con los que he contactado. Y es que mientras un ilustrador puede ir a una feria y mostrar su trabajo, no ocurre lo mismo con los guionistas quienes, al parecer, deben esperar a que sea la editorial la que contacte con ellos.

A 13 de septiembre de 2023, podríamos decir que tengo toda la novela agolpada en la cabeza, y cuando eso ocurre, surgen diálogos y situaciones de forma aleatoria en cualquier momento de prácticamente cualquier capítulo. Lo último que he escrito es la escena en la que procuro psicoanalizar al Joker. Deseaba encontrar o exponer una serie de hipótesis para su personalidad, y teniendo en cuenta que la acción sí sitúa en el año 1935, he empleado las enseñanzas y teorías expuestas en las obras *El malestar en la cultura y Tótem* y *Tabú*, de Sigmund Freud.

26 de septiembre de 2023. Por fin puedo decir que me siento algo más liberado para ocuparme de otros asuntos más urgentes, pero no ha sido hasta tener casi completo el capítulo en el que los tres villanos se unen, así como varias escenas clave de la tormentosa relación entre Bruce Wayne y Selina Kyle.

También veo la posibilidad de entablar una relación extraordinariamente intensa entre dos personajes, uno de los cuales me parecía, iba a quedar relegado a un segundo plano, y ahora veo que puede representar a la perfección lo que supone ser víctima del poder y la estrategia de manipulación mental del Joker. Ciertamente es que temo que la acción física tendrá menos importancia y protagonismo que en la primera, dirimiéndose la mayoría de conflictos con palabras y no con puñetazos. Y es que, en esta novela, más que en la anterior, todos los personajes verán que el peor enemigo y quien con más fuerzas amenaza su cordura e incluso su propia vida, es el que llevan dentro.

Batman: Tragedia y Salvación ***Vol. 2***

A 4 de octubre de 2023, debo darme por vencido. Creía que con lo escrito esta semana pasada lo había logrado; que había conseguido una tregua y poder dejarlo, pero no. Hay tantas posibilidades en esta novela y con estos personajes, que creo que debo atender su llamada en vez de resistirme. Me ocuparé, como estoy haciendo, de otros proyectos, pero no voy a invertir ni un ápice de esfuerzo en oponerme a escribir nada. Cuando la mente te pide ocuparte de un asunto, puede deberse a que estás huyendo de tus obligaciones; que te niegas a salir de tu zona de confort, pero en este caso, siento que no tengo opción, por lo voy a continuar centrado casi en exclusiva en ello.

10 de octubre de 2023. Ayer escribí un capítulo completo en el que introduzco una subtrama, fruto de la conspiración del poder político, que alcanza a un personaje secundario y creo que enriquecerá y tensará mucho la historia y las relaciones entre los protagonistas. Es lo fantástico de estos personajes: tienen tantos matices y dilemas morales, que puedes plantear casi cualquier conflicto que creas adecuado. Incluso surgen solos si simplemente piensas como alguien que vele por sus propios intereses antes que en hacer el bien. Sigo con ello. ¿Quién soy yo para enfrentarme a Dos Caras, el Joker o Enigma, y decirles que esperen, porque hay algo más importante?

1 de julio de 2024. Ayer terminé la corrección de la novela “El Vendaval”, la cual dejaré de lado hasta septiembre, cuando empiece a prepararla para su publicación en diciembre, pero, antes de eso, me he hecho el firme propósito de terminar con este *Volumen 2* para su publicación el 21 de septiembre: el *Batman day*. Creía que iba a echarme sobre el teclado y retomar con ansia este trabajo, pero no. Así como abandonarlo fue muy duro, retomarlo también lo está siendo. Y es que son unos personajes tan complejos que, o bien estás profundamente centrado e involucrado, o lo mejor que puedes hacer es dedicarte a otra cosa. Aquí no hablamos de superhéroes que luchan en planetas exóticos ni de monstruos que pelean en Tokio mientras destruyen edificios. Aquí tratamos de los recovecos más oscuros y profundos de la sique, las relaciones sociales y el alma humana. Esta tarea exige una dedicación y espíritu de sacrificio salvajes para abordarla con éxito. Porque no tengo un personaje principal y varios secundarios, sino a dos personajes principales y tres antagonistas, además de multitud de secundarios. Pero esos dos protagonistas, son cuatro, en realidad, y lo mismo ocurre con Dos Caras, quien quiero que también deje asomar en ocasión a su verdadero yo: Harvey Dent, ya que lo fácil sería que fuera sepultado por el primero.

De modo que ¿cómo dar suficiente espacio a Bruce Wayne, al Murciélago, a Selina Kyle, a la Gata, a Harvey Dent, a Dos Caras, al Joker y a Edward Nigma / Enigma? ¿Cómo involucrar al siempre necesario Alfred, brújula, consejero y una suerte de padre de Bruce Wayne? Forzosamente debemos sacrificar a alguno de ellos. Pensé que alguno debía dar el relevo al resto; servir como detonante, pero luego dejar que otros hagan el trabajo. Me equivoqué. Aquí, todos son necesarios casi en todo momento.

En este tiempo he perfilado la situación de Bruce Wayne y Selina, y creo que corro el riesgo de no dar suficiente de ese espacio al protagonista. Tengo miedo de que el Murciélago, motivo por el cual el lector leerá esta obra, “estorbe”. Ese es un problema habitual cuando nos centramos en el protagonista de carne y hueso y no en el personaje que lleva capa y máscara, pero, después de todo, ¿no es Batman un error, una anomalía, algo que ojalá nunca hubiera existido? El Murciélago nace a raíz de una tragedia, pero es Bruce quien siempre ha estado y estará ahí. ¿No sería un final magnífico el día en el que Bruce Wayne no necesite al Murciélago? ¿No es ese ser una terapia, una válvula de escape para el dolor de un huérfano? No deberíamos entonces sorprendernos, como digo en la Sinopsis, de que Bruce desee deshacerse de él como si fuera una enfermedad o adicción, y poder curar de ese modo por completo el trauma causado por el asesinato de sus padres.

Cierto es que este planteamiento tampoco es original. La necesidad y/o deseo de abandonar o incluso destruir por completo a sus alter ego, es algo que ya vimos en *Watchmen* o *Spiderman 2*.

A la hora de hablar de posibles candidatos, es decir, actores reales que encarnen a los villanos (recordemos a Josh Brolin como Bruce Wayne / el Murciélago y a Amanda Seyfried como Selina Kyle / la Gata), mi Joker perfecto siempre ha sido y será, Crispyn Glover. Para Dos Caras, una muy buena opción sería Billy Crudup, mientras que, para encarnar a Enigma, elegiría a Daniel Brühl. Y ya que van a aparecer aquí, fugazmente, el doctor Crane, alias “el Espantapájaros” y el doctor Tetch, alias “el Sombrero loco”, yo apostaría por Bill Skarsgård para el primero, y por Tim Roth o Daniel Brühl para el segundo. Como Alfred Pennyworth y James Gordon, haría repetir a Michael Caine y a Gary Oldman respectivamente.

26 de agosto de 2024. Hoy, lunes, he terminado la novela. Ahora inicio el repaso, que será mucho más rápido que con la anterior, ya que está concluida en un 95%. Al igual que ocurrió con *Donde Habita la Oscuridad*, ha sido un placer sumergirme en la historia de Nueva York y emplear tantos hechos reales en esta novela. También ha sido una suerte, a la hora de necesitar dos lugares en los que situar la acción y a los personajes, contar con la existencia de dos famosos relojes en la ciudad de Nueva York, o con dos cuadros con luna de la también neoyorquina Georgia O'Keefe en los que aparece la luna. Reconozco que habrá quien eche en falta más acción y presencia por parte de Batman, ya que aquí concentro todo el protagonismo en Bruce Wayne. Otra notable ausencia es la del Batmóvil, que no tiene espacio para protagonizar ninguna persecución o escena memorable. Todos estos elementos prometo subsanarlos en el *Volumen 3, Un Macabro Cuento de Hadas*, para el que solo tengo ahora alguna idea general y no sé en absoluto cómo desarrollarlo, pero sí el poco o mucho talento que pueda tener no me abandona, no tengo duda de que, en 2025, se hará realidad.

Redactor
Aritz F. Urchaga

20 de diciembre de 1934

Gotham sufre el mayor periodo de miseria, desempleo y corrupción de su historia, sumida en la grave crisis económica conocida como “la Gran Depresión”. Por su parte, los antaño solteros de oro, Bruce Wayne y Selina Kyle, son ahora una pareja prometida que centra su tiempo y recursos en ayudar a los más desfavorecidos a través de la “Fundación Thomas y Martha Wayne”, rechazando enfundarse en la piel de sus alter ego, *el Murciélago* y *la Gata*, como si estos fueran una enfermedad o adicción a la que combatir.

Cuando parecía que la situación no podía empeorar, el bipolar fiscal de la ciudad, Harvey Dent, es atacado por el líder mafioso Sal Maroni, quedando desfigurado parte de su rostro y liberándose una personalidad psicopática que hasta ese día había podido contener. Empleando todos los medios a su alcance, Dent, convertido ahora en el criminal *Dos Caras*, tendrá como único objetivo matar al Murciélago, único fuera de la ley al que no pudo atrapar ni condenar como fiscal. Pero la desaparición del justiciero enmascarado de la escena pública obligará a Dos Caras a tomar la decisión radical de liberar del asilo Arkham al mayor enemigo del Murciélago y que esa ciudad recuerde: el Joker; empleándolo como cebo para lograr que la sombra más temida de Gotham salga de su escondite.

Un capricho de la fortuna unirá los destinos de los, ahora aliados, Dos Caras y el Joker, con un siniestro periodista del Gotham Tribune, el cual asegura conocer la identidad real del Murciélago. Ese hombre, que se identifica únicamente como *Enigma*, iniciará un enfermizo juego en el que Bruce Wayne deberá elegir entre ser testigo de la muerte de decenas de inocentes y que su identidad secreta permanezca oculta, o salvar a los habitantes de Gotham a cambio de desvelar públicamente el verdadero rostro que se esconde tras la máscara del Murciélago.

Esos tres rivales, cada cual, con diferentes armas y estrategias, someterán a Bruce Wayne y a Selina Kyle a unos enfrentamientos y tormento psicológico que amenazarán, más que nunca, tanto sus vidas como su ya frágil estabilidad mental.

En los Dominios de la Locura

Batman: Tragedia y Salvación

TÍTULOS DE LA SAGA:

Vol. 1, Donde Habita la Oscuridad

Vol. 2, En los Dominios de la Locura

Vol. 3, Un Macabro Cuento de Hadas

Batman: Tragedia y Salvación

Vol. 2

EN LOS DOMINIOS DE LA LOCURA

Aritz F. Urchaga

Este relato es una obra de ficción independiente y los personajes mencionados en él son propiedad de DC Comics. El uso de estos personajes se realiza únicamente con fines literarios y sin intención de infringir los derechos de autor. Este relato no está respaldado ni afiliado de ninguna manera con el propietario de los personajes.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2024, Aritz Fernández Urchaga
ISNI: 0000 0005 0391 0023
www.aritzfurchaga.com

Ilustración de portada: Aritz Fernández Urchaga

Capítulo 1

20 de diciembre de 1934

Amanece en Gotham, y hace mucho que la luz de un nuevo día no va acompañada del deseo de emprender, de crear o, simplemente, de vivir, sino que es el despertar a una pesadilla llena de penurias que parecen no tener fin. A la ruina de miles de inversores tras el “Crack del 29”, le ha seguido la quiebra de bancos y empresas, y una gran masa de habitantes de las zonas rurales abandonan campos y granjas, llegando a Gotham con una esperanza depositada en no saben muy bien qué. Esa ciudad, antaño próspera, hoguera de vanidades, excesos y lujuria, vive una decadencia inevitable, tomando el relevo o maldición de la Babilonia o la Roma antiguas.

Pero unos pocos aún pueden vivir como en los años felices, ajenos a esa Gran Depresión. En la campiña, lejos de la miseria, la mansión Wayne continúa impasible, testigo orgulloso de una realidad que despreciar. Es como un retrato imperecedero que devuelve una mirada de desdén al que la observa, porque ni los años de guerra, ni el devenir de esa crisis, parecen importarle. Pero, en su interior, las cosas sí han cambiado.

En el salón principal, Bruce Wayne y Selina Kyle están sentados en una larga mesa mientras toman su desayuno. Él come su tradicional naranja, té con limón, y un huevo pasado por agua, mientras lee la edición de ese día del Gotham Tribune.

—Las acciones se mantienen estables en la Bolsa de Londres —susurra Bruce—. Suben las cotizaciones en París y Berlín. Ha aumentado el valor del oro que el gobierno tiene en bolsa, sobre el valor del 1 de febrero, inmediatamente después de la devaluación del dólar...

Entre tanto, Selina corta con desgana medio pomelo. Apenas se miran ni hablan, más que para responder a su mayordomo cuando les pregunta si todo está a su gusto o si desean algo más. Tras las clásicas negativas de ambos, Bruce le dirige la palabra al fin.

—Es una mañana fría —dice, retirando los ojos del diario—. ¿De verdad no te apetece tomar algo caliente? ¿Leche o un caldo?

—No, estoy bien.

—Estoy pensando en desayunar cereales durante el invierno. Y añadir miel al té.

—Como prefieras...

—¿De verdad no sientes hambre antes del almuerzo?

—No, el desayuno es un invento de los hermanos Kellog para vender copos de maíz tostado. Nunca había desayunado antes de vivir aquí, contigo.

—Algún día te contaré el verdadero objetivo de John Kellog al crear sus cereales.

—¿Y por qué no me lo cuentas ahora?

—No sería apropiado. Mejor cuando estemos casados y en la intimidad de nuestra habitación.

—No sé si la ansiedad me dejará esperar hasta el próximo mayo —dice Selina, con ironía.

—Hablando de cereales, recuerdo que las temporadas que viví en Asia, recluso en templos y montañas remotas, apenas contaba con un puñado de arroz para almorzar y otro para la cena. Poder comer huevos o pan era una bendición.

—¿Y por qué, si siempre has sido rico? Seguro que podrías haber vivido como un rey en esos lugares.

—Porque allí no era Bruce Wayne.

—Y no querías las comodidades que tienes aquí, en Gotham.

—Si quería aspirar a ser como esos hombres que me instruían, debía vivir como ellos y el resto de sus alumnos. Meditaba largo tiempo, mendigaba por los pueblos y caminos... Buscaba la alteración de la conciencia; la sublimación de la mente a través del sacrificio del cuerpo. Ayuno, frío, dolor...

—¿Y cómo hubieras actuado si alguien llegara cada mañana para decirte que comieras más? ¿Que no podrás soportar los ejercicios de esos maestros con el estómago vacío?

Bruce no responde, viendo que se ha contradicho y dado argumentos a Selina para no comer, algo que le desagrada y preocupa.

—Disculpa, debo vestirme para la inauguración —dice ella, levantándose, dejando casi medio pomelo en el plato.

Esa suele ser, salvo contadas excepciones, la primera, pero no última decepción del día que Bruce sufre desde hace años.

El Rolls-Royce Phantom II de Bruce Wayne circula por el puente Trigate. Conducido por el fiel Alfred Pennyworth, en el asiento trasero se encuentran Bruce y Selina, cada uno mirando por la ventanilla opuesta a la del otro. Él echa vistazos al periódico, realizando algún comentario en voz baja de vez en cuando. Ella solo mira por el exterior, sin fijar la vista en nada en concreto, salvo en las ya cotidianas escenas de desahucios y las tristes siluetas que comienzan a proliferar

a medida que se adentran en el distrito Arkham. En aquel lugar, ese vehículo y, ellos mismos, destacan como un diamante sobre el barro. Alfred detiene el Rolls a la entrada de una antigua fábrica de ladrillos reconvertida en centro social, donde se agolpan una gran multitud de fotógrafos y ciudadanos comunes, todos los cuales deben ser apartados por no menos de dos decenas de agentes de policía.

—Hemos llegado, señor Wayne —dice el mayordomo.

—Bien, vamos, querida —responde Bruce, saliendo del Rolls, mientras Alfred hace lo mismo para abrir la puerta a Selina.

Allí, tras un estrado de madera, aguarda una notable representación de la clase política de la ciudad y de todo el Estado. El alcalde Giuseppe Enrico Fiorello, de unos cincuenta años, corpulento y de aspecto afable, recibe a Bruce como si fuera el mismo presidente Roosevelt, sabedor de que sus generosas aportaciones, son lo poco que puede aplacar el sufrimiento y tensión de su masa de votantes. Ya en el púlpito, el regidor se dirige ufano a las cerca de doscientas personas que se han congregado allí.

—Ciudadanos de Gotham. Estamos atravesando momentos difíciles. Desde la administración no somos ajenos a ello y, es por eso que, tras mucho esfuerzo y meses de colaboración con el señor Bruce Wayne, hoy, inauguramos este centro, que dará sustento a los más desfavorecidos, confiando en poder abrir en el futuro uno en cada distrito de la ciudad. Que esta iniciativa se convierta en un ejemplo de solidaridad que cunda entre el resto de multimillonarios de Gotham. Señor Wayne...

—Alcalde, autoridades, ciudadanos —dice Bruce, con un notable sentimiento de amargura—. Mi prometida y yo, nos enorgullecemos en inaugurar, a través de la “Fundación Thomas y Martha Wayne” el primer comedor social de Gotham. Hoy, muchos sois víctimas del frío y del hambre. Males que creíamos propios de otras épocas. Enemigos que los medios modernos parecían haber derrotado para siempre. Pero han vuelto y nos han golpeado aquí, en el mayor símbolo de nuestro orgullo. Tal vez estemos pagando por nuestros pecados —Bruce mira las caras sucias de los más jóvenes, que no tendrán ni cinco o seis años—. Por eso, deseamos que este sea un lugar de generosidad y de optimismo; un lugar en el que comencemos a derrotar a esos enemigos y podamos construir un nuevo futuro. Alcalde...

Pero antes de que Giuseppe pueda retomar la palabra, la que se adelanta y toma la palabra es Selina.

—Nos emociona poder decir que, esta próxima semana, cientos de familias podrán celebrar la Navidad como siempre habían hecho.

Muchos volverán a comer pavo, pure de patatas y dulces. Y nosotros estaremos con ellos para brindar por un próspero futuro que, seguro, nos devolverá la ilusión perdida; la ilusión e incluso las ansias de vivir que otros nos han quitado. Muchas gracias.

Esas palabras sí levantan una oleada de aplausos y vítores, pareciendo sacar de su letargo a unas gentes cansadas de palabras y promesas vacías. Bruce se coloca junto a ella y posan para la prensa. Él, sonrío forzosamente. Selina, ni lo intenta.

De regreso a la mansión Wayne, Alfred puede notar la tensión que rodea a la pareja. Está tentado de hablar sobre cualquier cuestión banal, pero sabe que eso solo sería reconocer en voz alta que las cosas no van bien, por lo que continúa callado, con los ojos y la mente puestos en la carretera. Bruce tampoco habla del asunto para no generar más malestar, pero ver que su prometida ha roto el protocolo y se ha entrometido de esa manera, le ha indignado, y quiere aclarar la situación antes de que ese acto impulsivo que, en el fondo, sabe que es fruto de la piedad, dé pie a una discusión.

—¿Por qué has dicho que cenaran pavo y que nosotros brindaremos con ellos? Eso no es lo que estaba previsto.

—Tampoco me dijiste que a este acto iban a acudir familias con niños pequeños —responde ella, sin dejar de mirar por la ventanilla, reteniendo en su pupila esas tristes imágenes—. ¿Los has visto bien? ¿Los has mirado a la cara? Nunca he visto ojos tan apagados y sin esperanza.

—Es un acto promovido por Bruce Wayne. Había convocada prensa de más de veinte medios. Era lógico traer a esas personas para las fotografías.

—He sentido tentación de darles las joyas que llevo puestas. Con lo que sacarían por ellas, medio Gotham podría calentarse y comer durante semanas.

—Pero no lo has hecho...

—No, porque así no es como debe actuar la prometida de Bruce Wayne ¿verdad? Debo ser fría y distante, como tú. Repartir solo las migajas de mi mesa mientras sonrío para los fotógrafos y pongo la mano en el hombro de los necesitados disimulando que me repugnan... que son inferiores a mí.

—Yo nunca te he pedido que seas así... Y sabes que estoy intentando cambiar ese aspecto de mí. Esta crisis no ha sido culpa nuestra. No había forma de impedirlo ni de luchar contra sus daños. Esto es lo más beneficioso que podemos hacer por la sociedad

—¿Pero lo hacemos por los demás o por nosotros mismos?

—Lo único que importa es que estamos haciendo algo bueno, Selina. Más allá de las apariencias o de cómo actuemos, nadie en los últimos años ha hecho en esta ciudad algo tan valioso por ellos. Con la creación de este comedor social y el resto de los que abriremos, hacemos un bien mucho mayor del que nunca haríamos... de la otra manera.

—Y ahora, ni te atreves a nombrarlos.

Al otro lado de la ciudad, a las puertas del Palacio de Justicia, hay también gran expectación, mucha más policía y casi tantos fotógrafos como ante el comedor social. El responsable no es otro que el mafioso Sal Maroni, el cual avanza rodeado de seguridad para asistir a la primera sesión de su juicio como acusado de ser la cabeza de una de las mayores organizaciones criminales de Gotham.

En los servicios del Palacio, el fiscal del distrito, Harvey Dent, permanece agachado frente a un espejo, mirando el chorro de agua que cae de un grifo medio abierto.

—Eres un fraude, chico —pronuncia por su boca una voz extraña, como si a la garganta de la que emana, le costara pronunciar las palabras—. Mírate... estás temblando. Sabes que hasta ahora ha sido fácil. Solo te has enfrentado a carteristas y defraudadores, pero seguro que empiezas a tartamudear en cuanto tengas enfrente a Maroni... Cállate. Así no me ayudas... Nadie puede ayudarte. Deberías haberlo pensado antes y dejar que yo me ocupara de ese mafioso. Esto te viene grande, muchacho. Vas a quedar en ridículo ante media ciudad. Después de este día, tendrás suerte si encuentras trabajo como botones... ¡Cállate!

En ese momento, la puerta se abre, asomando uno de sus ayudantes.

—Señor Dent...

El fiscal se gira, mostrando un rostro enrojecido y sudoroso.

—Ya han llegado todos. ¿Se encuentra bien?

—Sí, solo me he atragantado. Gracias, Peter... ahora voy.

—Bien, señor.

Harvey respira hondo, se lava la cara y toma varios trozos de papel para secarse, mirándose al espejo.

—Tú eres Harvey Dent, el fiscal más implacable y exitoso de la historia de Gotham. Tú eres Harvey Dent. Has llegado aquí por tus propios méritos. Nadie te ha regalado este cargo. —Saca entonces un dólar de plata. Pasa un dedo por el lado de la cara, le da la vuelta y, en vez de un escudo, la moneda muestra otra cara—. No existe el azar...

En una sala atestada, Dent camina sin fijar la vista en nadie, aunque todos los ojos se claven en él. Toma asiento y abre su maletín, sacando carpetas y papeles, bebiendo después un poco de agua. Se levanta, como por instinto, cuando entra el juez Jonathan F. Conway. Vuelve a sentarse, pero no escucha nada de lo que se dice a continuación. Su mente está bloqueada por dos voces que luchan la una contra la otra, y le surge la tentación de pedir que se suspenda la sesión; de esgrimir alguna argucia legal, pero, entonces, la peor de esas dos voces habría ganado. “Señor Dent”, le parece escuchar. Ahora, son tres voces, y no sabe de dónde procede cada una. Tiene que centrarse en el presente, pero su cuerpo tampoco parece responderle y comienza a faltarle la respiración. Es un síntoma que conoce de sobras, pero sabe que su estado de salud es bueno. Tan solo debe exhalar el aire; vaciar sus pulmones para poder inspirar y llenarlos de nuevo. Hace eso, y la situación mejora, sus pulsaciones bajan y los sudores desaparecen.

—¡Señor Dent! —insiste el juez.

—Señoría... —responde Harvey, recuperando la consciencia.

—Puede llamar a su primer testigo.

—Con la venia... llamo al señor Rupert Thorne.

Todas las cabezas se giran en busca del aludido, el cual sube al estrado con paso lento y despreocupado. Viste un elegante y, a simple vista, carísimo traje blanco con rayas grises, corbata roja a juego con una rosa que pende del ojal de su chaqueta, y unos lustrosos zapatos de piel. Su aspecto cuidado conjunta con ese elegante vestuario, mostrando un reciente y perfecto afeitado, pelo engominado y un fino y cuidado bigote. Es, sin duda, el hombre más distinguido de la sala. Dent vuelve a beber agua mientras toman juramento al testigo, aclarándose la garganta y respirando hondo.

—Señor Thorne —dice el fiscal—. ¿Conoce al acusado, Sal Maroni?

—No, señor.

—¿Nunca le ha visto ni se ha reunido con él?

—Tal vez por los periódicos, pero nunca en persona. Esta es la vez que más cerca he estado de él —responde Thorne, bebiendo igualmente de su vaso.

—¿De modo que, nunca ha tenido relación con él? Le recuerdo que está bajo juramento.

—Ya se lo he dicho. Tengo buena memoria para las caras. Me acordaría.

—Dígame, ¿suele frecuentar el restaurante Prego?

—No, no lo conozco —responde Rupert, terminando de un trago su vaso de agua.

—Tal vez, entonces, estas imágenes ayuden a su excelente memoria a recordar qué es lo que tenían entre manos.

El fiscal coge varias fotografías y se las muestra. En las imágenes, tomadas desde la calle, se le puede ver con relativa claridad a través de una ventana del establecimiento, comiendo frente al acusado, Sal Maroni, acompañados de dos hombres más. Después, Dent se las enseña a todos los miembros del jurado.

—Me he quedado sin agua —dice Rupert.

—Que le traigan más agua al testigo —ordena el juez.

Un hujier mira fugazmente a Maroni, saliendo de la sala.

—Y bien, señor Thorne —continúa Dent—. ¿Recuerda ahora al acusado?

—Ese de la fotografía no soy yo. Sin duda es alguien refinado y con mucho estilo, pero no soy yo —dice Rupert, con una sonrisa forzada.

—¿De veras quiere hacernos creer que hay otro hombre en Gotham que es exactamente igual que usted, pero no es usted?

—Protesto —dice el abogado de Rupert—. Mi representado ya ha contestado y ha negado ser él.

—Señoría —replica Dent—, el testigo está negando lo que todos en esta sala vemos con nuestros ojos.

En medio de esa discusión, el guardia entra nuevamente portando una jarra.

—Cuidado... está caliente —susurra el hujier a Rupert, mientras le llena el vaso lentamente.

Thorne respira hondo, cogiendo el vaso con mano algo temblorosa. Después, mira a Maroni, que sonríe y afirma con la cabeza.

—¿Puedo... puedo ver de nuevo esas fotografías? —pide Rupert.

—Desde luego —responde Dent.

Cuando el fiscal se acerca de nuevo al estrado, Thorne le lanza a la cara el contenido del vaso. Dent se gira como por instinto, pero no puede evitar que el líquido le alcance de lleno en el lado izquierdo de la cabeza. Y esa agua comienza a quemarle.

—¡Aaagh! ¡Socorro! ¡Me arde! —grita Dent, cayendo al suelo con el rostro y el cabello humeante, notando que se le consume la piel y hasta la carne.

Varios de sus ayudantes corren a auxiliarlo, mientras los guardias y policías se arrojan sobre Thorne y el hujier. Sal Maroni sonríe aún más, viendo al fiscal retorcerse, rodeado del público y de unos fotógrafos que no desperdician la ocasión de inmortalizar las consecuencias de esa salvaje acción.

Capítulo 2

21 de diciembre de 1934

El Rolls-Royce de Bruce Wayne se adentra en el downtown. En su interior, tanto Alfred como su señor se muestran ausentes, ocupados en sus pensamientos. El mayordomo presta atención a los transeúntes que se cruzan con ellos, cada vez más temeroso de sufrir un asalto. Por el contrario, Bruce permanece absorto únicamente en el titular que ese día lleva en portada el Gotham Tribune.

“El Fiscal del distrito, Harvey Dent, sufre un brutal ataque con ácido en la primera sesión del juicio contra Sal Maroni, acusado de liderar la mayor organización criminal de Gotham”

La portada cuenta con una fotografía grotesca en la que se puede ver a Harvey Dent malherido, siendo atendido por varios hombres.

—Dios mío... —murmura Bruce.

—¿Ha dicho algo, señor?

—No, Alfred. No es nada...

Bruce guarda el periódico en su cartera de piel y mira al frente, sin fijar los ojos en nada en absoluto.

A los veinte minutos, el vehículo se detiene junto a la entrada de la Torre Wayne. Bruce, que desde hace más de un año acude prácticamente cada día a ese lugar, como si fuera un empleado más, pues se ha hecho el firme propósito de tomar las riendas de su compañía, levanta la mirada y observa el edificio. Seguramente, nunca podrá olvidar ni perdonarse lo que hizo para asegurarse, en vano, de que su torre dominara el skyline de Gotham. Fustigado por los remordimientos, agacha la cabeza y se adentra en la torre, tomando su ascensor privado.

—Buenos días, Helen —dice Bruce, una vez sale en la última planta, saludando a su secretaria.

—Buenos días, señor Wayne. El general Butler le está esperando.

—Deme cinco minutos y hágale pasar.

—Muy bien, señor.

Bruce entra en una enorme sala presidida por una mesa de escritorio de reluciente madera con lujosas sillas de presidencia y confidente; varias butacas y sofás, así como una gran mesa de billar junto a un mueble bar rodeado de estanterías con libros de diversas materias. El heredero de los Wayne se asoma a uno de sus ventanales y contempla la ciudad. Mira esas calles y edificios repletos de pequeñas hormigas sin rumbo; esas fábricas abandonadas y en ruinas; los muelles, donde antaño llegaban mercancías y masas de proletarios en busca de un futuro mejor, son ahora refugio de ratas, mendigos y contrabandistas. Y siente que no sabe cómo actuar. Por primera vez en su vida, quiere y debe enfrentarse a la realidad de ser únicamente Bruce Wayne, pero no sabe bien cómo hacerlo. Cree que está dando los pasos correctos, y confía en que el que está a punto de dar, no suponga el fin de Industrias Wayne y de su imperio familiar.

—Señor Wayne —dice su secretaria, abriendo la puerta—. El general Darlington Butler.

—General —dice Bruce, acercándose a la puerta y tendiéndole la mano.

—Señor Wayne —responde el militar, estrechándosela con firmeza y afecto—. Le agradezco que me reciba.

—Es un honor, general. Pase.

—¿Desean tomar algo? —pregunta la secretaria.

—No, se lo agradezco —responde el general.

—Gracias Helen, puedes irte —pide Bruce—. Imagino que tendrá una agenda muy ocupada.

—Lo cierto, es que no. Usted es el único empresario que ha aceptado reunirse conmigo.

Ambos toman asiento en torno a una mesita de té, al tiempo que Bruce saca de su cartera un manuscrito que lleva por título: “La guerra es una estafa”.

—Una obra inspiradora, general.

—¿De verdad se lo ha parecido?

—Y peligrosa. Usted es el militar más condecorado de la historia de este país. Dígame, ¿por qué va a echarlo todo por la borda? ¿No tiene miedo a las posibles represalias?

—Yo creía que servía a mi nación y a la causa de la libertad, pero he entendido que solo somos siervos al servicio de los intereses de las empresas de Wall Street. Cualquier cosa que me hagan será poco en comparación con el desengaño, la rabia y el sufrimiento que llevo dentro. ¿Alguna vez ha sentido que lo que siempre ha hecho, lo que mejor sabe hacer, lo que ha dado sentido a su vida, era una mentira?

—Sí, en cierto modo, sí... Llevaba tiempo meditando qué rumbo debía tomar mi empresa, y su obra me ha dado el empujón definitivo que necesitaba. Quiero que sea el primero en saber que, desde este próximo 1935, dedicaré en exclusiva los recursos de mi empresa, a la industria civil.

—¿Quiere decir que va a rescindir sus contratos con el Ejército?

—Así es.

—Pero, ¿usted sabe a qué ganancias va a renunciar?

—Me temo que sí.

—Ojalá mis publicaciones pudieran causar en el resto, el efecto que he logrado en usted. Ahora soy yo el que le pregunta: ¿no tiene miedo a lo que le depare el futuro, tomando esta decisión?

—Tengo miedo a muchas cosas, general, pero hace tiempo decidí, que la verdad no sería una de ellas. Sabía que la guerra es un negocio inmoral, pero no podía imaginar hasta qué punto servía al gran capital. Pensaba que éramos un engranaje de un mecanismo cruel pero inevitable y necesario. Sin embargo, ahora me he dado cuenta de que nosotros somos los operarios; los dueños de la fábrica; y la sangre de nuestros jóvenes, es el combustible que la mantiene trabajando a plena potencia. Y enriquecerme con eso, es una verdad con la que no podría seguir viviendo.

—Yo no lo habría definido mejor.

—Espero que no me robe esa reflexión para alguno de sus artículos.

—Si le soy sincero, estoy tentado de hacerlo —dice Butler, con una sonrisa—. Bien, no quiero robarle más tiempo. Gracias de nuevo por recibirme.

—Le acompaño.

En el pasillo, Bruce se dirige a su secretaria.

—Helen, ¿tengo más reuniones antes del almuerzo?

—Está citado a las once con Peter Wheling, el jefe del departamento de Ingeniería.

—Voy a acompañar al general hasta la salida, dígame a Peter que iré a verle a su oficina.

—Muy bien, señor Wayne.

Al anoecer, de nuevo en la mansión Wayne y antes de la cena, Bruce busca refugio en su enorme biblioteca. Es aquel un santuario de conocimiento de marcado estilo victoriano, que cuenta en sus altas estanterías de madera noble, tanto con incunables de inestimable valor, como con las ediciones más modernas y lujosas de los principales éxitos literarios del momento. En esos estantes reposan el legado y la

pasión de varias generaciones de esmerados coleccionistas por la siempre esquiva, infructuosa y, en definitiva, inalcanzable búsqueda de la sabiduría y la verdad. Pero esa búsqueda es tal vez el propósito más loable al que cualquiera se pueda entregar. Se sienta, como siempre, en el más desgastado de los dos sillones Chesterfield modelo *St. James* de cuero marrón que flanquean una majestuosa chimenea, dando la espalda a la puerta. Desde que tiene uso de razón, se recuerda leyendo, como su padre antes que él, en ese sillón, cuyo respaldo orejero y mullido cojín parecen engullirlo. Y cada vez que se roza con la piel cuarteada de los reposabrazos, se dice a sí mismo que debería mandarlo a tapizar, pero eso le haría perder, no solo la pátina que el tiempo ofrece, sino también su esencia y el recuerdo impregnado de los que ya no están entre los vivos. Como de costumbre, viste un batín de algodón color borgoña que solo usa allí, mientras fuma su picadura de pipa favorita: la *Ron Flake* de Gawith Hoggarth & Co., la cual inunda el lugar con un empalagoso y dulzón aroma de hojuelas rociadas con ron y azúcar de arce. Acto ese, el de fumar, que también realiza únicamente en la biblioteca. Es como si todos aquellos elementos: libros, sillón ajado, vestimenta y el humo de su pipa, junto con el relajante crepitar de los leños en el hogar y, en ocasiones muy contadas, una copa de cognac Louis XIII *Grande Champagne*, se unieran para crear uno de esos escasos momentos de calma y placer tan difíciles de alcanzar para las mentes inconformistas y complejas.

En esa ocasión, Bruce se halla inmerso en la lectura de una obra del filósofo danés Søren Kierkegaard, la cual le resulta algo más áspere de lo imaginado, debiendo releer o meditar varias veces cada párrafo e, incluso en ocasiones, cada frase.

—Nunca en estos años te había visto leer, y menos aquí —dice en la sala, de improviso, la voz de Selina.

—Hace mucho, cuando era joven, leía casi a diario —responde Bruce—. Entonces, a pesar de todo, tenía una paz... una cierta tranquilidad que me permitía entregarme durante horas a la lectura; evadirme... escapar del presente. Ahora, estoy intentando recuperar esos momentos. Y el hecho de poder estar aquí y leer, me dice... me reafirma en que... vuelvo a tener una cierta paz.

—La cena está lista. Le he dicho a Alfred que yo te avisaba.

—Bien, estoy deseando que me cuentes cómo te ha ido el día.

—No, yo no voy a cenar. Me duele la cabeza. Me voy a la cama. Hablaremos mañana.

Dicho eso, Selina se retira, dejando a Bruce casi con la palabra en la boca y el sempiterno sentimiento de frustración.

En el Bellevue Hospital Center, Harvey Dent yace en una cama, con la cabeza y parte izquierda del rostro vendados. Está fuertemente sedado con morfina, pero eso no evita que sus manos, párpados y labios, tiemblen y sufran espasmos. Es como si algo en su interior quisiera despertar.

“Mira lo que has conseguido —escucha el fiscal en su cabeza—. Nos has avergonzado delante de todos”.

—No ha sido mi culpa —murmuran los labios de Dent.

“No. Tú nunca tienes culpa de nada —vuelve a escuchar—. Si me hubieras obedecido, Maroni, Thorne, y el resto de los suyos, ya estarían en el fondo del río. Y, sin embargo, míranos ahora”.

—No... ¿No? —pronuncia, de forma más clara—. Ha quedado claro que tú no puedes seguir teniendo el control, muchacho.

Su ojo derecho se abre de golpe. Comienza a palpase los vendajes y a respirar con fuerza, incorporándose. En ese momento, una enfermera entra en la habitación.

—Señor Dent. Oh, Dios mío. Vuelva a costarse y relájese. Le aumentaré la dosis.

—No... no. ¿Qué me ha ocurrido?

—¿No recuerda nada?

—Apenas... no.

—Acuéstese y procure relajarse. Ha sufrido un accidente.

—Mi cara —dice Dent—. ¿Qué me ha pasado en la cara?

—No se preocupe. Mañana el doctor se lo explicara todo. Ya nos hemos puesto en contacto con el doctor Harold Gillies, de Cambridge. Es un magnífico cirujano plástico y pionero en la reconstrucción facial. Ha logrado que soldados ingleses que quedaron gravemente heridos y mutilados en la Gran Guerra, se recuperen casi por completo.

—¿Reconstrucción facial?

—La semana que viene estará aquí y se pondrá manos a la obra con usted. Ahora, procure dormir.

Dent se acuesta, asimilando a duras penas lo que ha escuchado. Con aparente calma, sigue con su ojo derecho a la enfermera mientras esta deja la habitación y apaga las luces. Se siente mareado y confuso, y sabe que lo mejor que puede hacer, es seguir ese consejo, pero su mente bulle en pensamientos imposibles de reprimir. Al poco tiempo, vuelve a escuchar esa voz, pero nítidamente, como si le estuvieran susurrando al oído. Atemorizado, sale de la cama y da un traspiés que a poco está de hacerle caer. Con paso débil y vacilante, entra en el cuarto de baño y enciende la luz. “Vamos, hazlo —escucha nuevamente—. ¿Creías que podrías mantenerme encerrado para siempre?”

Dent comienza a quitarse las vendas, primero, con cautela y, luego, con rabia. Se las desenrolla hasta notarlas húmedas y manchadas de sangre y lo que ve al despojarse de los últimos trozos, hace que grite desde lo más hondo de sus entrañas.

25 de diciembre de 1934

Es una tarde fría, pero la nieve aún no cuaja en las calles. Bruce Wayne y Selina Kyle, rodeados de guardaespaldas, curiosos y fotógrafos, entran en el comedor social de la “Fundación Thomas y Martha Wayne”, dispuestos a presidir uno de los más importantes actos sociales y de beneficencia que han llevado a cabo hasta la fecha.

—Señor Wayne, señorita Kyle —dice la secretaria de la Fundación, la señorita Claudia Horetis, recibéndoles a la entrada—. Muchísimas gracias por esta sorpresa. La gente está entusiasmada. Hacía años que no veía tanta expectación.

—Fue idea de mi prometida —dice Bruce, con desidia—. Espero que no se acostumbren...

—Ha sido un placer, Claudia —contesta Selina, mirando de soslayo a Bruce—. Estas personas han sido víctimas de las decisiones de poderosos y privilegiados como nosotros. Lo menos que podemos hacer, es conseguir que se sientan menos miserables.

Los tres se colocan tras una mesa que preside un gran comedor con capacidad para acoger a unas trescientas personas. La mayoría, son familias con niños pequeños. Todos están sentados en largas mesas corridas frente a platos y vasos vacíos.

—¡Atención, por favor! —dice en voz alta la secretaria—. Es un enorme placer para mí, dar la bienvenida a nuestros benefactores, Bruce Wayne y su prometida, la señorita Selina Kyle. Ellos, con su esfuerzo y generosidad, son los artífices de que hoy podamos ver cumplido este sueño. Parecía que esta ciudad era cara y cruz: ambición y lujo, o miseria y desesperación. Pero, esta noche, vemos que, además, hay también bondad y esperanza. Todos los que formamos parte de la “Fundación Thomas y Martha Wayne”, deseamos y confiamos en que este lugar será la semilla del renacimiento de una Gotham más próspera y justa... señor Wayne, ¿desea decir unas palabras?

Bruce se levanta y mira a la multitud.

—Gracias, señorita Horetis. Yo no soy un benefactor —dice Bruce, levantando levemente la voz—. Soy alguien que quiere hacer justicia. El mismo 24 de octubre de 1929, dije a mis empleados de Industrias

Wayne, que no les culpaba por haber ignorado los consejos de nuestros expertos en finanzas. Y, en ese tiempo, no despedí ni a un solo oficinista ni operario, y yo, personalmente, me hice cargo de los préstamos y rentas de muchos de ellos. Porque no eran culpables. No, al menos, como yo entiendo la culpa. Tan solo fueron débiles. No resistieron la tentación. De eso sí pueden ser culpables. Muchos de vosotros también lo fuisteis, pero no es justo que los hijos paguen por los pecados de sus padres. —A los ojos de todos los presentes, se suman tanto los de Selina como los de Claudia, que miran a Bruce con extrañeza—. No. Ellos merecen un nuevo comienzo... una nueva oportunidad de vivir su propia vida, sin las cargas que sus padres han echado sobre sus hombros.

Bruce se sienta. Nadie mueve un músculo, hasta que la secretaria comienza a aplaudir tibiamente. Esos aplausos son correspondidos por el resto de asistentes, aunque la mayoría sienten que acaban de ser reprendidos.

—Bien, gracias de nuevo, señor Wayne y señorita Kyle —dice Claudia—. ¡Por favor, que comience la cena!

Al fondo de la sala, tras varias puertas, comienzan a salir camareeros vestidos con frac y pajarita, los cuales empujan enormes carritos cargados de comida humeante. Todos se muestran expectantes, pero son los más pequeños los que quedan asombrados al ver tal cantidad de pavos asados rellenos, enormes bols de pure de patatas, pan de maíz o espárragos. Y esa sensación reconforta a Selina, quien muestra su alegría con mucha más claridad que su prometido.

29 de diciembre de 1934

En el Bellevue Hospital Center, las enfermeras inician su ronda. Tras visitar a trece pacientes, una de ellas abre la puerta de la habitación 212.

—¿Cómo se encuentra, señor Dent? —Pero nadie responde, ya que la habitación está vacía —. ¿Señor Dent?

En el piso 13 de un edificio del centro, una sombra titubeante y con la cabeza vendada, abre la puerta del apartamento E. Ninguno de los inquilinos con los que se hubiera cruzado, habría adivinado que se trata de su vecino, Harvey Dent. Se aproxima a una ventana y se apoya en ella, levanta la cabeza y con su ojo derecho, observa débilmente el reflejo que el cristal empañado le devuelve.

—Oh, Dios mío... ¿Ya estás llorando otra vez? —dice, pero con voz más seca y profunda—... Cállate... No vuelvas mandarme callar, muchacho. Mírate, estás perdido. Siempre has estado perdido, porque no tienes valor para tomar el control... Tú no sabes nada de control... Claro que sí, y te lo voy a demostrar...

Dent se aproxima a la repisa de la chimenea, abre una caja y saca una pistola Calibre .45, M1911, cromada, con cachas de madera.

—El arma de tu padre. Él sí fue un hombre de verdad. Él habría limpiado esta ciudad en menos de un mes... No sabes lo que dices... Eres el hazmerreír de Gotham... Ya no podrás ni salir a la calle sin que los niños se rían de ti y los adultos sientan asco o lástima. Eso es todo lo que habrás conseguido en tu vida... Déjame en paz... Escúchame, muchacho. Yo te diré lo que vas a hacer para restituir tu nombre. Se acabó la caza de pichón. A partir de este día, iremos a por los verdaderos culpables, y lo haremos con todos los medios a nuestro alcance. Yo te enseñaré lo que es la auténtica justicia, abogadocho...

Y esa arma se refleja en su ojo izquierdo, hinchado y enrojecido, que queda al descubierto entre las vendas mal colocadas.

31 de diciembre de 1934

Con motivo de la celebración de la Nochevieja, la mansión Wayne vuelve a cubrirse de unas galas que cada vez le resultan más pesadas. La ostentación, antaño deseada y casi obligada por la presión elitista, se ha tornado ofensiva a ojos de la mayoría. Y Bruce Wayne, el Bruce Wayne de los años veinte, aunque aún hace alarde de su gran fortuna, siente que puede despojarse poco a poco de esa máscara de lujo y friolidad, como ya casi ha enterrado la otra. Aun así, no falta en su gran salón una orquesta, bailarinas y un champán que corre a borbotones, aunque no mucho más que cuando imperaba la Ley Seca, recientemente abolida. El anfitrión luce un traje color marfil con corbata a juego, mientras que Selina viste enteramente de negro. Ambos reciben uno a uno a los invitados, aunque la sonrisa de Selina es más forzada que nunca.

—Edsel, me alegro mucho de verte —dice Bruce, dando un afectuoso apretón de manos a su viejo amigo, Edsel Ford.

—Bruce, señorita Kyle —corresponde el saludo el presidente de la Ford Motor Company—. Siempre es un placer. Confío en que no olvides enviarme invitación a vuestra boda. Me sentiría muy ofendido. Creo recordar que era el 18 de mayo, ¿verdad?

—Tranquilo, de eso se ocupa Helen, mi secretaria —dice Bruce—, pero tienes que prometerme que traerás a Eleanor y los niños. Hace mucho que no los veo.

—Cada vez me cuesta más sacarlos de Detroit.

—Buenas noches, señor Wayne —dice, llegando a ambos, George Rothstein, uno de los hombres de negocios con peor reputación de Gotham por sus vínculos con el juego y la prostitución—. Señor Ford.

—Señor Rothstein —dice Edsel—. Bruce, ha sido un placer verte.

—Edsel —dice Bruce, viendo cómo su amigo los deja a solas, sin duda, desagradado o intimidado por la presencia de ese hombre.

—Señor Rothstein. Qué sorpresa. ¿A qué debo este honor?

—¿Qué quiere decir?

—No recuerdo haberle invitado.

—Entonces debería vigilar más de cerca a sus empleados —dice George, sacando una tarjeta que lleva su nombre—. Es importante ocuparse personalmente de los negocios, aunque comprendo que no es fácil para alguien como usted, con tantas tentaciones. No crea que le sermoneo, yo también soy hombre que sucumbe fácilmente a los vicios, pero hay que tener presentes las prioridades.

—No se preocupe por mis negocios. Industrias Wayne sigue siendo una de las empresas más rentables y con mejores expectativas de crecimiento del país.

—No es lo que he oído.

—¿Y qué ha oído?

—Que va a cancelar sus contratos con el departamento de Defensa. Eso le generará unas pérdidas millonarias, por no hablar de su reputación.

—Dejar de percibir ingresos no es lo mismo que sufrir pérdidas, señor Rothstein. Como hombre de negocios, ya debería conocer la diferencia —dice Bruce, en cuyos ojos parece querer asomar el Bruce Wayne retador de antaño.

—Sí... sin duda usted es el más apropiado para dar consejos empresariales y, además, ahora, también de moral, al parecer.

—¿De moral?

—En esta ciudad todo se sabe. ¿De verdad hace esto porque ahora siente lástima por los muertos en la guerra, señor Wayne?

—Señor Rothstein. Cuando descubres que nuestros jóvenes son usados para que otros se hagan ricos, siento algo mucho peor que lástima. ¿Sabe cuántos nuevos millonarios y multimillonarios surgieron en los Estados Unidos durante la Gran Guerra?

—Más de veinte mil... Y yo soy uno de ellos.

—Es sorprendente que, en una época en la que se nos pedía sacrificios, unos hagan el sacrificio supremo y, otros, se hagan ricos. Da que pensar ¿no le parece?

—Tenga cuidado con sus decisiones, señor Wayne. Siempre hay alguien más hambriento deseando ocupar nuestro lugar.

—Vaya, buenas noches, ¿quién es este caballero tan distinguido? —dice Selina, apareciendo de improviso y agarrándose al brazo de George.

En ese gesto, derrama algo de champán de su copa, muestra clara de que ha bebido demasiado. Bruce Wayne se sorprende por esa actitud, aunque no sea la primera vez que la ve en ese estado.

—Señor Rothstein, le presento a Selina Kyle... mi prometida.

—Es un placer —dice George, tomando su mano y besándosela—. Así que, su prometida, lamento en el alma oír eso.

—Eso se dice por ahí —responde Selina—, pero, a veces, hasta a mí me cuesta creerlo.

—Bueno, creo que ese diamante que lleva en el dedo es una buena prueba de su compromiso.

—Oh, sí, pero que no le impresione. Si mira bajo las alfombras de esta mansión, seguro que encuentra varios pedruscos parecidos.

—Tal vez más tarde me anime a perderme por aquí...

—Querida —les interrumpe Bruce—, ¿por qué no vas a saludar a los Cargill? En seguida iré yo también.

—Como usted mande, señor Wayne —dice ella, con ironía—... señor Rothstein.

—Señorita Kyle —se despide George, siguiéndola con la mirada mientras se aleja—. Cómo le decía, señor Wayne, debería prestar más atención a sus negocios. Ahora, le dejo. Creo que tomaré una copa de ese champán. Parece delicioso.

Al fin libre de tan indeseable compañía, Bruce se aproxima a Selina.

—Me estás poniendo en evidencia —susurra él, mirando disimuladamente a su alrededor, mientras bebe de su copa—. Cualquiera podría pensar que disfrutas avergonzándome.

—En todo caso, me estaré poniendo en evidencia a mí misma. Y descuida, hace mucho que no disfruto con nada en esta casa —responde Selina, alejándose.

Y Bruce queda humillado e impotente, pero no lo demuestra en absoluto, ya que ocultar sus emociones detrás de una máscara, es algo que aún recuerda hacer con maestría.

Capítulo 3

3 de enero de 1935

Un hombre de unos veinticinco años entra en el Federal Hall National Memorial, un edificio y monumento nacional de estilo renacentista griego situado en el downtown. Como la mayoría de los visitantes, mira a su alrededor, pero él parece más atento a los que deambulan por allí, que a la historia que esos muros encierran, como si buscara algo o a alguien.

“Peter”, dice una voz, a su espalda.

El joven ayudante del fiscal se vuelve, viendo tras él a una persona cubierta con gabardina y sombrero, envuelto su rostro hasta los ojos en una bufanda.

—Sí... ¿Señor Dent?

—El mismo.

—¿Es usted quien me ha llamado?

—Así es. Ven, caminemos.

—Pero ¿por qué se ha hecho pasar por un confidente en vez de decirme que era usted?

—Porque se lo habrías dicho a todo el mundo y, ahora, tú eres de los pocos en los que puedo confiar.

—Señor Dent, si tiene miedo a represalias, sabe que...

—No tengo miedo a la mafia, Peter.

—Entonces, ¿por qué se esconde?

Harvey se detiene y observa cuanto le rodea.

—Mira este lugar. Pocos saben que Gotham fue una vez la capital del país. Aquí se encontraba el antiguo ayuntamiento; donde se reunía el Congreso Continental. En este mismo lugar, en el año 1789, George Washington prestó juramento como primer presidente de los Estados Unidos. Aquí se propuso y ratificó la Declaración de Derechos, se creó el sistema judicial federal y se redactaron las primeras enmiendas a la Constitución.

—Gracias por la lección de historia, señor, pero aún no me ha dicho por qué...

—Pero menos aún saben —pronuncia Dent, con voz severa, volviéndose hacia él—, que aquí se llevó a cabo el primer juicio del que conservamos transcripción completa: “El pueblo contra Levi Weeks”, celebrado en el año 1800.

—No recuerdo nada de eso, señor.

—Levi Weeks fue un carpintero acusado de asesinar a una tal Gulielma Sands —dice, mientras continúan andando—, una joven a la que llevaba tiempo cortejando. La muchacha desapareció el 22 de diciembre de 1799. Su cuerpo fue descubierto en un pozo cercano a su casa once días después. La noche de su desaparición, Gulielma confesó a una prima suya que iba a casarse con Levi, en secreto. Durante el juicio, un testigo aseguró haberlos visto juntos la noche del asesinato e, incluso, otro, dijo haber visto a Weeks tomando medidas en el mismo pozo en el que después fue hallada muerta Gulielma. Caso resuelto, ¿verdad?... Sin embargo, Levi era hermano de un hombre rico e influyente, por lo que pudo permitirse contratar a tres de los mejores abogados de la ciudad.

—¿Y qué ocurrió?

—¿Qué ocurrió? Que lo declararon “no culpable”. El jurado deliberó durante apenas cinco minutos. Menos de cinco minutos tardaron aquellos buenos y piadosos ciudadanos en absolver a ese asesino de Levi Weeks. Cara y cruz, Peter. Luces y sombras. —Harvey saca entonces su dólar de plata, acariciando una cara y, después, la otra—. En este lugar acontecieron hechos nobles y dignos de alabanza, pero también otros injustos y vergonzosos. Este lugar, esta ciudad, todos y cada uno de nosotros, somos luz y oscuridad. Esa es la mayor verdad que existe. Pero cuando hay una oscuridad tan profunda e insondable que todo hombre y mujer es amenazado con ser devorada por ella, entonces, es el deber del pueblo destruirla. Destruir a aquellos que no se someten a la justicia y creen estar por encima de la ley y de todo poder. A aquellos nacidos para encarnar solo la oscuridad.

—Se refiere a...

—Me refiero al Murciélago.

—¿El Murciélago? Pero ¿qué tiene el que ver con esto?

—Todo, Peter. En el hospital he tenido mucho tiempo para pensar. Y he comprendido cual es el verdadero cáncer de esta ciudad. No son los políticos ni los policías corruptos, ni tampoco las familias del hampa. Hay un mal mayor; uno que ha arraigado más profunda y silenciosamente en nuestro interior. Lo puedes ver en cada niño que se disfraza de él en Halloween; en cada ciudadano que, cuando vuelve de noche a su casa por una calle solitaria, mira a las azoteas suplicando ver su sombra para sentirse seguro. La tienes en nosotros mismos cuando, antes de trabajar en la fiscalía, sentíamos la tentación de ser como él. Y ahora, después de años de burlar la ley; de creerse por encima de ella, ¿simplemente desaparece? ¿Cree que es así de

fácil? Y nosotros, después del daño que ha hecho a la moral de esta sociedad, ¿vamos a permitirlo?

—Bueno, sabe que hay agentes de policía especializados en...

—Eso es ridículo, Peter. No insultes nuestra inteligencia.

—¿Y qué se propone?

—Hacer que salga de su escondite. Ahora, necesito que bajes al sótano. Y, pase lo que pase, no salgas.

—¿Al sótano? ¿Y qué va a hacer usted?

—Lo necesario...

Una vez su ayudante obedece y se interna por las escaleras que conducen a la primera planta de los sótanos, Dent se asegura de tener la cara bien cubierta por la bufanda, saca su pistola y realiza un disparo al aire.

En la mansión Wayne, Alfred y el cocinero Phillip se esmeran en ultimar los detalles para la cena, asegurándose de que todo esté en orden. Esa noche, se podrá degustar un delicioso pato al horno. La conocida e inflexible exigencia de Alfred para con el servicio, tanto como para con él mismo, hace que su señor no haya tenido una sola queja y ni siquiera sugerencia que hacer en los últimos años, pudiendo el heredero de los Wayne ocupar por completo su tiempo en cuestiones más elevadas que las que acosan de continuo a la mayoría de ciudadanos y, más aún, en esos duros tiempos. Por eso mismo, al mayordomo le sorprende, y casi sobresalta, ver de improviso a su señor, allí mismo, inmóvil junto a la puerta de la cocina, sin que ni siquiera los crujidos delatores de los tablones de madera del pasillo, le hayan permitido escuchar sus pasos acercándose.

—Buenas tardes, señor Wayne. ¿Desea algo?

—Solo venía a ver qué era eso que huele tan bien —responde Bruce.

Una mentira que podría pasar por verdad, ya que un intenso y delicioso aroma inunda la estancia y buena parte de las salas y pasillos cercanos.

—Para la cena, hemos preparado un delicioso pato asado con salsa *soubise* —afirma Alfred, removiendo unas cebollas con mantequilla que se cuecen a fuego lento—. ¿Desea tomar un aperitivo? ¿Tal vez una copa de vino blanco?

—No, Alfred.

Esa actitud es una señal inequívoca, por si al mayordomo le queda alguna duda, de que no es el apetito lo que ha llevado allí a su señor.

—Gracias, Phillip —dice Alfred, mirando de soslayo al cocinero—. Puedes irte. Yo me ocupo del resto.

—Señor Pennyworth —responde Phillip, quitándose el delantal y el gorro y retirándose—. Señor Wayne.

—¿Se encuentra bien, amo Bruce? —pregunta el mayordomo.

—No sé qué hacer, Alfred.

—¿Con respecto a qué?

—Creía que sería... diferente. Creía que seríamos la pareja perfecta; que éramos almas gemelas. Pero cada vez la siento más alejada.

—Comprendo.

—Al principio, era fantástico verla cada mañana. Despertar a su lado y poder compartirlo todo, pero es como si cada día... cada año que pasa, esa emoción se apagara un poco más. Y no es solo la rutina de la vida en común. Es algo más.

—Perdone si lo que voy a decir resulta inapropiado, pero ¿es la misma sensación que tuvo al romper su relación con la señorita Vale?

—No, ella era totalmente diferente. Vicky sabía quién era mi otro yo, y lo aceptaba, pero ella quería solo a Bruce Wayne. Podía sentirse abrumada e incluso compadecerme, pero podía ser yo. Creo que lo que ocurre con Selina es que... Bruce Wayne no es suficiente para ella.

—Como no lo es para usted.

—¿Qué?

Alfred se acerca a él y toma asiento en un taburete.

—Esta mansión, los coches, los lujos... nunca han sido suficientes. Ser el príncipe de Gotham nunca le ha llenado por completo. Ser Bruce Wayne nunca ha sido suficiente para usted, ¿por qué iba a serlo entonces para ella?

—Sí, tienes razón. Quería dáselo todo, Alfred. Creía que Bruce Wayne podría hacerla feliz, pero no se trata de mí. Su felicidad no tiene que ver con mi fortuna. No importan los eventos, las galas, las joyas, ni nada que se pueda comprar con dinero. Porque ser Selina Kyle es lo que detesta; lo que la consume cada día. Me lo dijo una vez, siendo la otra persona, y yo creía que podría remediarlo, pero Bruce Wayne no es suficiente.

—¿Ha pensado en decirle esto mismo, con las mismas palabras con las que me lo está diciendo a mí? —pregunta el mayordomo, levantándose para remover la salsa.

—Lo he intentado, Alfred, pero siempre que hablamos de temas personales, es como si interpusiera un muro entre ambos. Se siente atacada solo por cruzar unas palabras. Me he dado cuenta de que hay personas que cuando hablan de sus problemas, no lo hacen para encontrar soluciones, sino que solo quieren que se las escuche. Y a mí eso me enfurece. No puedo comprender esa actitud, porque mañana,

esos problemas continuarán ahí, haciéndose más grandes y fuertes, ocupando cada vez más espacio en la mente y condicionando cada uno de nuestros actos.

—Creo, señor Wayne, que está dando pasos en la buena dirección. Usted ya no necesita ser ese millonario indolente y presuntuoso que había creado para alejarse de su otro yo, y que nadie se atreviera siquiera a imaginar que era usted el que se escondía tras el enmascarado. Bruce Wayne se está convirtiendo en lo que siempre debería haber sido, si no hubiera ocurrido lo que ocurrió. Eso hará que cada vez necesite menos a su otro yo. Pero, es cierto que la señorita Kyle parece no saber o no querer dar pasos en esa misma dirección.

—Y no la culpo. Si la hubieras visto siendo su otro yo... —Y Bruce no puede evitar que sus labios muestren una pequeña sonrisa. Mueca que reprime casi al instante—. Renunciar a ese poder, a esa libertad furtiva, a esa sensación, no solo de estar por encima de la ley, sino también del bien y del mal, es algo casi imposible. Hace tiempo empecé a preguntarme quién dominaba a quién; quien ejercía su voluntad y poder sobre el otro, si yo sobre mi otro yo, o tal vez al contrario... Ahora sé la respuesta, pero temo que, en su caso, sea ella la parte sometida y que, cada día, su mente la torture sintiendo la llamada de su otro yo. Y eso la está consumiendo. Y también a mí. Pero lo que más me asusta, es que cada vez veo más de ella en Selina.

—¿De ella? ¿Se refiere a la...?

—Sí, Alfred —afirma Bruce, debiendo entenderse sin pronunciar esos otros nombres—. Su mirada, sus reacciones, son cada vez más impulsivas... más viscerales.

—Como le digo, amo Bruce, si fuera capaz de hablarle con estas mismas palabras, creo que sería un gran paso en el camino correcto. Por cierto, la piel del pato le gusta tostada, ¿cierto? —inquire el mayordomo, abriendo el horno y dejando que una nueva ola de ese delicioso y untuoso olor inunde la cocina.

—Sí, Alfred —responde Bruce, con una sonrisa, por tratar cuestiones más mundanas—. Que esté bien crujiente.

—Bien. Entonces, si me lo permite, prepararé la mesa para la cena.

—Claro. —dice Bruce, con una mirada en la que también muestra agradecimiento por el hecho de que ese hombre, que para él siempre ha sido consejero y confesor, por no decir un padre, haya escuchado atentamente sus cuitas y dado consejos, una vez más.

El Federal Hall National Memorial se halla totalmente rodeado por coches de policía.

—¿Qué tenemos? —pregunta un teniente recién llegado a un sargento que empuña una escopeta.

—Creemos que es solo un hombre. Un demente armado. Dice que quiere que le traigamos al Murciélago.

—¿Al Murciélago? ¿Se cree que somos magos?

—No lo sé, pero ya podemos sacar un conejo de chistera, porque tiene consigo a más de veinte rehenes. Entre ellos, mujeres y niños.

—Mierda...

—¿Qué hacemos?

—Voy a hablar con él...

El oficial se aproxima al edificio subiendo con calma los escalones.

—¡Soy el teniente William McPherson! ¡Estoy al mando!

Una pistola asoma por la puerta, apuntándole a la cabeza.

—Creía que ya les había dicho a sus hombres lo que quiero.

—Oiga, nosotros no podemos hacer que el Murciélago aparezca aquí. Eso no está en nuestras manos...

—Sé que esa rata con alas tiene contactos en el departamento de policía. Haga correr la voz entre los suyos. Diga que, si no se presenta aquí en una hora, empezaré a matar a los rehenes.

—Pero...

La puerta se cierra y el teniente regresa con los suyos.

—¿Qué le ha dicho? —pregunta el sargento.

—Lanza un mensaje por la emisora... di que, si el Murciélago no está en el National Memorial en una hora, va a haber una masacre. Con suerte, llegará a los oídos adecuados.

Tras la cena, y siguiendo su nueva costumbre, Bruce se recluye en su enorme biblioteca.

“Es la desesperación la ‘enfermedad mortal’ —continúa el heredero de los Wayne con la lectura del libro de Kierkegaard—, ese suplicio contradictorio, ese mal del yo. Para que se muera de desesperación, como de una enfermedad, lo que hay de eterno en nosotros, en el yo, debería poder morir, como hace el cuerpo, de enfermedad. ¡Quimera! En la desesperación, el morir se transforma continuamente en vivir. Quien desespera no puede morir, como un puñal no sirve de nada para matar pensamientos”.

Bruce escucha el ruido lejano y apenas perceptible de la puerta abriéndose. Alfred habría tocado dos veces antes de importunarle, por lo que solo puede ser una persona. Pero sigue leyendo.

“Ella es el ácido, la gangrena de la desesperación, el suplicio cuya punta, dirigida hacia el interior, nos hunde cada vez más en una

autodestrucción impotente. Lejos de consolar al desesperado, el fracaso de la desesperación para destruirse es, por el contrario, una tortura que reaviva su rencor”.

Unas pisadas se aproximan. Son de un cuerpo liviano que sabe ocultar su presencia, pero que se cree más silencioso de lo que realmente es. Ese intruso se detiene a unos pocos pasos de él y toma un libro cercano. Pero Bruce continúa ignorándolo y sigue leyendo:

“Pues acumulando incesantemente en el hoy, la desesperación pasada, desespera de no poder devorarse ni deshacerse de su yo, de aniquilarse a sí mismo...”

—“Porque no fue él mismo, sino que fue la angustia, es decir, un poder extraño el que hizo presa en él. —dice Selina, leyendo un volumen del mismo autor, por una página abierta al azar—. No fue él mismo, fue un poder que él no amaba; un poder que le llenaba de angustia y, no obstante, él es indudablemente culpable, pues sucumbió a la angustia, amándola al mismo tiempo que la temía. En el mundo no hay nada más ambiguo que esto...”. Qué lectura más divertida.

—Si lees un libro titulado *El concepto de la angustia*, ya supones que no será algo alegre —responde él, con ironía, sin girarse ni mirarle a la cara.

—¿Y cuál estás leyendo ahora?

Bruce cierra el libro y le muestra la portada.

—*Tratado de la desesperación* —Lee Selina—. ¿Y cuál será el siguiente? ¿Diez razones para el suicidio?

Esa pregunta hace que Bruce sonría levemente.

—No... Kierkegaard habla justamente de la dificultad... la imposibilidad de los desesperados para morir... al menos, eso creo.

—¿De verdad? Yo diría que morir es fácil. Aunque quizás no tanto como matar.

Oír esas palabras, sí hace que Bruce se vuelva y recupere el rictus serio.

—¿Qué quieres, Selina?

—Que levantes la cabeza de esas páginas y mires por la ventana.

El heredero de los Wayne sigue su consejo. Se acerca al ventanal más cercano y, tras los cristales empañados, después de tanto tiempo, ve en el cielo a ese gran murciélago negro rodeado por un halo blanco.

—Esa señal ya no significa nada para mí —dice él, volviendo a su butaca.

Pero Selina se interpone, impidiéndole tomar asiento de nuevo.

—No puedo creer lo que dices. Gordon... esta ciudad... te están pidiendo ayuda.

—No. Creen que necesitan a alguien que nació... como una cura, pero que, con el tiempo, se ha convertido en una enfermedad. Para ellos y para mí.

—Pues esa enfermedad ha hecho por Gotham más que cualquiera.

—Vamos, Selina. Es hora de acostarnos.

—¿Y qué pasará con los inocentes que están en peligro allí fuera?

—Que nos enteraremos de lo ocurrido mañana, por la prensa, como las personas normales. —Escuchar eso hace que Selina le mire con una expresión mezcla de odio y desprecio. Esos enormes ojos verdes pueden hablar tanto como sus labios, y Bruce ha aprendido a ver a la perfección lo que su mente expresa, como si leyera uno más de sus libros—. Gordon y sus hombres detendrán a los delincuentes, sean quienes sean. Esta ciudad tiene problemas mayores que un grupo de maleantes, y de esos son de los que nos ocupamos ahora.

Bruce le tiende la mano. Ella duda unos instantes, pero finalmente la toma, saliendo ambos de la biblioteca.

En el sótano del Federal Hall National Memorial, Peter está sentado, con la boca desencajada y la cara empapada en lágrimas y sudor, mirando a ese hombre al que conoce desde hace años pero que parece haber enloquecido.

—Señor Dent... ¿por qué hace esto?

—Dent no tiene nada que ver con esto.

—Oh, Señor... ¿qué?

—No flaquees ahora, chico. No es momento para ser débiles.

—Pero no puede hacer esto. No puede matar a esas personas... No se lo permitiré —dice Peter, incorporándose.

—¿Te estás volviendo contra mí?

En el exterior, y con el plazo dado por ese secuestrador sin nombre a punto de cumplirse, los agentes de policía se disponen para entrar en el edificio.

—De acuerdo —dice el teniente McPherson—. Quiero cinco hombres armados con escopetas en cada puerta. A mi orden, entrad y tirad a matar en cuanto lo veáis.

—Señor Dent —sigue gimiendo Peter—. Usted sabe cómo actúa la policía en estos casos. No tenemos escapatoria.

—Tienes razón en una cosa. De acuerdo, Murciélago, has ganado algo de tiempo. Ven, Peter, salgamos de aquí.

Ambos comienzan a subir por las escaleras.

—Me alegro de que haya recapacitado, señor Dent. No se preocupe, yo me ocuparé de la policía. Mañana hablaré con el mejor psiquiatra

de Arkham para que le diagnostique estrés postraumático. Le aseguro que no pisará la cárcel.

—Eso lo sé, Peter, pero seré yo solo quien vaya mañana a Arkham.

—Bueno, piense que seguramente la policía nos detenga y debemos pasar esta noche en el calabozo...

—No lo entiendes. Ya no hay marcha atrás.

—¿Puedo... puedo preguntarle en qué está pensando?

—En combatir la oscuridad con oscuridad. En liberar una plaga. Pienso en aquel que marcó para siempre a esta ciudad; en el único que estuvo a poco de matar al Murciélago; en aquel que despierta tal terror, que incluso muchos hoy en día evitan pronunciar su nombre.

—¿No se referirá a...?

—Sí. Hablo del Joker.

Y Peter palidece al tiempo que sus ojos se abren de golpe y su respiración se detiene.

—No puede hablar en serio...

—Tranquilo, chico. Tú no lo verás. Voy a evitarte ese sufrimiento.

Un disparo retumba en el interior del edificio. A los pocos segundos, las puertas se abren de golpe y la policía irrumpen en el lugar mientras la del sótano se cierra desde el interior. Los gritos ordenando que nadie se mueva, se multiplican, mientras los rehenes se agachan y cubren la cabeza entre chillidos y lloros.

—¡Teniente! —dice un agente, observando algo en el suelo.

Cuando McPherson llega, ve un hombre vestido con gabardina y su cabeza cubierta por una bufanda. El oficial se la retira, quedando al descubierto el rostro del ayudante del fiscal, con un tiro en la sien.

—Dios mío... conozco a este hombre —dice McPherson—. Es Peter... Thomason, Trabajaba en la oficina del fiscal del distrito.

—Al menos nos ha ahorrado papeleo y dinero a los contribuyentes. Ya podrían tomar ejemplo otros maniacos y suicidarse como ha hecho este infeliz.

Y Harvey Dent permanece oculto en la oscuridad del sótano mientras el edificio es desalojado, aguardando la ocasión para salir y cumplir su terrible amenaza.

Capítulo 4

6 de enero de 1935

En torno a las diez de la noche, un Chrysler Airflow negro se detiene ante la verja de metal forjado del asilo Arkham. El guardia de la caseta sale a su encuentro, viendo que en su interior viajan tres ocupantes. Tras asegurarse de que uno de ellos es el fiscal del distrito, les permite el paso e indica a dónde deben dirigirse. El vehículo penetra en el recinto hasta el pabellón central, donde se halla la zona administrativa. Antes de detenerse, el conductor y sus acompañantes ven que ya les están aguardando cuatro hombres, dos de los cuales parecen celadores. Otro de ellos es el doctor Nikolaus Goldberg, un afamado psiquiatra y neurobiólogo de origen alemán de unos sesenta años, bien conocido por Dent, ya que muy a menudo es llamado para declarar en los juicios a favor de los criminales, aduciendo que no es la cárcel la solución, sino la terapia en su centro. Pero Dent sabe que únicamente los recluye allí para poder llevar a cabo con ellos terapias y procesos experimentales, a cada cual menos ortodoxo. A pesar de todo, mantienen una respetuosa relación profesional, reconociéndose mutuamente como dos de los mejores en sus respectivos campos. El fiscal sale del Chrysler cubierto por un sombrero, con el rostro vendado y abrigado hasta las mejillas por el cuello de su gabardina.

—Doctor Goldberg —saluda Harvey.

—Señor Dent —dice el responsable del centro, en voz baja, adelantándose a sus acompañantes—, me alegra ver que se encuentra bien. ¿Puede decirme de qué trata todo esto?

—Me gustaría, pero tras lo ocurrido en el juicio contra Maroni, el FBI creyó conveniente que desapareciera de la escena pública.

—Lo comprendo.

—Aun así, sigo trabajando en el caso. Por eso estoy aquí.

—¿Y en qué puedo ayudarle?

—Necesito ver con urgencia a uno de sus internos.

—Esto es bastante irregular, si me lo permite. ¿No puede esperar hasta mañana? Justamente estoy en medio de una entrevista para un reportaje que el señor Edward Nigma —señala entonces al más pequeño de sus acompañantes y el único vestido con ropa de calle— está haciendo para el Gotham Tribune. Lleva meses insistiendo en pasar toda una noche aquí, conmigo y el resto del personal, para detallar el

funcionamiento de mi institución. Resultaría descortés por mi parte despedirlo ahora. Por cierto, señor Nigma, ¿cómo ha dicho que pensaba titularlo?

—*Una noche en los dominios de la locura*, doctor —responde el reportero, acercándose.

—Sí —murmura Goldberg, mirando a Harvey, con gesto de desaprobación—. Yo le he sugerido: *Una noche en el hogar del psicoanálisis y la salud mental...* pero reconozco que tiene menos gancho. Ya sabe, señor Dent, a los periodistas parece que lo único que les importa es vender periódicos. El sensacionalismo es uno de los muchos males de nuestro tiempo. Y, dígame, ¿quién es el paciente con el que desea hablar?

—Quiero ver al Joker.

Los ojos del doctor quedan mirando a la nada. Tras unos segundos en los que por su mente atraviesan los recuerdos más duros que ha vivido como profesional, vuelve al presente.

—Señor Dent, aquí no pronunciamos ese nombre.

—Pero sigue aquí, ¿verdad?

—Sí, pero nos referimos a él como “el Paciente J”.

—¿El Paciente J?

—Así es.

—Creía que aquí no tenían esos, ¿cómo los llaman? Tabúes...

—Al contrario, señor Dent. De hecho, yo fui quien con más empeño aconsejó a la administración y medios de comunicación que dejaran de llamar a ese hombre por su nombre ficticio. Tome nota de esto, señor Nigma.

—Sí, doctor —dice Edward, pasando una página de su libreta.

—Verá —dice Goldberg, caminando hacia el interior del recinto, seguido por Harvey y los demás—, observando los síntomas, fui consciente de que la violencia de los asesinatos del Paciente J, habían sumido a la ciudad en una suerte de neurosis obsesiva colectiva, mucho peor aún que la que pudieran sufrir los habitantes del Londres del pasado siglo por culpa de Jack “el Destripador”. Cuando se es víctima de una perturbación semejante, se desarrollan fobias que influyen en los procesos inconscientes, los verdaderos sustentadores de la actividad psíquica. Y recordé que, como afirma J. G. Frazier, la defensa contra la neurosis obsesiva puede hallar semejanza en las fórmulas de la hechicería y la magia practicada por los pueblos primitivos y los que aún hoy en día se encuentran en estado salvaje. Es por ello que creí necesario someter a la sociedad a una prohibición o prescripción tabú nominal, pues el nombre es una parte esencial de la personalidad

y está dotado de un pleno valor objetivo. Algo muy apropiado en este caso, ya que, según el gran Wilhelm Wundt, “tabú” no significaba originalmente lo sagrado ni tampoco lo impuro, sino, simplemente, lo demoníaco.

—¿Así que se erigió en una especie de sumo sacerdote de Gotham para intentar que los ciudadanos borrarán de su mente lo ocurrido?

—Podríamos decir que sí —reconoce con una sonrisa orgullosa el director, aunque la borra al momento—. No escriba eso, señor Nigma. No buscaba tanto la amnesia colectiva como sí poner freno a la psicosis y paranoia de la que muchos eran víctimas en su día a día. Y, desde luego, otro objetivo era evitar el contagio de la conducta del Paciente J; la inducción a la tentación de seguir sus pasos. En definitiva, evitar que surgieran imitadores, tanto en criminales consumados como en niños que quisieran disfrazarse de él en Halloween, por ejemplo, adoptando e interiorizando una percepción distorsionada e incluso romantizada de él. Ante actos obsesivos, las medidas de defensa deben ser prescripciones obsesivas.

El grupo entra en el asilo, cruzando el vestíbulo.

—Hábleme de él —pide Harvey—. ¿Cree que podré obtener de... el Paciente J, lo que necesito?

—Lo que puedo decirle es que, al principio, me sentía un privilegiado por poder estudiar y tratar esa mente, pero, con el paso del tiempo y tras poco más de una docena de sesiones, resultó ser una maldición.

—¿No ha logrado avances en su conducta?

—¿Conducta? No es una cuestión de conducta, señor Dent, sino de su naturaleza. Verá, di por cierta de antemano la premisa de que el Paciente J debía haber sufrido algún grave trauma o perturbación. Sin duda, su infancia debió ser para él un periodo de maldad y perversión. Hablo de grandes privaciones instintuales acompañadas de agresiones y abusos extremos, muy posiblemente ocasionados por sus progenitores. Pero cada vez más, y para esto me baso en especulaciones y paralelismos biológicos aceptados en parte en mi profesión, creo que, al igual que todo ser posee un instinto de vida y preservación, existe asimismo un impulso contrario de muerte y aniquilación; uno por el que él, estaría dominado. Cierto es que la tendencia agresiva es también una disposición autónoma del ser humano, pero él debió verse sometido a unos condicionantes tales, que parece ser presa por completo de ese otro instinto natural de violencia y hostilidad. Sí, el mundo puede ser un lugar horrible, y sus creaciones también.

—No voy a sentir lástima por él. Nada de lo que pudiera ocurrirle justifica lo que hizo ni me importa lo que pudo haber sufrido. Solo

quiero saber cómo llegar al fondo de su mente y obtener lo que necesito.

—Pues debería importarle, señor Dent. Si desea algo de él, primero debe conocer su psique. Verá, una de las hipótesis que barajo, es que el Paciente J. ha llegado a ver al mundo; al prójimo; a la realidad misma, como su enemigo y fuente de todo sufrimiento. Eso debió tornar en insoportable su existencia y lo llevó a disipar su odio a través de una personalidad en la que se mezclan el humor y la brutalidad. A diferencia del ermitaño que da la espalda al mundo y no quiere nada de él, el Paciente J desea ir más lejos; desea transformarlo; eliminar lo que él considera intolerable y sustituirlo por sus deseos. Tal vez, incluso destruirlo por completo... hacer que sufra tanto como le hizo sufrir a él. ¿Está tomando nota de lo que digo, señor Nigma?

—Lo intento, doctor —responde Edward, que no deja de escribir de forma frenética página tras página.

El grupo se interna entonces en un pasillo y comienza a descender por unas escaleras.

—Como le iba diciendo, señor Dent. Se tiene como un dogma que el que adopta ese camino está condenado al fracaso, porque la realidad es más fuerte que un solo individuo. Y eso lo convertirá sin remedio en un loco, en un paranoico lleno de delirios que incluye quimeras en su realidad para procurarse una felicidad sustitutiva y una protección contra el dolor por medio de la transformación ficticia de la realidad. Creo que esa es la razón de su terrible felicidad. La razón por la que siempre... sonrío. Siempre lo recuerdo con una gran sonrisa, cuando no prorrumpiendo en carcajadas histéricas.

—¿No creerá realmente eso? ¿Cómo podría alguien ser feliz después de lo que hizo, o encerrado en un lugar como este?

—Por dos razones. La primera, porque para que exista una felicidad absoluta como la suya, es imprescindible no ser objeto de ningún sentimiento de culpabilidad, y eso, en el caso de un criminal como él, solo puede darse si se carece por completo de conciencia moral. La segunda, porque su cuerpo está aquí, pero me temo que su mente no. Creo que, incluso recluido entre cuatro paredes, sigue cometiendo crímenes... aunque sean imaginarios. La tendencia a independizarse del mundo exterior y desvincularse de la realidad es habitual en pacientes de este tipo y extraordinariamente fuerte en él, permitiéndole gozar de sus ilusiones sin entrar en discrepancia con el mundo real. Pero, al mismo tiempo, tiene algo... algo que lo diferencia del resto de neuróticos. Hay una lógica en su demencia.

—¿A qué se refiere?

—Recuerdo las primeras conversaciones que mantuve con él. Sus palabras y el modo en que las pronunciaba... Había una cierta paz e incluso diría que una verdad objetiva y atávica en ellas... Era como si hubiera trascendido. Como si hubiera sufrido una suerte de revelación, si me lo permite. Es como si, en ocasiones, poseyera el don de la adivinación.

—Eso no resulta muy científico, doctor —dice el fiscal.

—No publique esto último, señor Nigma. Temo que me he dejado llevar. Verá, según el eminente doctor Sigmund Freud, existen tres instancias mentales, denominadas: el *yo*, el *ello* y el *superyó*. El *yo* es lo que somos; el *ello*, es el demonio, nuestros impulsos animales y deseos más básicos; mientras que el *superyó*, es el conjunto de normas y prohibiciones sociales y culturales; la conciencia, y también el ideal de lo que deberíamos aspirar a ser, guiados por los más elevados valores. Pues bien, otra teoría para explicar sus actos y naturaleza, sería que el Paciente J estuviera subordinado por completo a su *ello*. Eso supondría que se vería totalmente libre de prejuicios, ataduras y de la oposición que suponen los más supremos preceptos éticos de nuestra sociedad. Por eso no sería torturado por la autoridad del *superyó* a través de los remordimientos, como le ocurriría a cualquier otro.

—De modo que su conclusión clínica es que ese hombre es... una especie de Mr. Hyde. Alguien intrínsecamente malvado sin posibilidad de cura ni redención.

—Pero lo fascinante es que eso no significa que sea necio ni descontrolado. Al contrario. Es alguien increíblemente empático que puede percibir de una forma asombrosamente clara nuestros temores, debilidades y anhelos. Sabe que todos llevamos un *ello* dentro, que reprimimos de continuo. Él juega con esa verdad y lo tienta, lo llama, nos provoca para que se imponga sobre nuestro *yo*, inhibiendo las fuerzas psíquicas antagónicas que lo retienen. Pues absolutamente todos, aunque lo neguemos en público, podemos experimentar un sentimiento de felicidad al satisfacer una pulsión instintiva indómita, no sujeta a las riendas del *superyó*, como es el caso de realizar un impulso perverso. Solo a quienes creen en cuentos de hadas no les agrada oír mentar la innata inclinación del hombre hacia la agresividad, la crueldad y la destrucción. Lo prohibido ejerce un gran poder de seducción. Y esa contradicción; esa lucha permanente entre las tres instancias, si se perturba de continuo, puede tener consecuencias fatales sobre la mente.

—¿Y lo ha logrado? ¿Ha logrado en este tiempo corromper a alguno de los suyos?

—Y más aún. Ese monstruo ha provocado incluso suicidios entre mi personal. Su historial de víctimas no ha dejado de crecer ni siquiera recluido aquí dentro. Tres de los mejores psiquiatras que he conocido, acabaron totalmente trastornados después de apenas unos meses tratándolo.

—¿De veras? Interesante...

—Entre usted y yo, señor Dent —dice el doctor, deteniéndose y bajando la voz para que solo el fiscal pueda escucharle, dando la espalda al resto—, si no fuera por la responsabilidad de mi cargo y porque siento gran pasión por el psicoanálisis, con gusto me habría deshecho de él. No podemos decir que sea uno de nuestros semejantes. No deberían ampararle las mismas leyes ni gozar de los mismos derechos que el resto de ciudadanos. Es el mal. El mal en la expresión más pura que he conocido.

—Habla como si en vez de psiquiatras, necesitara un exorcista.

—Lo he pensado, señor Dent. Le juro que lo he pensado.

Ambos continúan andando.

—¿Pero si es tan inteligente, por qué no ha usado ese talento para escapar?

—Me lo he preguntado, y he llegado a creer que su estancia aquí solo es un juego para él. Como le decía, dudo de que en verdad sea consciente de la realidad que lo rodea. Dudo incluso de que sepa que está recluido aquí en contra de su voluntad. Bien, allí es. —El doctor señala una puerta blindada al fondo de un pasillo, a unos treinta pasos—. Era parte de la sala de calderas. Instalamos un retrete y una puerta con rendija por donde la damos la comida, así podemos mantener a salvo de él al resto de internos y al personal. No sé qué circunstancias ni en qué cantidad se unieron para conformar algo así, pero es un espécimen único, de eso no hay duda. Ahora bien, ¿supone eso que debemos estudiarlo y preservarlo por el bien de la ciencia y para un mejor conocimiento de nuestra propia especie? Esa es una pregunta que no he dejado de hacerme desde la última vez que lo vi.

—Acabemos con esto —dice Harvey, caminando hacia la celda. Pero se detiene al comprobar que nadie le sigue—. ¿No va a acompañarme?

—No... no. Prefiero no hacerlo. Si me presintiera, sé que... volvería a reír. Y no soportaría escuchar de nuevo esa risa. Suficiente la oigo ya en sueños.

—Entonces, deme la llave.

—¿La llave? Esa puerta no se abre, señor Dent.

—¿Quiere decir que nunca entra nadie?

—Tan solo para su chequeo anual.

—¿Y eso no resulta peligroso para el médico?

—La visita se realiza con él, atado y amordazado. Una semana antes se le entrega un cuestionario para que dé todo tipo de detalles sobre su estado de salud, síntomas de posibles enfermedades... eso es todo. Y esa puerta no se abre nunca más, señor Dent.

—Hoy, sí.

—Debo discrepar.

—Y yo, insistir —dice el fiscal, encarándose con el doctor.

—Señor Dent... si no quiere hablar con él a través de esa puerta, debo pedirle a usted y a sus ayudantes que se marchen.

Los celadores se aproximan, deteniéndose tras el doctor. Lo mismo hacen los secuaces de Dent, colocándose a ambos lados de su jefe.

—Yo me ocuparé de esto —susurra Harvey, quitándose el sombrero—... No... Ahora no.

—¿Señor Dent? —pregunta el director.

—Haga lo que le pido...

—Me temo que eso es imposible.

—No...

El fiscal se sujeta la cabeza, como si sufriera un gran dolor o algo quisiera brotar de ella. Y ese algo hace que comience a arrancarse las vendas.

—¿Señor Dent?

—Vosotros me habéis obligado...

Los hombres de Harvey sacan revólveres y apuntan al doctor, reportero y celadores, llevándolos contra una pared. El fiscal saca también lentamente su pistola cromada y se vuelve. La mitad izquierda de su rostro está desfigurada y sin apenas piel, mostrando un color encarnado, y ese ojo sin parpado, dentadura y encías, asoman como si fueran a salirse de la cara en cualquier momento.

—Dios mío —susurra Edward Nigma.

—Traed a los demás —pide Dent a los suyos, los cuales obedecen al instante, yendo en busca del resto del personal—. Bien, doctor, deme la llave.

—Usted es el fiscal Harvey Dent —dice el doctor—. Juró defender la ley.

—Dent no tiene ahora el control —susurra ese ser—. Y nunca volverá a tenerlo... de hecho, nunca lo ha tenido en realidad.

—Usted es el fiscal Harvey Dent —repite Goldberg—. Juró defender la ley y a los inocentes... Usted es el fiscal de distrito Harvey Dent. Juró defender la ley y a los inocentes.

Esas palabras no hacen sino enfurecerlo aún más, pero es la única arma que el director piensa que puede servirle de protección. Cuando la situación llega al extremo de que todos creen que el doctor va recibir un tiro en la cara, regresan los secuaces de Harvey, llevando consigo a dos guardias, un celador y una enfermera, que son colocados también de espaldas contra la pared.

—Bien —dice Dent, dirigiéndose al primero, que es un celador afroamericano de unos ciento veinte kilos—. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, vais a decirme donde está la llave que abre esa puerta, u os meteré una bala en la cabeza.

—No sé dónde está la llave —responde el celador, entre los sollozos de la enfermera y la respiración agitada del resto—. Pero si lo supiera, tampoco se lo diría.

—Te creo —susurra Harvey, disparándole en la frente y salpicando la pared con su sangre y sesos.

Todos gritan y sufren una convulsión. La enfermera rompe a llorar y los secuaces del fiscal deben encañonarlos de cerca para que permanezcan quietos. El siguiente en tener ante sí la boca de esa arma plateada es un guardia, que recibe la misma advertencia.

—Dígame donde está la llave —susurra Dent.

—No lo sé, y tampoco se lo diría.

Apenas pronunciadas esas palabras, resuena una detonación y el guardia cae muerto con el cráneo abierto. Llega entonces el turno de la enfermera. Harvey mira tanto al doctor como al resto, mientras le apunta igualmente.

—Y bien, señorita, ¿va a decirme dónde está la llave?

La mujer deja de sollozar y mira a esos ojos; a ese apenas humano y al otro que parece demoníaco, y parece llenarse de entereza.

—No... no permitiré que esa cosa pise de nuevo las calles.

Dent observa al resto del personal y, en especial, al doctor Goldberg.

—¿Dónde ha quedado la caballerosidad en estos tiempos? ¿De verdad van a permitir que muera por algo que es inevitable?

—Todos aquí somos conscientes de nuestra responsabilidad para con la sociedad —contesta el director—. Como bien ha dicho ella, ninguno permitirá que vuelva a las calles. Valor, señorita Elizabeth.

Y Dent, frustrado y hastiado, dispara nuevamente su arma, cayendo el cuerpo de la enfermera a los pies del doctor Goldberg.

—¡Lléváoslo! —grita Dent, señalando al obstinado director—. ¡Id a su despacho y que os dé la llave! ¡Comenzad por cortarle los dedos de los pies e id subiendo!

Transcurridos quince minutos, en los que sin duda el doctor Goldberg ha padecido un auténtico martirio, los secuaces del fiscal regresan con la llave y las ropas manchada de sangre.

—Aquí la tiene, señor —dice uno de ellos, con una mirada en la que se mezclan remordimiento y temor.

Dent toma la enorme llave de hierro y se dirige a la celda del Joker. Tras respirar hondo y meditarlo unos segundos, la introduce en la cerradura, girándola no sin dificultad. La puerta se abre entre un desagradable chirriar. Tanto sus hombres como los trabajadores del centro, y el propio Edward Nigma, no pueden evitar mirar de soslayo al interior de esa celda, movidos por una malsana curiosidad.

—“Érase una medianoche aciaga —susurra el Joker, que está sentado, dando la espalda a la puerta, por labios que muestran una forzada y enorme sonrisa, mientras sus ojos y parte de su rostro permanecen cubiertos por su cabello—, cuando, débil y cansado, mientras meditaba sobre unos extraños volúmenes de sabiduría antigua, adormecido, de pronto, se oyó un ruido, como si alguien estuviera llamando, suavemente a la puerta de mi estancia”.

—Muy poético —replica Harvey, que reconoce al momento ese fragmento de la obra *El cuervo*.

—El fiscal Dent, me ha parecido escuchar entre gritos y sollozos —murmura el Joker, volviéndose, mostrando un cuerpo delgado y miembros alargados—. ¿A qué debo este honor?

No hay respuesta, y el Joker no siente repulsión ante el rostro deforme de ese hombre, sino una extraña satisfacción. Pero lo que de verdad parece atraerlo, es lo que ve en sus ojos. Da dos pasos y se queda mirándolos fijamente.

—Vaya... hay alguien más aquí con nosotros, ¿verdad? —El fiscal queda paralizado y continúa mudo—. ¿Cómo debo llamarle, señor?

—Dos Caras... Llámame, Dos Caras.

—¿Y en qué puedo ayudarle, señor Dos Caras?

—Necesito que encuentres a alguien para mí.

—¿A alguien? ¿O algo?

—Alguien. Es un ser humano. Ni más ni menos.

—No. Un simple ser humano no hubiera podido apresarme y encerrarme aquí. Pero no discutamos por eso ahora.

—Bien.

—¿Y qué obtengo yo a cambio?

—¿Qué?

—En un acuerdo, ambas partes deben verse retribuidas de manera satisfactoria. Usted quiere algo de mí. ¿Qué obtengo yo a cambio?

—Dos cosas. La primera, no recibir un tiro en la cara ahora mismo. La segunda... ¿debo explicarte toda la diversión de la que gozarás ahí fuera durante el proceso de buscar al Murciélago?

—No, porque no creo ni que pueda imaginar cuánto, cómo, ni con quién voy a divertirme.

—Salgamos. Hay trabajo que hacer.

—¿Y ellos? —pregunta el Joker, una vez fuera de su celda, refiriéndose a los supervivientes—. ¿Demasiados testigos, no cree?

—Cierto.

Dos Caras dispara entonces en la cabeza a los dos celadores y al guardia que aún quedaban con vida, pero cuando le llega el turno a Edward Nigma, este habla con una tranquilidad asombrosa.

—Yo no lo haría si fuera usted —dice el reportero.

—Acéptalo. Llevabas meses queriendo pasar una noche aquí, ¿no? Qué ironía del destino que haya sido justamente esta. Hay que tener cuidado con lo que se desea.

—Eso es lo que yo llamo —añade el Joker—: Estar en el lugar equivocado, en el momento más jodido posible.

—No he podido evitar escuchar su conversación —prosigue Edward, que no parece sentirse intimidado en absoluto—. Es al Murciélago al que quiere, ¿verdad?

—¿Y qué te importa eso a ti? —pregunta Dos Caras.

—Claro que me importa. Yo también tengo una cuenta pendiente con él.

—Pues pide la vez y ponte a la cola —susurra el Joker.

—Ese cabrón mató a mi mejor amigo —gruñe el reportero.

—¡Mentira! —grita el Joker—. Mi querido Murciélago nunca ha matado a nadie. ¿Por qué crees que lo odio tanto?

—No... no lo mató con sus manos. Hizo algo peor. Lo acosó de tal modo... le causó tanto sufrimiento que provocó que acabara suicidándose. Él fue mi mentor en el Gotham Tribune. Para mí, era como un hermano mayor. No sería perfecto, pero no merecía ese final.

—Sí... recuerdo ese hecho —dice Dos Caras—. Fue hace unos cuatro o cinco años. ¿Cómo se llamaba?

—Stick. Herbert Stick.

—Sí. Stick...

—Desde ese día, no he dejado de pensar en la venganza; de pagarle con la misma moneda; de llevarlo a tal desesperación... de infligirle un sufrimiento tan espantoso e insoportable, que sea él mismo quien desee quitarse la vida. Y sé cómo hacerlo, créanme. He tenido mucho tiempo para planearlo.

—Solo en sueños podrías hacerlo —dice el Joker—. Mírate. Eres patético.

—Espera —dice Dos Caras, que parece convencido por la vehemencia con la que Edward habla—. ¿Y qué harías? ¿Cómo lograrías eso?

—Porque sé quién es. Quien es en realidad. Tras la máscara.

—¡Ha ha ha! —ríe el Joker—. ¿Tienes también su número de la seguridad social o su carnet de la Biblioteca?

—¡Yo no bromeo!

—Si sabes quién es ¿por qué no te has vengado ya de él? pregunta Dos Caras.

—Porque lo que durante años he maquinado, requiere de medios que yo no tengo a mi alcance. Pero con vuestra ayuda, sí lo lograríamos. Yo haré... juntos, haremos, que penetre y se pierda en los verdaderos dominios de la locura.

—Reconozco que me gusta como suena eso —dice el Joker.

—Dime, entonces, ¿quién es?

—Ah, ah —responde el reportero, negando con la cabeza mientras esboza una sutil sonrisa—. ¿Y cómo sé que, si se lo digo, no me matará? No, señor Dos Caras. Este es mi plan y se ejecutará a mi manera. Lo merezco.

—Parece que ahora somos tres socios en el negocio —murmura el Joker, viendo que Dos Caras no le ha disparado entre los ojos en el acto por su negativa a revelar tan valioso secreto—. Es un buen número. Y si fracasamos, siempre podremos hacer la competencia a los hermanos Marx.

Tanto Edward como Dent miran al Joker, extrañados, aunque ni ese comentario, ni cualquier otro que pudiera salir de su boca, debería sorprenderlos viniendo de él.

—Sí, y es perfecto también para dirimir los debates a cara o cruz —dice Dos Caras, sacando su dólar de plata—. Yo lanzo la moneda, y, dependiendo de lo que salga, uno de los otros dos socios, muere. De acuerdo, ¿cómo dijiste que te llamabas? —pregunta al reportero.

—Bien, ya que aquí todos usan apodos, pueden llamarme: Enigma.

—Bien, Enigma... jugaremos a tu juego. Pero si me has mentido, o mientes una sola vez, te aseguro que desearás haber muerto esta noche en sus manos —dice Dos Caras, señalando al Joker—. Ahora, salgamos de aquí. Hay trabajo que hacer.

Capítulo 5

7 de enero de 1935

Son las tres de la madrugada, y desde un oscuro y solitario callejón, dos mendigos ven encenderse una luz en la fachada este de una de las últimas plantas del Ayuntamiento. En su despacho, el alcalde Fiorello se sirve un vaso de whiskey que bebe de un trago. Gestor eficiente y político carismático, ese hombre es uno de los mayores defensores del New Deal, y el principal artífice de que los ciudadanos de Gotham crean ver una tenue luz al final del túnel de desesperación y miseria en el que la mayoría se encuentran. Pero, esa noche, ha recibido una llamada que ha trastocado por completo sus prioridades y temores; una noticia que, de ser cierta, desataría una ola de terror y violencia en las calles, y amenazaría con hacer que esa ciudad se desmorone por completo. Se sirve otro whiskey y comienza a caminar en círculos en torno a su mesa, no pudiendo aguardar sentado por la ansiedad que lo atenaza.

Esa cruel espera no dura demasiado. En apenas diez minutos desde su llegada, entran en el despacho el comisionado James F. O’Ryan y el veterano capitán de policía, Sean Mulrooney, vestido de uniforme, acompañados ambos por John Mitchel, teniente de alcalde.

—Caballeros —saluda el alcalde.

—Señor —devuelve el saludo Mitchel.

—Alcalde —contestan tanto el capitán como el comisionado.

—Siéntense, por favor —pide el mandatario, dirigiéndose hacia unas sillas en torno a una pequeña mesa redonda de té—. Os ofrecería un vaso de whiskey, pero si lo que me han dicho se confirma, creo que voy a necesitar toda la botella.

—Me temo que es cierto, Giuseppe —dice el comisionado.

—Dios mío —susurra el alcalde—... ¿Cómo ha podido ocurrir?

—Ya advertí en su momento que Arkham no era lugar para esa alimaña —contesta el capitán—. Si no pudimos evitar que se librara de la silla eléctrica ni hacer que sufriera un *accidente*, debimos al menos asegurarnos de que se le encerrara en lo más profundo de Auburn y tirar la llave. Pero esos loqueros y el juez.

—¡Basta de excusas! —chilla el alcalde, no pudiendo refrenar su ira—. ¡Ha habido una matanza y uno de los mayores asesinos de la historia de esta ciudad ha escapado! ¡¿Qué demonios ha sucedido?!

—Según dos enfermeras que encontramos ocultas en un trastero — prosigue Mulrooney—, sobre las diez de la noche llegó al asilo Harvey Dent junto con varios de sus ayudantes. El doctor Goldberg le acompañó, creen que a los sótanos. Después, escucharon un forcejeo, y los acompañantes de Dent llevaron a punta de pistola a la mayoría del personal al sótano. Ellas se escondieron y llamaron a la policía. Al poco tiempo, escucharon disparos. Cuando llegaron mis hombres, encontraron en su despacho al doctor Goldberg con signos de haber sido torturado. En el sótano había seis cadáveres, cinco hombres, entre guardias y celadores, y una enfermera... Y la puerta de una celda abierta. Las testigos aseguran que ahí es donde estaba internado el Joker.

—¿Ha registrado su gente todo el asilo?

—Lo están haciendo mientras hablamos.

—¿Dent? —pregunta el comisionado—. ¿Cómo es posible?

—Quiero a toda su gente en las calles —manda Fiorello—. Debemos atrapar a ese maniaco cueste lo que cueste.

—Si me permite, señor —interviene el teniente de alcalde—. No creo que esa sea la mejor forma de actuar.

—¿No cree que debemos movilizar a la policía para atrapar a ese criminal? —pregunta el capitán.

—No se trata de un delincuente cualquiera, y lamento recordarle que no fueron sus hombres los que detuvieron al Joker en el pasado, por mucho que lo intentaron.

Esa incómoda verdad hace que O’Ryan y Mulrooney se sientan ofendidos, pero logran contenerse.

—Habla, John —pide el alcalde—. ¿Qué propones?

—Si la policía toma las calles, la prensa y los ciudadanos no tardarán en relacionar su presencia con la masacre de Arkham y una posible huida del Joker.

—¿Posible huida? —dice el capitán— ¡Ha huido! ¡Lo han liberado! ¡¿No ha escuchado lo que he dicho?!

—Sí, pero, ¿quién más lo sabe allí fuera? Solo un par de testigos y su gente.

—¿Qué estás sugiriendo, John? —pregunta incrédulo Fiorello—. ¿Que debemos ocultar esto a la opinión pública?

—Señor, sin el Murciélago y con una ciudad en la que a duras penas podemos mantener el orden, la noticia de la fuga del Joker es lo último que necesitamos.

—¿Y cómo haríamos eso? —inquire el comisionado.

—La primera ley de la manipulación consiste en desviar la atención. Como bien dice, no podremos ocultar esta matanza, de modo que

le restaremos importancia tratándolo como un desgraciado accidente. Diremos que... un guardia llegó borracho a Arkham. El doctor Goldberg amenazó con despedirlo y, tras una discusión, el guardia lo mató a él y a los que intentaron detenerlo. Después, al ser consciente de lo que había hecho, se suicidó.

Por unos segundos, se hace el silencio en el despacho. Tanto el alcalde como los oficiales intentan recrear en su mente esa secuencia de hechos.

—Un guardia borracho... —dice el capitán, con escepticismo.

—Así es —afirma John.

—¿Quiere que hagamos creer —prosigue el comisionado— que esas muertes las ha causado un guardia borracho?

—Sí —interviene el alcalde, que parece convencido por el falso relato—. ¿Por qué no? Hay mucha gente desesperada en esta ciudad. Un hombre con familia y algo bebido al que amenazan con despedir... sería lógico que perdiera el control e hiciera algo así. Después de todo ¿quién no ha tenido ganas en alguna ocasión de matar a su jefe?

—¿Y qué ocurrirá con los testigos? —pregunta Mulrooney—. Con las enfermeras...

—Reténgalas en comisaría —prosigue John—. Hablaremos con ellas y les haremos ver lo beneficioso que resultará para el bien común de la ciudad y para el suyo propio, que apoyen esta versión de los hechos. Y no es necesario decir que sea rotundo con sus hombres a la hora de que ellos escriban en su informe estas mismas conclusiones. Asegurar, sin género de dudas, que el culpable de la masacre se ha suicidado, cortará las alas a cualquiera que pretenda meter sus narices en esto a la hora de iniciar una investigación, ya sea el nuevo fiscal del distrito o desde la oficina del procurador federal.

—No solo deben preocuparnos las enfermeras —dice el comisionado—. También deberemos silenciar al nuevo director del asilo y al resto del personal. En unas horas sabrán que el Joker ya no está allí.

—Eso no será problema —dice el alcalde—. Les concederé más fondos de los que jamás han soñado. Destinaremos una buena partida del próximo presupuesto para doblar sus sueldos y mejorar las instalaciones y el equipamiento del asilo. Haremos de Arkham el recinto psiquiátrico más moderno y seguro del país con el personal mejor pagado. Con dinero se arregla todo, también los conflictos morales.

—Ahora necesito un trago —confiesa el capitán, levantándose y yendo al mueble bar—. Con su permiso, alcalde.

—Hay algo más, joven —dice el comisionado, mirando fijamente a Mitchel.

—Usted dirá, señor O’Ryan.

—La prensa. No sé cómo, pero al poco de llegar mis hombres, comenzaron a congregarse allí reporteros como moscas ante un cubo de basura. ¿Cuánto cree que tardarán en hacerse preguntas?

—Le comprendo. Algunos periodistas pueden ser un problema en un caso como este. Aún no tenemos el control suficiente sobre ellos ni poder para ocultar algo así. Dejemos que hablen del suceso, pero les sugeriremos de forma convincente, siempre por respeto a los familiares de las víctimas, que sea al final de los noticieros radiofónicos, y, en el caso de los diarios, con titulares ambiguos y en una página par, y sin imágenes, ni siquiera de archivo. Cuando terminemos esta reunión, redactaré una nota de prensa.

—Bien, convócalos a primera hora —dice el alcalde.

—No, eso levantaría sospechas. Lo que ha ocurrido es un desgraciado accidente, ¿recuerda? No debe haber urgencia. Hagámoslo al mediodía.

—Esto no me gusta, Giuseppe —susurra el comisionado—. No puede salir bien.

—Esperemos hasta ver qué ocurre en los próximos días —continúa John—. En el peor de los casos, si se extendiera en las calles el rumor de la huida del Joker, nos mostraremos indignados y muy beligerantes contra los responsables de propagar ese... *bulo*. Los acusaremos de todo el lote: querer generar pánico, resucitar el dolor de las víctimas de ese loco, desviar la atención de los problemas reales de la ciudad y de pretender empañar nuestra gestión política y avances en el ámbito económico y social.

—Olvida lo más importante, listillo —dice el capitán, acercándose con el que debe ser el tercer o cuarto vaso de whiskey.

—¿Y es?

—Que por mucho que los agentes de policía que encontraron los cuerpos, o el personal de Arkham, o la prensa, o nosotros mismos, queramos hacer creer a los ciudadanos de Gotham que viven en el maravilloso mundo de Oz, ¡el Joker sí está ahí fuera! ¡¿Y si hace lo que mejor sabe hacer?! ¡¿Causar una jodida carnicería?! ¡¿Cómo desviaremos la atención de eso?!

El teniente de alcalde se quita las gafas y comienza a limpiarlas con un pañuelo, sin inmutarse lo más mínimo ante el rostro iracundo y enrojado de ese hombre, del que cualquiera diría que, en esa ocasión, sí es un agente ebrio capaz de matar a todos los presentes.

—Entonces, y solo si no podemos ocultarlo ni atribuir esas muertes a cualquier pobre diablo, diremos que ha sido obra de un imitador, y

atacaremos sin piedad a todos aquellos que lo pongan en duda y se atrevan a propagar ese... *rumor miserable*, ya sean medios de comunicación o miembros de la oposición. Los tacharemos de incitadores. Haremos que parezcan poco menos que cómplices o culpables por los crímenes que, recuerden, cualquier imitador pueda cometer.

—Al final, el Joker podría hacer que salga reelegido —dice el alcalde, con la mirada perdida.

—Hay dos formas de tener éxito con las crisis, señores —prosigue Mitchel—, y, a diferencia de lo que intenta la gente sencilla, ninguna de ellas consiste en luchar por remediarlas. Una, es generar la crisis nosotros mismos; la otra, si la crisis surge sola, es buscar siempre la forma de beneficiarnos de ella.

—Sin importar quién caiga a su paso —dice el capitán.

—Eso me temo, señor Mulrooney.

—Gracias, señor Mitchel —responde Sean, extrañamente calmado, el cual bebe el vaso de un trago y lo deja sobre la mesa.

—¿Por qué?

—Por recordarme la razón por la que me hice agente de policía y no político. Comisionado, alcalde....

Todos siguen con la mirada a Mulrooney mientras deja la sala y cierra la puerta dando un portazo.

—Esto es justo lo que no necesitamos, James —dice el alcalde.

—No te preocupes por Sean, es perro viejo y sabe lo que tiene que hacer. Es solo que el cinismo de tu chico ha sido demasiado para él... o tal vez tu whiskey no sea de malta y por eso se ha enojado.

—Antes de la seis iré a Arkham —dice John—. Debe continuar su funcionamiento con normalidad. Hablaré con el subdirector y le explicaré la situación. Usted acuda sobre las nueve o las diez para solidarizarse con los trabajadores y darles el pésame.

—Bien —responde el alcalde—. A primera hora llamaré al gobernador. Le pediré que secunde esta versión de los hechos en la primera ocasión que tenga.

—Una cosa más —añade John—. Si a todas las víctimas las ha matado un guardia, debemos asegurarnos de que las balas encontradas en sus cuerpos coincidan con las de su arma reglamentaria.

—Bien —responde el comisionado, revolviéndose incómodo en la silla—. Me ocuparé de ello.

—Gracias, Mitchel —dice Fiorello, despidiendo sutilmente a su joven teniente de alcalde.

—Señores —responde John, levantándose y abandonando la sala.

Una vez a solas, alcalde y comisionado hablan en confidencia.

—¿Podremos contar con tu gente, James?

—Claro. El relato de tu chico casi me ha convencido hasta a mí.

—Escucha... quiero que formes una unidad especial con tus mejores hombres. Que todos tengan experiencia militar y un buen número de cadáveres a sus espaldas. Diles la verdad y que den con Harvey Dent y el Joker. Esos dos están tramando algo muy serio y creo que nos puede explotar en la cara.

—Descuida. Conozco a la gente adecuada. ¿Y cuando los atrapen?

—Entonces, quiero que el final de John Dillinger parezca un cuento infantil comparado con lo que les hagáis. Que no quede de ellos ni el recuerdo.

—Será un placer...

En su Rolls-Royce, Bruce Wayne lee la prensa de la mañana. Pasa las páginas sin terminar ningún artículo, adivinando lo que van a decir, mezclando sus autores las clásicas mentiras junto con deseos y ordenes de sus superiores. Pero hay uno que le llama la atención de inmediato y azuza su instinto.

“TRAGEDIA EN EL ASILO ARKHAM

Siete personas pierden la vida en un incidente en el que se han visto involucrados un guardia de seguridad ebrio y varios miembros del personal que en ese momento se encontraban en el lugar”

Los ojos de Bruce permanecen fijos en ese trozo de papel; en las burdas y escuetas palabras que no conforman ni dos frases, yendo más allá de los signos y de la tinta impresa. Su mente entrenada y desconfiada ha detectado rápidamente la manipulación de la que esos redactores buscan hacer presa a los ciudadanos. Unos redactores y reporteros, siempre al acecho de carroña fresca que, en ese caso, por alguna extraña razón, han evitado emplear términos como “matanza”, “horror” o “masacre”.

—Cambio de planes, Alfred. Vamos al asilo Arkham.

—Muy bien, señor —responde con diligencia y sin hacer preguntas el mayordomo.

Una extraña serenidad reina en torno al recinto psiquiátrico. En vez de la que sería una lógica aglomeración de coches policiales y de

la prensa, hay una falsa calma; una paz impostada. Bruce puede olerla antes incluso de bajar del vehículo y hablar con el guardia de la entrada, que parece extrañamente tenso, pero más por su presencia que por lo sucedido la noche anterior. La llegada del nuevo responsable del centro en apenas minutos, también sorprende al heredero de los Wayne. Y ese hombre joven, alto y delgado, lleva una máscara que Bruce puede ver con tanta claridad como si fuera de hierro.

—Señor Wayne, es un placer recibirle. Soy el doctor Jonathan Crane, sudirector de Arkham.

—Para mí también es un placer conocerle. Perdone por presentarme aquí de forma tan brusca, pero he leído lo ocurrido y deseaba darles mis condolencias y mostrarles mi apoyo en todo lo posible. Este centro es toda una institución en Gotham y nunca había ocurrido nada tan grave.

—Sí, ha sido una tragedia. Nadie podía imaginar esto, pero ya estamos trabajando en un nuevo protocolo con respecto a la tenencia de armas de fuego dentro de las instalaciones.

—El periódico no da demasiados detalles de lo ocurrido. Sin duda, por respeto a los familiares de los fallecidos.

—Así es —responde el doctor Crane, procurando disimular su respiración agitada.

—Y, dígame, ¿ningún recluso ha resultado herido? Un hombre ebrio disparando por doquier y a todo aquel con el que se cruzaba...

—No, no. Todos los internos se encuentran perfectamente. En una situación así, el lugar más seguro es el interior de una celda cerrada con llave.

—Desde luego. Y supongo que tampoco ninguno habrá aprovechado el caos para intentar huir. Sin duda, la prensa lo habría dicho.

—No. Hemos hecho el recuento habitual a primera hora y todos los internos se encuentran en sus celdas y en perfecto estado.

—Es un alivio escuchar eso. Hay personas aquí que... cómo lo diría... temo que, a pesar de sus esfuerzos, nunca podrán reinsertarse en la sociedad.

—Confió en que sí.

—Bien, creo que ya le he robado suficiente tiempo, doctor Crane. Aún deben estar conmocionados por lo ocurrido y no deseo molestarles más.

—No es molestia recibir a Bruce Wayne. Nuestras puertas están siempre abiertas para usted.

—Me tomaré eso como un cumplido.

—Lo es.

Y Jonathan Crane acompaña con la mirada y una sonrisa extraordinariamente falsa el Rolls-Royce, mientras se aleja dejando un rastro de polvo.

Esa noche, Bruce permanece en su biblioteca, pero no ha tenido voluntad para retomar la lectura. Su mente, despojada de la paz o indiferencia que tanto le había costado cultivar, es un hervidero de preguntas y teorías. Y, cuando eso ocurre, solo hay alguien, o algo, capaz de encontrar respuestas.

—Es necesario —susurra—. Lo haces porque debes, no porque no puedas evitarlo.

Y Bruce baja a la cueva. Una cueva que no veía su presencia desde hacía meses. El sarcófago se abre, mostrando ese traje gris con un murciélago negro en su pecho; esa capa azul oscuro a prueba de balas y cuchillos que le permite planear; y esa máscara que parece sonreír ante lo que siempre ha sabido inevitable.

Una sombra se desliza por los pasillos del depósito municipal. Toma los partes de ingresos y comprueba las etiquetas colocadas en los pies de los cadáveres, hasta dar con uno de los asesinados en Arkham. Retira la sábana, y ve que ese hombre, uno de los guardias, tiene un agujero de bala en la frente. Eso hace que frunza el ceño, volviendo a cubrirlo. Se dirige a otro y lo destapa, viendo la misma herida mortal.

—Un guardia borracho... y una mierda. Estas personas fueron ejecutadas a sangre fría.

Repite la acción con el resto, comprobando que, salvo el doctor Goldberg, todos muestran certeros disparos en la cabeza. Pero, entonces, escucha ruido de pasos en la entrada, por lo que se oculta en un cuarto cercano. Asomado tras la puerta entreabierta, ve entrar en el depósito a tres hombres vestidos con sombreros y gabardinas casi idénticas.

—Buscad las balas —dice Maxwell Wesler, quien parece ser el mayor en edad y autoridad.

—Eso está hecho, señor —responde otro, llamado Daniel Higgs.

—Yo tengo que mear —murmura el más bajo de los tres, de nombre Ronald Hansborough.

El Murciélago ve como ese hombre se acerca y abre la puerta de un empujón. Pero ese lugar no es el servicio, sino un trastero. A pesar de ello, un viejo balde medio lleno de agua sucia con una fregona igual de mugrienta dentro, parece ser de su agrado.

—Bueno, no creo que les importe —dice, bajándose la cremallera del pantalón.

Tras él, el Murciélago cierra la puerta con cuidado, como si fuera la inercia, y sin delatar su presencia, se aproxima con sigilo a ese que ya ha comenzado a orinar en el cubo. Y con tal velocidad y fuerza lo aprisiona y estrangula, que Ronald no puede ni exhalar un quejido, quedando inconsciente en apenas segundos. Tras dejarlo caer con suavidad, busca su cartera y, al abrirla, queda sorprendido y confuso, pues lo primero que ve es una placa plateada.

—¿Policías? —se pregunta en voz baja.

El Murciélago apaga la luz y abre lentamente la puerta, lanzando un *batarang* que impacta en la bombilla de la lámpara más cercana. Casi al momento, otro hace explotar la segunda, quedando el lugar en total oscuridad. Los dos agentes sacan sus armas, apuntando a su alrededor sin poder ver nada.

—¿Qué coño está pasando?! —grita Wesler—. ¡¿Quién está ahí?!

—¡No lo sé, sargento! —responde Daniel, prendiendo su encendedor, guiándole esa pequeña llama hasta el trastero.

Cuando entra, enciende la lámpara, viendo únicamente a su compañero inconsciente en el suelo. La luz de ese cuarto permite alumbrar en parte el depósito. Wesler mira a su alrededor en busca del intruso que les ha acechado, hasta que algo en el suelo llama su atención. Se arrodilla y recoge uno de los *batarangs*.

—Cabrón... así que has vuelto —dice el oficial, girando en su mano ese shuriken en forma de murciélago.

Capítulo 6

15 de enero de 1935

Un coche de policía se detiene bruscamente ante la Oficina Central de Correos. El Comisionado James O’Ryan y el capitán Sean Mulrooney descienden del vehículo, sumándose a los más de diez agentes que ya se encuentran allí con sus revólveres y escopetas apuntando a las puertas y ventanas del edificio.

—Sabía que esto nos explotaría en las narices —dice el capitán.

—Calma, Sean. Ordena que acordonen la zona. Que nadie se acerque a menos de dos manzanas.

—¿Y si viene la prensa?

—A esos, que se los lleven a cinco manzanas.

—Muy bien —obedece el capitán.

—No, no —recapacita O’Ryan—. Espera. Si viene la prensa... que se les diga que varios empleados se han encerrado para pedir un aumento de sueldo y que tememos que pueda haber algún ciudadano como rehén. Que tomen sus nombres y medios para los que trabajan y se les diga que yo personalmente les daré por la mañana toda la información de la que disponemos.

—Poder ver en persona un secuestro solo les abrirá el apetito.

—¡Me importa una mierda! Decidles eso, y si no se van, echadlos a patadas o detenedlos por obstrucción. Y si ese hijo de puta asoma la cabeza, aunque sea por un instante, voládsela.

—Sí, señor —acata Mulrooney, yendo junto al resto.

El comisionado sube de nuevo a su vehículo y se dirige al apartamento del teniente Gordon. No puede evitar que un sudor frío empape su cuerpo, ni que el recuerdo lejano de las víctimas del ser que se encuentra dentro de la oficina de Correos, le acelere el pulso y haga que sus manos tiemblen, debiendo aferrar con fuerza el volante.

Unos golpes en la puerta despiertan a Gordon y a su mujer. Siempre cauteloso, el oficial abre el primer cajón de la mesilla que tiene junto a la cama y saca su revólver. Sin soltar el arma, se viste con una bata, calza sus zapatillas y se aproxima con paso sigiloso a la entrada.

—¿Quién es? —pregunta Gordon, colocado junto a la puerta y con la espalda contra la pared.

—Soy el comisionado James O’Ryan. Le necesito Gordon. Tenemos un problema.

Ya en el coche policial, a Gordon le sorprende que el comisionado esté callado y conduzca de forma extrañamente lenta.

—Señor, ha dicho que el incidente se ha producido en la oficina de Correos, pero vamos en dirección contraria.

—Lo sé. No nos dirigimos allí.

—Entonces, ¿a dónde?

—Dígamelo usted.

—¿Yo?

—Verá, Gordon, en esta ciudad están pasando cosas que amenazan con escapar a nuestro control. El alcalde está nervioso y, sinceramente, yo también.

—Le comprendo, comisionado. Un asesinato múltiple y dos secuestros con rehenes en apenas una semana... Es como si algo hubiera desatado una ola de locura en las calles.

—Algo no... alguien.

—Sí, pero ¿quién? La versión de los rehenes del National Memorial es convincente, y lo de Arkham fue un arrebato provocado por el alcohol. ¿Y qué saben de los secuestradores del...? ¿quiere decirme a dónde vamos si no es allí?

El comisionado estaciona el vehículo y apaga el motor.

—Escúcheme, Gordon. Voy a decirle esto porque sé que es un buen oficial. Podría haber ascendido en el departamento de forma poco honorable, o haberse jubilado hace mucho con más dinero del que vería en diez vidas con su pensión de teniente, pero siempre se ha mantenido a este lado de la ley. Nunca ha aceptado sobornos ni ha delatado a un superior ni a ningún compañero, y eso es algo por lo que siempre le respetaré. Por eso, una parte de mí, me dice que es la persona indicada para esta misión, pero otra, me dice que no.

—¿A qué misión se refiere?

—El alcalde me ha encargado en persona que forme una unidad especial con los mejores hombres del departamento; gente curtida que haya combatido en la Gran Guerra y a la que no le tiemble el pulso a la hora de apretar el gatillo.

—¿Una unidad especial? ¿Quiere crear una especie de... grupo de *intocables* aquí, en Gotham?

—No. Sería una fuerza de acción más contundente, más despiadada. Quiero que los de Eliot Ness parezcan unos boy scout en comparación. Necesito hombres que encuentren y maten sin dudar ni hacer preguntas. Y quiero que usted los lidere.

—Comisionado... ¿puede decirme a qué nos enfrentamos para que el alcalde le haya pedido eso?

—El Joker ha escapado de Arkham. Harvey Dent lo ha liberado. Ellos fueron los responsables de la masacre del asilo y es el Joker el que está ahora en el edificio de Correos.

Gordon palidece, y es contagiado por los mismos sudores fríos y temblores que el comisionado.

—¿Bromea?

—Ojalá.

—Pero, entonces, los informes...

—Una mentira inventada para evitar que cunda el pánico y esta ciudad se convierta en un caos incontrolable.

—Oh, Dios mío... el Joker.

—No hace falta que le diga, que nadie más debe saber esto.

—Pero, después de esta noche, lo sabrá todo Gotham.

—No. Desde el despacho del alcalde ya se están ocupando de eso. Por ahora, tenemos la situación controlada. Nadie, repito, nadie fuera del departamento y la oficina del alcalde, debe saber la verdad de lo que está ocurriendo.

—Señor, esto es muy grave.

—¿Y cree que no lo sé? ¿Acaso me ve feliz? Confiábamos en tener más tiempo; en que se ocultaran o, en el mejor de los casos, decidieran huir, pero no hemos tenido esa suerte. Por eso es que ahora le necesito, Gordon.

—Haré todo lo que pueda, pero necesitaré al menos treinta hombres para asegurar el edificio y...

—No, no me ha entendido. No le estoy pidiendo que se enfrente al Joker.

—Tiene razón... no le comprendo.

—El Joker quiere al Murciélago. Quiere que vaya ante él.

—¿Y por qué recurre a mí para eso?

—Lo sé, Gordon. Desde hace mucho.

—¿Saber qué?

—Que usted es su contacto en el departamento. Por algo llegué a comisionado, ¿no cree? Además, ¿cuánto tiempo pensaba que iba a poder mantenerlo oculto rodeado de investigadores y detectives?

Y Gordon siente un nudo en la garganta al escuchar eso.

—Señor... yo.

—Tranquilo. Relájese. Aunque la versión oficial sea que el Murciélago es un delincuente, los que en el cuerpo lo odian es solo porque sienten envidia de él por todo lo que ha logrado. En el fondo, cualquiera con algo de sentido común, sabe lo que Gotham debe a ese enmascarado. Pero ahora está en juego mucho más que él o nosotros.

Necesito que lo llame. Tiene que encender esa señal o este horror que se ha desatado sobre la ciudad no se detendrá.

—Señor, aunque quisiera... ya ve lo que ocurrió la última vez. Hace mucho que no aparece.

—Ha vuelto.

—¿Ha vuelto? ¿Cómo lo sabe?

—Hace varias noches, atacó a tres de los nuestros en el depósito municipal. Sospecha algo, y creo que no tardará en averiguar que el Joker está ahí fuera, si no lo sabe ya. Y, por él, sí saldrá de su escondrijo. Usaremos al Murciélago para ganar algo de tiempo. Deme dos semanas y reuniré a los mejores oficiales de la ciudad y de todo el Estado si fuera necesario. Y, entonces, daremos caza a esos maníacos. Si lo logramos, le garantizo la placa de inspector.

—¿Inspector?

—Así es, Gordon. De manera que, dígame —dice O’Ryan, encendiendo de nuevo el motor y mirando al teniente a los ojos—, ¿a dónde vamos?

En su biblioteca, Bruce Wayne tiene en las manos el *Tratado de la desesperación* de Søren Kierkegaard, pero a duras penas puede prestar atención a las letras, pues su mente bulle con teorías y pensamientos a cada cual más lúgubre, lo que hace que le cuesta terriblemente concentrarse en la lectura. A pesar de ello, se obliga a hacerlo:

“... muy a menudo, le domina una necesidad de soledad, tan vital para él, a veces, como dormir o respirar. Que tenga esa necesidad vital con más fuerza que el común de las gentes, es signo de una naturaleza más profunda. La necesidad de soledad prueba siempre en nosotros la espiritualidad y sirve para medirla. Ese pueblo descabellado de hombres que no lo son; ese ganado de inseparables, siente tan poco esa necesidad que, como cotorras, mueren cuando están solos. Como el niño que no se duerme si no se le canturrea, necesitan el gorjeo tranquilizador de la sociabilidad para comer, beber, dormir, rogar o sentirse enamorados. Pero ni la Antigüedad ni la Edad Media descuidaban esa necesidad de soledad, sino que respetaban lo que expresa. Nuestra época, sin embargo, con su sempiterna sociabilidad, tiembla tanto delante de la soledad, que no sabe servirse de ella, más que contra los criminales. Es cierto que, en nuestros días, es un crimen entregarse al espíritu y, por lo tanto, nada es más normal, que clasificar a las gentes amantes de la soledad, como criminales”.

La puerta de la biblioteca se abre, y el eco de pasos sutiles resuena en la estancia. Bruce los reconoce al momento, y teme a qué pueda deberse esa intrusión.

—Sé que lo has hecho de nuevo —dice Selina.

—¿Hacer qué? —pregunta Bruce, sin mirarla.

—Ya lo sabes. El ruido de ese maldito motor retumbando en la cueva atraviesa suelos y paredes. Y estás diferente desde entonces —dice ella, apoyándose en el reposacabezas del sillón de su prometido.

—Fue necesario...

—Desde luego. Si lo haces tú, es necesario. Si lo hago yo, soy débil y me tratas como a una niña a la que hay que castigar sin postre durante una semana.

—En tu caso, sin duda, eso sería un alivio —dice Bruce, con algo de maldad, sabiendo la difícil relación que Selina mantiene con la comida.

—Asómate a la ventana y se te quitaran las ganas de bromear —susurra a su oído.

Y esa enfermedad; ese mal que recorre Gotham en forma de sudores repentinos y temblores incontrolables, se apodera de Bruce al instante, no necesitando mirar al exterior para saber de qué se trata. Procurando aparentar calma, coloca la tira de seda en la página que a duras penas a podido leer. Cierra el libro, lo deja sobre la mesa y se incorpora, caminando hacia una ventana, a través de la cual, ve brillar, en el cielo oscurecido, algo que ya no le causa indiferencia, sino una profunda aprensión.

—¿El Murciélago no había vuelto a salir a las calles desde que atrapaste a Zsasz? —pregunta Selina.

—No.

—¿Y cuánto hace de eso?

—Mi mente pudo dejar de contar los días. Pero fue en primavera. Hace ocho... casi nueve meses... ¿Y tú?

—Ya lo sabes...

—¿Y no ha habido ninguna otra? Aunque fuera a solas.

—No, pero no porque no sienta deseo de hacerlo.

—¿Tienes miedo de no poder refrenar tus impulsos?

—¡Tengo miedo de no entrar en él! ¡De no poder ser nunca más esa fantástica criatura! ¡Desde que vivo aquí contigo no dejo de comer más y más cada día! ¡Me has convertido en una gorda aburguesada que no sirve para nada!

—¡Ellos no son fantásticos! —grita Bruce, volviéndose—. ¡Son solo algo en lo que nos refugiamos para huir de nosotros mismos!

—Pues yo nunca he sido tan feliz como cuando era la Gata... Y sé que tú tampoco.

—No puedo hacerlo. No debo. No, otra vez.

—¿Por qué?

—Temo que tenga que ver con ese suceso en Arkham. Los del psiquiátrico, la prensa y la policía, están ocultando algo, y creo saber qué.

—¿Y qué es?

—Algo que no quiero ni imaginar.

Selina se aproxima a él, con gesto serio, pero calmado. La palabra *Arkham* está unida irremediablemente a otra.

—¿Crees que el Joker ha podido escapar? —Oír ese nombre provoca un espasmo en Bruce, que la mira a los ojos como si fuera una aparición—. Pues más razón para que salgas ahí fuera. Ya le atrapaste una vez. Vuelve a hacerlo.

—¿Crees que es así de fácil?

—El Joker es solo un loco disfrazado de payaso.

—Es mucho más que eso —susurra Bruce, desviando la mirada de esos enormes ojos verdes, caminando hacia la chimenea.

—Le tienes miedo... —murmura Selina, con cierto desprecio—. Tienes miedo hasta de pronunciar su nombre.

—¡Tengo miedo de en qué se convierten cuando están juntos! De lo que son capaces cuando se tienen el uno frente al otro.

—Hablas como si fuera una especie de demonio. Y no es más que un loco disfrazado de payaso.

—Tú no estabas aquí. No sabes lo que esta ciudad sufrió. Vivías a miles de millas; en otro país, en otro continente. Te aseguro que lo que pudieras leer en los periódicos, ni se aproxima a lo que nos hizo.

Pero nada de lo que su prometido pueda decir, hace cambiar de opinión a Selina.

—Tienes miedo de un loco disfrazado de payaso...

Con más ira que impotencia, Bruce sale de la biblioteca. Ella lo sigue con la mirada hasta perderlo de vista. Observa después a su alrededor y toma el libro de Kierkegaard, abriéndolo al azar.

“Imagina un yo —lee para sí—, y que, ese yo, se pusiera a pensar en la forma de trastornarse en otro, distinto a él mismo. Y aquel desesperado, cuyo único deseo es esa metamorfosis, la más descabellada de todas, de pronto, se enamorara de la ilusión de que el cambio le sería tan sencillo como cambiar de traje”.

Bruce camina con paso veloz hacia la puerta de la bodega que da acceso a la cueva, pero, antes de llegar, escucha una voz a su espalda.

—Piénselo bien, señor —dice Alfred Pennyworth.

—No hay nada que pensar, Alfred.

—Señor... no está centrado. Y ya sabe quién puede estar esperándole ahí fuera.

—Por eso mismo. No hay nada que pensar.

Bruce abre la puerta, adentrándose en el pasillo que conduce a su formidable bodega repleta de botellas polvorientas. Presiona una de ellas, y una falsa puerta con apariencia de estante se abre, dándole acceso a la cueva donde el Murciélago reposa. Baja las escaleras metálicas con firmeza y la respiración agitada, hasta llegar al sarcófago que oculta su otra piel; a su otro yo. Tras respirar hondo, lo abre.

—Yo te controlo —susurra—. No tú a mí.

En la azotea desde la que se proyecta la señal del Murciélago, el teniente Gordon apura su octavo cigarrillo de esa noche. Lo tira al suelo y aplasta la colilla, sacando otro, casi al instante. Mira a su alrededor mientras busca el paquete de cerillas, temeroso de cada reflejo o ruido, pero, como siempre ha ocurrido, no se percata de la presencia de la sombra más temida de Gotham, hasta que la tiene a pocos pasos.

“¿Qué ocurre, Gordon?”, escucha el teniente a sus espaldas.

—Señor —exclama, volviéndose—... casi me da un infarto.

—Tú me has llamado.

—Lo sé... es solo que, hacía mucho tiempo. —El Murciélago no dice nada—. Tenemos un problema. Uno de los gordos. Al parecer... ha surgido un imitador del... de quien tú ya sabes.

—¿Un imitador?

—Sí. Tiene secuestradas al menos a quince personas en la Oficina Central de Correos. Y dice que quiere verte. Amenaza con matarlos a todos si no te presentas allí.

—¿Y no podéis ocuparos vosotros de un simple criminal?

—No es como los demás. Ese tipo se ha tomado el personaje muy en serio. No puedo decirte más. Tú ocúpate de él y te aseguro que nunca volverá a ver la luz del sol.

El Murciélago ha oído lo que Gordon tenía que decir, y aunque no ha creído ni una palabra, ese no es el momento para indagar sobre el asunto. Teme que esa noche será solo la primera de muchas en las que su vida y la de decenas de inocentes, estarán en juego. Sin cruzar más palabras, el Murciélago se dirige a la cornisa y se deja caer al vacío. Gordon enciende una cerilla y, con ella, su noveno cigarrillo.

—Ha sido emocionante —dice el comisionado James O’Ryan, surgiendo por las escaleras que dan acceso a la azotea.

—Sospecha algo.

—Claro que sí. No es estúpido. Pero ¿qué va a hacer? Es un fuera de la ley que solo le tiene a usted. Con suerte, esta noche atrapará al Joker y se acabará nuestro problema.

—¿Y si no lo consigue?

—Entonces, el Joker lo matará a él, y se acabará *su* problema, teniente.

—Esto no saldrá bien —murmura Gordón, dando una profunda calada al cigarrillo, con mano y labios temblorosos.

Los agentes apostados frente a la oficina de Correos, continúan alerta, apuntando con sus armas a puerta y ventanas, pero el lugar parece desierto. El capitán Mulrooney escucha una vibración, como el aleteo de una bandera que hondeara furiosa al viento. Se da la vuelta y, lo que ve, es una gran sombra atravesar uno de los ventanales del primer piso del edificio.

—¡Quietos! —grita el oficial, viendo cómo el nerviosismo cunde entre los agentes—. ¡Es lo que queríamos! ¡Seguid alerta!

El Murciélago tiene ante sí un pasillo apenas iluminado por varias lámparas. Como armas, su inseparable pistola de arpón y los clásicos batarangs; pero, en ese momento, echa en falta algo más contundente. No sabe por qué, pero camina en dirección a las escaleras que dan a la azotea. Su instinto le dice que sea quien sea el que está aguardándole, se encuentra allí. Al subir a la segunda planta y doblar un pasillo, ve un rastro de sangre. Dos, en realidad. Lo sigue acelerando el paso y, ante las escaleras que dan al tercer piso, encuentra una figura que se arrastra penosamente. Cuando se aproxima, comprueba que es una mujer de unos cincuenta años. La sangre procede de dos profundas heridas en sus talones.

—¿Quién le ha hecho esto? —pregunta el Murciélago, agachándose junto a ella.

—¡Déjeme! ¡Tengo que llegar a donde están!

—¿Quiénes?

—El resto. Ha dicho que los matará si no los alcanzo. ¡Tengo que llegar!

—¿A dónde han ido?

—Han subido... han subido por aquí —dice ella, señalando el tramo de escaleras más cercano.

El Murciélago le rasga la falda y venda los talones.

—Aguarde aquí. Yo me ocuparé de esto.

Pero antes de que pueda irse, siente cómo una mano le sujeta por el tobillo.

—Es él —dice la mujer, con lágrimas de espanto en los ojos—... Ha vuelto... Es él.

—Lo sé —susurra esa sombra, con pesar, antes de desaparecer.

En la tercera planta, peor iluminada, el Murciélago cree ver en el suelo un nuevo rastro de sangre, pero, esta vez, son pequeñas gotas. A no más de veinte pasos, diferencia la silueta de un hombre que le da la espalda y camina a tientas, palpando las paredes con las manos.

—¿Dónde estáis?! —grita, entre quejidos—. ¡¿Dónde estáis?! ¡Decídmelo! ¡Que alguien me conteste!

El Murciélago se le aproxima y lo sujeta por un hombro.

—¿Qué ha ocurrido?

El hombre se vuelve como un resorte al sentir una presencia tras él, mostrando un rostro ensangrentado y las cuencas de los ojos vacías. Esa visión estremece hasta a ese que parece imperturbable y apenas humano.

—¡Ayúdeme! —grita el pobre desgraciado—. ¡Tengo que llegar a ellos! ¡Si no lo consigo, los mataré de forma horrible!

—Cálmese, yo me ocuparé de él... espere aquí. Dentro de poco llegará ayuda.

—Oh, Señor —susurra el hombre, cayendo de rodillas, cubriéndose la cara con las manos—. Es él... ha escapado.

—Lo atraparé. Se lo aseguro.

El Murciélago continúa su ascenso a la azotea, inquieto al pensar qué será lo siguiente que pueda encontrar. Recorre las últimas plantas sin contratiempos. Al llegar a la séptima, realiza un nuevo hallazgo en la forma de un anciano de unos setenta años que, nada más verlo en la distancia, y lejos de sentirse intimidado por su presencia, corre de manera torpe hacia él, con toda la velocidad que le permiten sus viejas y cansadas piernas. Aunque parece inofensivo, esa actitud extraña hace que el Murciélago retroceda varios pasos, y cuando lo tiene al alcance, lo sujeta por la ropa con el brazo extendido para poder mantenerlo a distancia.

—Tranquilo. Estoy aquí para ayudarles. ¿Dónde están los demás?

El anciano solo pronuncia balbuceos. Parece querer hablar, pero no vocaliza bien las palabras. El Murciélago ve pronto que su boca está manchada de sangre. Sin duda, le han cortado la lengua. El anciano continúa queriendo comunicarse, hasta que se da por vencido y se mete dos dedos en la boca. Con su propia sangre, escribe en la pared las palabras: "Le quiere a usted".

—Sí... lo sé... ¿Dónde está?

—*Arriba* —dice, de forma brusca y apenas inteligible.

—Quédese aquí.

El Murciélago sube las últimas escaleras estremecido como un niño y agotado en su interior. Siente picor en las manos, rigidez en piernas

y brazos, palpitaciones, y una presión en el pecho que no llega a ser dolor, pero que le asusta más que cualquier herida que haya podido sufrir en el pasado. Aun así, sigue avanzando, aunque casi no siente el suelo bajo sus pies. Cuando tiene ante sí la puerta que da a la azotea, su mano tiembla, pero la gran sombra de la que es presa desde hace mucho, se impone, abriéndola con una fuerte patada. Y la escena que encuentra es exactamente la que esperaba: Ante él, a unos diez pasos, el Joker viste un traje morado y ceñido que resalta esa figura alargada y casi esquelética, coronado por un cabello verde y un rostro malvado pintado de blanco, con labios rojos que enmarcan la sonrisa más enorme y siniestra que nunca ha visto. Junto a él, sentados, quince rehenes entre hombres, mujeres y algún niño. Pero lo que más le preocupa, es que tiene ante él a un pequeño de entre unos nueve o doce años. Con una mano, le sujeta la cara, mientras que, con la otra, mantiene en su cuello un cuchillo.

—Hola, querido —susurra el Joker, con brillo en los ojos y casi tartamudeando de emoción—. Cuanto tiempo ha pasado... ¿Te han gustado los regalos que he dejado para ti?

—Suéltalo. Ya me tienes aquí.

—Oh, sí. Ahora has venido. ¿Pero qué me dices de todos estos años? Ni una visita, ni un paquete, ni una carta. ¿Así es cómo tratas a tu mejor amigo?

—¿Eso eres? —pregunta el Murciélago, mientras se acerca a él.

—Oh, desde luego. Nadie ha sido tan sincero contigo como lo he sido yo. Nadie ha intentado ayudarte para que puedas ser libre, como lo he hecho yo.

—Qué gran corazón. Y yo creyendo que lo que hacías era porque eres un sádico descontrolado —dice, sacando un batarang.

—¡Ha ha ha! —ríe el Joker, apretando el cuchillo contra el cuello del niño—. Aunque nada me gustaría más, me temo que esta no será una cita como las que solíamos tener. Ahora, tengo socios ¿sabes? Debo ceñirme a unos parámetros. Ya no puedo tomar decisiones ejecutivas como... rajar el cuello a todo aquel con el que me encuentre. Pero eso no debería sorprenderte. He leído por ahí que tú también tienes un socio... o, debería decir, ¿una socia?

Escuchar eso, hace que el Murciélago se detenga en seco.

—¿Qué quieres?

—Que juegues conmigo —dice el Joker, cogiendo del suelo un ejemplar del Gotham Tribune de ese día y tirándolo a sus pies.

El Murciélago lo recoge y ve rodeado con un círculo un anuncio en la sección de clasificados, que reza así:

“Pelea, pelea, perro negro. Te gusta la lucha, por eso, irás adonde los hombres combaten, y con el vencedor te fotografiarás, para que tu secreto permanezca a salvo.

No te esconderás en la oscuridad, sino que te iluminarán muchos flashes y, mientras sonrías, a diez inocentes dejaras morir a manos del Bufón de Gotham.

Pero si deseas salvarlos a cambio de que tu identidad sea revelada, los encontrarás al borde de la muerte, allí, donde la vida, deberían salvar”

—Sí, así es —susurra el Joker—. Al parecer, a mis socios les atrae la idea de... torturar a eso que hay debajo de tu... máscara. Yo estoy en minoría, así que... tengo que seguirles el juego, aunque me parezca una estupidez. Porque sé que... ahí debajo... no hay nada, como tampoco aquí —dice, pasando el cuchillo por su propia cara—. Esto es lo que somos en realidad. Nosotros hemos tenido valor para mostrarnos tal y como somos. Y eso es algo que aterriza a esta sociedad hipócrita y puritana. Por eso quieren destruirnos. Para que nada perturbe su fantasía de apariencia perfecta... para poder seguir viviendo en una mentira, aunque todo se esté desmoronando ante sus ojos. Ahora, debo irme.

El Joker retrocede hasta la cornisa, suelta al niño y se lanza al vacío. El Murciélago se asoma lentamente y lo ve alejarse, tumbado en un camión, sobre lo que parecen fardos de algodón. En cualquier otro momento, habría saltado a por él, pero está paralizado, perdida su mente en el último párrafo de ese anuncio.

Capítulo 7

17 de enero de 1935

En la cueva, Bruce permanece sentado en un oscuro rincón. Lleva dos días sin salir de allí. No ha hablado con nadie ni apenas ha comido, y su mayordomo siente que ya ha esperado lo suficiente, por lo que entra en esa bóveda de piedra coronada de murciélagos portando una bandeja con pastas de mantequilla y dos tazas de té.

—Buenas noches, señor Wayne.

—Alfred... —responde Bruce, desde las tinieblas.

—He traído un tentempié. Nos dará energía para la investigación.

—¿La investigación?

—Del caso que le preocupa...

—Me temo que es algo más que un caso, Alfred.

—Lo supongo. Hacía mucho que no le veía tan abatido... Se trata de él, ¿verdad?

—Sí... pero... lo hice bien. Mantuve la calma. Deberías haberme visto. Era... como si fuera otra persona. Puedo decir con orgullo que él no es ahora lo que más me preocupa.

—¿Qué puede preocuparle más que el hecho de que él esté libre?

—Esto —dice Bruce, dándole una hoja de periódico.

—“Pelea, pelea, perro negro —lee el mayordomo—. Te gusta la lucha, por eso, irás adonde los hombres combaten, y con el vencedor te fotografiarás, para que tu secreto permanezca a salvo. No te esconderás en la oscuridad, sino que te iluminaran muchos flashes y, mientras sonríes, a diez inocentes dejaras morir a manos del Bufón de Gotham. Pero si deseas salvarlos a cambio de que tu identidad sea revelada, los encontrarás al borde de la muerte, allí, donde la vida, deberían salvar”... ¿Un acertijo?

—La primera parte se refiere al combate de boxeo que se celebrará el día veintidós entre Art Lasky y James Braddock. Quiere que acuda y que espere hasta el final. Hasta que haya un ganador. Braddock viene de derrotar a "Corn" Griffin y a John Henry Lewis. El combate será largo. Seguro que durará entre doce y quince asaltos. Quiere tenerme allí más de una hora.

—¿Y los inocentes?

—En un hospital. “Allí, donde la vida, deberían salvar”. Sin duda, se tratará del Bellevue Hospital Center.

—¿Y qué hay de esto?: “Pero si deseas salvarlos a cambio de que tú identidad sea revelada”. No lo habrá creído, ¿verdad?

—Sí que lo creo. Solo alguien que sepa la verdad podría controlarlo y evitar que cometiera una masacre.

—Entonces, ¿quiere decir que alguien allí fuera sabe que usted es el Murciélagos?

—Y ese alguien lo ha liberado y ahora están jugando conmigo. Él habló de socios, así que, al menos, debe tener dos cómplices.

—De modo que —dice Selina, a la que ninguno ha sentido entrar en la cueva—, o vas a esa velada y dejas morir a diez personas, o los salvas y el mundo entero sabrá que tú eres el Murciélagos.

—Sí... así es —responde Bruce.

—Le traeré otra taza a usted, señorita Kyle —dice Alfred, retirándose al comprender que ahora está de más.

Ya a solas, Bruce la observa con extrañeza, como no reconociendo lo que esconde su mirada.

—¿Qué haces aquí? —pregunta él.

—¿Qué crees que hago? No has aparecido en días. Antes hablas con Alfred que conmigo, y me he tenido que enterar de lo que pasa escuchando tras una pared como si fuera una niña. Pero supongo que eso es lo que soy para ti.

—No quería preocuparte, Selina.

—¡Deja de tratarme así! —Ese arrebato hace que Bruce reconozca una parte de ella, y no la que más le gusta ver—. Estamos prometidos. Si tú tienes un problema, yo también.

—Lo tengo...

Selina se sienta a su lado y mira el anuncio del periódico.

—Habla con Gordon. Que la policía vaya al hospital y lo atrapen.

—No. Gordon me oculta algo. Habló de él como de un imitador, y la policía está involucrada en esto. Están manipulando las pruebas de sus crímenes.

Selina lee de nuevo el texto.

—Quiere que estés allí al finalizar el combate.

—Sí, y eso significa que alguno de los que llamó: “sus socios”, también estará allí... o puede que no. Pero quiere que esté en torno a las diez y media u once de la noche. Sin duda, será entonces cuando mate a los rehenes.

—Te está dando a elegir. Tu conciencia... o tu vida.

—Sí... y no puedo salvarlas a ambas.

—Sí que puedes. Yo iré.

—¿Qué?

—Yo liberaré a los rehenes.
—No —dice Bruce, poniéndose en pie.
—¿No? ¿Y qué otra opción tienes?
—No me importa. No dejaré que lo hagas.
—¿Y cómo vas a impedirlo? ¿Vas a encadenarme aquí, junto con tus amiguitos alados?
—No sabes lo que dices...
—El Joker —pronuncia ella entre dientes—... no es más que un loco disfrazado de payaso. Y creo que has olvidado quien soy yo.
—No lo he olvidado.
—Puedo hacerlo. He salido de otras peores.
—Sí, pero con mi ayuda.
Escuchar eso, hace que a Selina le hierva la sangre.
—Siempre me las había arreglado muy bien antes de conocerte. Tal vez tú me estés haciendo débil.
Y ahora es Bruce el que, por el contrario, queda frío como el hielo.
—¿Qué quieres decir?
—Que tal vez esto haya sido un error.
—No, Selina. No digas eso... Tienes que entenderlo. Esto me está superando. No me asustan las pistolas ni las bombas... pero si se hace público quien soy, sería mi final... nuestro final.
—Por eso tienes que dejar que vaya. Yo me ocuparé del Joker.
—Selina... si vas a hacerlo... prométeme que liberarás a los rehenes pero que no te enfrentarás a él. Si te habla, no le escuches y ni le mires a la cara.
—Siempre me has subestimado.
—Selina... Quiero que tengas algo muy presente. A pesar de su aspecto y sus métodos... a pesar de que pueden parecer brutales y casi invencibles... por dentro, son frágiles.
—¿De quién hablas? ¿De nuestros enemigos, o de nosotros?
—De ambos.
—Tú sal de aquí y date un baño. Y el día del combate, ponte tu mejor traje, que yo haré lo mismo.

22 de enero de 1935

Iluminada por la luna menguante, Selina observa a su prometido desde uno de los ventanales de su habitación. Bruce se detiene antes de subir al Rolls-Royce y le devuelve la mirada. En ambas, hay ansia y expectación. Solo una vez que el vehículo atraviesa la verja y

abandona la propiedad de los Wayne, Selina se aparta y se aproxima a su armario. Con el pulso acelerado, saca una caja, la abre y toma con cuidado una prenda negra de su interior, a la que le cuesta recuperar la forma después de tanto tiempo plegada en esa estrecha celda. Presa de una ansiedad aun mayor, se desviste y comienza a enfundarse en esa otra piel de cuero. Primero, con temor; después, animada por ver que todavía entra en ella. De nuevo como su *alter ego*, se mira en un gran espejo de pie.

—Sí —susurra, pasando sus manos por la cintura y hasta la cadera—. Sigues siendo una gatita adorable.

Faltan veinte minutos para las nueve de la noche, y a la entrada del Madison Square Garden Bowl, en el distrito de Queens, llega el Rolls-Royce de Bruce Wayne, eclipsando al resto de las celebridades que se congregan a la entrada. Saluda con su habitual desgana y entra al recinto, yendo directamente a su asiento en una de las primeras filas.

El combate comienza, y es el único al que no le importa lo más mínimo lo que ocurre sobre el cuadrilátero. Durante un interminable asalto tras otro, Bruce no grita, aplaude ni jalea. Sus ojos escudriñan a todos los presentes, buscando algo que pueda delatar a aquel que le haya tendido esa trampa, pero su mente está también con su prometida, o lo que quede de ella una vez convertida nuevamente en la Gata. La campana suena por última vez señalando el final del combate. Quince agónicos asaltos ha tenido que esperar.

—¡El ganador, por decisión unánime, es James J. Braddock! —dice el locutor.

Transcurrido un tiempo prudencial, Bruce se encamina en dirección a los vestuarios, sabedor de que los pocos periodistas que no se encuentren allí, le seguirán a él. Cuando se permite la entrada a los reporteros y fotógrafos, el entra, encontrando a Braddock en mejor estado de forma y ánimo de lo que podría esperarse después del castigo recibido. La prensa insiste en que Bruce sea el primero en fotografiarse con el campeón, debiendo esperar el resto de los presentes su turno. Y ambos posan, contrastando el gesto serio del heredero de los Wayne, cuya mente está en otro lugar, con la alegría del boxeador de *Hell's Kitchen*.

En el sótano del Bellevue Hospital Center, diez rehenes, siete mujeres y tres hombres, permanecen atados y amordazados en el suelo, mirando la silueta siniestra y escuálida del Joker.

—Y entonces, llamé a urgencias —dice el Joker—. Cuando respondieron, le dije a la enfermera: “Me preparaba para ir a cazar, pero la escopeta se me ha disparado y he alcanzado a mi amigo. No se mueve y sangra bastante, creo que está muerto. ¿Qué debo hacer?”. “Asegúrese de que realmente está muerto”, respondió la enfermera. Ella quedó expectante y, al momento, escuchó un disparo al otro lado del aparato. “De acuerdo —le dije—, ya está muerto, ahora, ¿qué hago?”.

Nadie ríe, pero como si fuera el final de una representación teatral, las lámparas se apagan, penetrando tan solo algo de luz por unas pequeñas rejillas de ventilación.

—Así que has venido... —dice el Joker, con una gran sonrisa, girando en círculos—. Sabía que no me fallarías.

Se oye una especie de chasquido al tiempo que la cola de un látigo le golpea en la mejilla. Es como un mordisco o picotazo que le causa una fina herida por la que comienza a sangrar. Eso hace que dispare al lugar del que ha creído que procede el ataque.

—¡Vamos, ven aquí! —grita el Joker, mientras la mayoría de rehenes se tiran al suelo, temerosos de que alguna bala pueda alcanzarlos.

Una sombra se desliza velozmente tras él y le desgarrá de un arañazo el pantalón a la altura del gemelo derecho. El Joker exhala un sordo quejido por el repentino dolor y se palpa la herida, comprobando que sangra también por ella. Dispara otras dos veces a la nada, mientras chilla frustrado. Como respuesta, ese espectro se le aparece de forma fugaz por un costado, arañándole la cara, causándole cuatro cortes en la mejilla izquierda. Pero eso, lejos de desconcertar al Joker, parece agradarle.

—No eres tú... eres otra persona. ¡¿Verdad, querida?! Bsss, bsss, bsss, gatita. Ven aquí, gatita, no voy a hacerte daño.

El golpe metálico de un armario cayendo al suelo, hace que el Joker dispare tres veces más en esa dirección. Mira a su alrededor, hasta que cree diferenciar una oscura y delgada figura sentada de perfil en una mesa, con un pie apoyando en ella, balanceando lentamente el otro, mientras lame sus garras manchadas de sangre, con total tranquilidad e indiferencia.

—Debes ser la única persona de esta ciudad que no me teme —dice el Joker, encañonándola—. ¿No sabes quién soy?

—Sé muy bien quién eres... No eres más que un loco disfrazado.

—Un loco con un arma que te apunta a la cara.

La Gata lo mira, pero sin apenas parpadear.

—Es un revolver Colt Official Police con capacidad para seis balas. Y las has disparado todas. Así que, como no seas tan rápido como para

cargarlo antes de que yo salte sobre ti y te arranque el corazón... No, no tengo motivos para tenerte miedo.

El Joker se acerca a ella, más con fascinación y curiosidad, que con rabia.

—Sí... serías capaz de hacerlo. Un depredador reconoce a otro. Pero si lo hicieras... si me mataras, ¿qué ocurriría con él?

—¿Con él?

—Ya sabes de quien hablo. De ese amiguito tuyo tan escurridizo. ¿O a lo mejor sois algo más? Esta cita era para él y, en cambio, apareces tú... No puedo creer que haya enviado a una mujer al encuentro de un asesino como yo para que haga su trabajo.

—A mí no me ha enviado nadie. Yo no soy una sirvienta.

—Oh, por supuesto, querida. Disculpa si te he ofendido. Solo un necio pensaría que una criatura tan fantástica como tú, puede tener dueño. —La Gata no dice nada, aunque ese hombre haya logrado atraer su atención—. Pero eso no significa que no hayas venido en su lugar. Se siente bien, ¿verdad? Experimentas una paz, una tranquilidad de espíritu, como no imaginábamos que pudiera existir. No en esta vida; no, para nosotros. Es como si en esos momentos, las voces callaran. Sí. Llevo mucho tiempo alejado de las calles, pero durante mi encierro en Arkham, yo también conocí a alguien. Alguien especial. Me hablaba de lo que ocurría aquí fuera e incluso me traía periódicos. Sé que la mayoría de las cosas que cuenta la prensa es mentira. Huelo sus burdos embustes a la legua como si fueran pescado podrido, pero ese rumor no lo es. Os conocéis y sé que sois cómplices, puede que, hasta amantes. Oh, es tan romántico... Dos almas solitarias; dos fugitivos enmascarados destinados a encontrarse en la oscuridad de la noche. Sois como los nuevos Bonnie y Clyde, que en paz descansan.

—Cállate —dice la Gata, bajando de la mesa y encarándose con él—. No sabes nada de mí.

—Oh, sé mucho más de lo que imaginas. Puede incluso que te conozca mejor de lo que tú te atreves a conocerte.

La Gata le sujeta por el cuello y clava sus garras en la piel con una presión suave pero suficiente, para causarle tal dolor, que hace que se arrodille, al tiempo que prepara la mano derecha para golpear con los dedos alineados y las garras apuntando a sus ojos.

—No tendrás ocasión de demostrarlo —susurra ella.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? Yo creo que no. Esos enormes ojos verdes me dicen otra cosa. Tal vez me haya equivocado contigo. Nunca has quitado una vida ¿no es cierto? Tus correrías nocturnas no van más allá de robos y travesuras infantiles.

—Cállate —dice la Gata, entre dientes.

—Porque si me matas —continúa el Joker, con una gran y tétrica sonrisa—, cruzarás una frontera para la que no hay retorno. Una línea por la que caminas desde hace mucho tiempo, ¿verdad? Y lo que es peor, romperías su regla de oro. Nunca te perdonaría eso. Todo acabaría en ese mismo momento. Destruirías lo único que te mantiene en este lado, y no hablo de la ley.

—¡Cállate! —grita la Gata, cerrando la mano y dándole un puñetazo en la cara que lo arroja al suelo.

—Pero también sé —prosigue el Joker, levantándose y acercándose de nuevo a ella, mientras sangra en abundancia por la nariz—, que sientes que no hay nada peor que mantener a una bestia enjaulada. Ahora te veo con claridad. Ahora comienzas a mostrarte tal y como deberías ser. Pero continúas luchando por engañarte. Continúas atándote con cadenas... igual que él. Yo no soy tu enemigo ni tampoco el suyo. Yo solo pretendo liberaros.

El Joker se le ha acercado tanto, que extiende la mano y desliza dos dedos por la mejilla de la Gata, manchándole la cara con su propia sangre. Ella no reacciona a eso, sintiéndose paralizada.

—¿Quieres mi corazón? —dice él, rompiendo de un tirón los botones de la chaqueta y la camisa, dejando su pecho al descubierto—, aquí lo tienes. Pero debes estar dispuesta a pagar el precio... el precio por tu libertad.

La Gata, tras contener unas lágrimas que parecían querer derramarse, golpea al Joker en el rostro con una dura patada giratoria, arrojándolo de espaldas al suelo, quedando inconsciente.

Tras una media hora, cuando se recupera en parte de la contusión, lo suficiente al menos para incorporarse y poder mirar a su alrededor, comprueba que ese espectro vestido de cuero negro, ha desaparecido. Y, con él, todos los rehenes. Vuelve a tumbarse y ríe; ríe como si fuera él el que hubiera derrotado a su rival. Y esa risa aguda e histérica se amplifica por el eco de las paredes de esa pequeña sala, no habiendo ya allí, nadie que pueda oírla.

El Rolls-Royce llega a las puertas de la mansión Wayne. Bruce sale del automóvil seguido por Alfred y se dirige a su dormitorio. Cuando entra, antes de encender la luz, diferencia una delgada y oscura silueta recostada en la cama.

—¿Selina?

—Buenas noches, señor Wayne —responde una voz, parecida, pero no igual que la de su prometida.

Esa figura se desliza fuera de la cama y camina hacia él. Cuando se acerca lo suficiente, Bruce queda estupefacto, pues aquella no es Selina, sino la Gata, con sus zapatos de tacón, el inconfundible traje de cuero negro y la capucha de orejas puntiagudas.

—¿Qué haces vestida así? Acordamos no volver a usarlos aquí.

—Tú lo acordaste.

—Esta es mi casa y aquí no quiero que te pongas eso —dice Bruce, entre dientes y con tono severo.

La Gata se acerca aún más a él, con un caminar y expresión tan provocativos como desafiantes.

—Vamos, Bruce. ¿Ya no recuerdas que hace tiempo me dijiste, que te hubiera encantado que entrara aquí, en tu casa, por la noche, como una delincuente? ¿Qué te hubiera gustado hacerme... o con qué fantaseabas que te hiciera yo?

El heredero de los Wayne se aparta de ella, dirigiéndose al otro extremo de la habitación. Necesita conservar la calma y buscar una solución racional a esa situación que, siente, se descontrola por momentos.

—¿Qué ha pasado con los rehenes? —pregunta, encendiendo la luz.

Tras meditarlo unos segundos, abre la puerta de un pequeño mueble bar y se sirve un vaso de whiskey.

—¿Los rehenes? —pregunta ella, con rabia y decepción a partes iguales, pues siente que su prometido ha matado la excitante atmósfera que en su mente se había creado—. ¿Tú qué crees? Están a salvo. Ya te dije que el Joker solo es un hombre disfrazado de payaso.

Bruce siente un escalofrío y queda paralizado, con el vaso en los labios y el whiskey aún en su boca. Traga el licor lentamente, deja el vaso en la mesita con mano temblorosa, y se vuelve despacio.

—Un loco...

—¿Qué?

—Dijiste: “No es más que un loco disfrazado de payaso”. ¿Hay algo que quieras contarme, Selina? —inquire, acercándose a ella.

—No.

Bruce le mira a los ojos; a esos enormes ojos verdes que tal vez puedan albergar dos almas, pero en los que ha aprendido a ver la verdad.

—¿Has hablado con él, no es cierto?

—No...

Pero la Gata no sabe mentir, y él es un maestro detectando incluso los engaños más astutos.

—Te dije que no lo hicieras... —reprocha, con voz tan trémula como sus manos.

—¿Por qué? ¿Porque temías que pudiera escuchar alguna verdad por una vez en años? —Bruce no sabe qué decir ante esa actitud tan ofensiva. Ni en sus peores sueños habría imaginado esa respuesta—. ¿Eso fue lo que te ocurrió a ti? ¿Te dijo la verdad sobre ti mismo? ¡¿Por eso le tienes miedo y le odias?! ¡¿Porque no es un adulator que se postra a tus pies y finge reírse con tus sarcasmos?!

Bruce, ante palabras tan graves y preso de un arrebato incontrolado, le da una bofetada. La Gata no puede creer lo que acaba de ocurrir. Cuando asimila eso que nunca había pasado ni en la peor de las discusiones que hayan podido tener hasta la fecha, golpea igualmente a Bruce con el dorso de la mano derecha, girándole la cara.

—¿Seguro que quieres jugar a esto? —pregunta ella, con los ojos hinchados de ira, abriendo sutilmente ambas manos, extendiendo los dedos y, con ellos, las garras.

—Lo siento, Selina —se disculpa Bruce, de forma sincera—. Es solo que... puedo asegurarte que te ha dicho únicamente lo que quieres escuchar. Solo está jugando contigo. Lo único que pretende es hacerme daño... a través de ti.

—Oh, claro. Olvidaba que el mundo gira en torno a Bruce Wayne. Tú tienes que ser siempre el centro de todo. Y si no es Bruce Wayne, es el Murciélago. Uno de los dos siempre debe acaparar todas las portadas.

—No sabes lo que dices —responde, pero sin fuerzas, pues aún está arrepentido y avergonzado por haberla golpeado—. Nunca he querido eso. Escúchame, por favor. Te digo esto para protegerte. Sé muy bien cómo actúa. Solo pretende ganarse tu confianza, y en el momento en el que vea el menor síntoma de debilidad, lo aprovechará para destruirte. No quiero que vuelvas a acercarte a él. Aléjate de ese maníaco.

—Entonces, ve tú a su encuentro la próxima vez.

—No puedo... si lo hago, lo perderé todo. Mi vida, mi legado, a ti... Si se hace público que yo soy el Murciélago, pasaría el resto de mi vida en Arkham o en una cárcel de máxima seguridad... si no me matan antes. Ni toda mi fortuna podría salvarme.

La Gata no dice nada. No cree que merezca la pena seguir hablando. Da la espalda a Bruce y sale de la habitación, dejando tras de sí un halo de desprecio.

Capítulo 8

27 de enero de 1935

Falta poco para la medianoche y ha comenzado a nevar sobre Gotham. En el despacho del comisionado James O’Ryan, hay reunidos ocho curtidos oficiales y veteranos de guerra, la mayoría procedentes de la 23ª comisaría, una de las que más crímenes y violencia debe enfrentar. Entre ellos, hombres de confianza del propio O’Ryan, como el sargento Wesler y los agentes Hansborough y Higgs, a los que encargó falsificar las pruebas de los asesinatos en Arkham. Sentado junto al comisionado, se encuentra el teniente Gordon, que es quien más incómodo se muestra.

—Caballeros, gracias por haber venido —dice el comisionado—. Como ya os he dicho a cada uno, las autoridades municipales y federales quieren crear aquí, en Gotham, una fuerza de élite para combatir el crimen, pero usando métodos más expeditivos y que tal vez no siempre se ajusten estrictamente al marco de la ley.

—Ya era hora —dice Wesler, lo cual provoca algunas risas entre los demás.

—Creía que esos políticos no tendrían agallas, pero me alegra haberme equivocado —secunda esa opinión, Higgs.

—No es una cuestión de agallas... al contrario. Se trata de miedo —responde el comisionado—. El alcalde tiene auténtico pánico de lo que hay allí fuera, y el tiempo le está dando la razón.

—Así que es cierto... —dice otro, que parece al borde de la jubilación y, por su aspecto demacrado, sin duda, combatiente en la Gran Guerra.

—Sí, no es ningún imitador. El Joker está libre en nuestras calles. —Oír eso no genera ningún comentario, irónico o no. Todos allí guardan un claro y terrible recuerdo de los hechos de ese maníaco—. El teniente Gordon os explicará la situación.

Gordon se levanta y respira hondo.

—Esto es lo que sabemos. El día seis, el fiscal Harvey Dent fue al asilo Arkham, y tras cometer la masacre que todos conocéis, liberó al Joker. Y creemos que él fue en realidad el autor del secuestro en el National Memorial.

—¿Y qué cree que trama Dos Caras? —inquire uno de los agentes.

—¿Cómo dice? —pregunta Gordon.

—Ya sabe... todos lo llaman así... por su moneda de la suerte.

—Ah, sí —responde Gordon—. Bien, no... no estamos seguros, pero tanto en uno como en el otro, ya fuera en el Memorial como en la oficina de Correos, exigieron que el Murciélago fuera ante ellos.

—¿El Murciélago? —pregunta otro—. Pero, ¿no había muerto?

—No. Creemos que todo esto tiene que ver con un ajuste de cuentas. Un asunto entre ellos.

—Pues dejemos que hagan nuestro trabajo —dice Wesler, con una medio sonrisa.

—El problema es que los ciudadanos de Gotham están en medio —replica el comisionado—. Ahora mismo, tengo a quince ciudadanos retenidos en Arkham, y a tres, gravemente heridos o mutilados.

—¿En Arkham? —pregunta Gordon, que desconocía ese hecho, girándose hacia O’Ryan.

—Estrés postraumático... esa es la excusa que hemos empleado para internarlos y mantenerlos incomunicados. No queremos que se vayan de la lengua. Ellos vieron al Joker tan cerca como yo les estoy viendo a ustedes.

—Y bien —pregunta otro—. ¿Qué es lo que los mandamases quieren que hagamos? ¿Que los atrapemos? ¿Que los matemos?

—El alcalde lo explicó muy bien —responde el comisionado—. No debe quedar de ellos ni el recuerdo. Vamos a encontrar a Harvey Dent y al Joker, y los reduciremos a cenizas tan finas que ni el viento pueda esparcirlos.

—Eso podemos hacerlo —dice Wesler.

—¿Y por donde empezamos? —pregunta Hansborough—. ¿Tenemos alguna pista?

—Los rehenes de la oficina de Correos aseguran que el Joker entregó al Murciélago un ejemplar del Gotham Tribune —contesta Gordon—. Dijo algo así como que se trataba de un juego. Creemos que se comunicaran con él a través de los anuncios clasificados.

—Han hecho bien en llamarte, George —dice uno de los agentes a otro que tiene al lado—. Este sí es un buen trabajo para ti: sentarte a leer el periódico.

—Cállate, estúpido —gruñe el aludido.

—Por favor, caballeros —les interrumpe O’Ryan—. Actuaremos en dos frentes. Un grupo buscará al Joker y a Dent. Empezaremos por interrogar a los familiares y compañeros de Dent. Alguien debe estar ayudándole. El otro, investigará los acertijos que vayan dirigidos al Murciélago. Con algo de fortuna, puede que cacemos tres pájaros en esta operación.

Y Gordon queda sorprendido por esas palabras, ya que no sabía que capturar al Murciélago formara parte de los planes del comisionado, pues ya había olvidado que esa siempre fue una prioridad para las autoridades de la ciudad.

En un despacho ubicado en un almacén abandonado del puerto, Dos Caras derrama con un cuentagotas un líquido claro, casi transparente, sobre una de las caras de su dólar de plata. Al contacto con el metal, ese líquido comienza a humear y a corroerlo, dejando la cara tan desfigurada como la suya propia.

—La justicia ya no estará en manos humanas, sino en las de la diosa Fortuna —susurra por esos labios deformes.

Abriendo las puertas de par en par, una silueta alargada e inconfundible entra en el lugar.

—Me alegra que os hayáis puesto cómodos en mi casa —dice el Joker.

Dos Caras saca su pistola, se levanta y camina hacia él.

—¿Qué ocurrió en la oficina de Correos? —pregunta, dejando bien visible el arma.

—Oh, fue desesperante. En el hospital pude controlarme, pero cuando entré allí, recordé al instante el último paquete que pedí. Era una pastorcilla con dos corderitos en cristal de Bohemia. Me llegó roto en mil pedazos. Así que, cuando pisé la oficina, simplemente no pudo contenerme y puse una reclamación llena de severos reproches y alguna palabra malsonante, debo reconocer.

—No te burles de mí —dice Dos Caras, colocándole el cañón del arma en la mejilla—. Me refiero a esas personas a las que torturaste.

—Vamos, socio, ¿qué esperaba? Sabía muy bien lo que hacía cuando me liberó. Dijo que podría divertirme. No se haga el santurrón. No le pega nada, se mire por donde se mire —dice el Joker, observando con descaro un lado de su cara y después, el otro.

—Ese... ese no era yo. Y no te confundas, psicópata. No somos amigos ni socios.

—Oh, no hable así, señor Dos Caras. No pretenda volver atrás, porque ya no hay lugar al que regresar. Este que ha emprendido, es un viaje sin retorno. Y, créame, no hay mejor compañero de viaje que yo.

Dos Caras se aleja de él y habla a Edward, que permanece en un rincón, rodeado de recortes de periódicos.

—¿Y bien, Enigma?

—Está listo —dice el reportero, tendiéndole un pequeño trozo de papel—. Pero esta vez, he subido la apuesta.

Dos Caras lo lee y se lo entrega después al Joker, que lo coge con desgana.

—Puedo hacerlo —asegura, tras leerlo.

—Pues hazlo, pero espero que mejor que en el hospital.

—Oh, deberíais haber estado allí. Nunca en mi vida había visto a una criatura así. Su facilidad e indiferencia para causar dolor es... cautivadora.

—Creo que no me has entendido. Si una simple mujer puede dejarte fuera de combate y desbaratar nuestros planes, esta alianza no tiene ningún sentido, por lo que pensaré si te envío de regreso a Arkham o a la morgue.

—¿Cree que esto es dejarme fuera de combate? —pregunta el Joker, señalándose las heridas de su cara provocadas por la Gata—. Ella es como nosotros. Esto cicatrizará. Pero creedme, socios, el daño que yo le he causado, está creciendo en su interior como un tumor, y no tardará en devorarla... y al Murciélago, con ella. Al principio, tenía mis dudas sobre este plan, pero, ahora, estoy empezando a divertirme.

—Pues no te diviertas demasiado —advierte Dos Caras—. Recuerda, si el Murciélago no aparece, debes traer aquí a los rehenes, pero no quiero que muera un solo inocente.

—¿Ni un solo cadáver en las portadas? Eso nos convertiría en los criminales más patéticos de Gotham. No sé vosotros, pero yo tengo una reputación que mantener.

—Me importa una mierda tu reputación. Quiero a esos rehenes desaparecidos, no muertos. Y dejaremos que la prensa invente lo que quiera.

—Bien, le seguiré el juego, pero solo porque quiero ver cómo acaba esto... Ahora, si no hay nada más que desee...

—Sí... hay algo más.

—Usted dirá.

—Quiero la dirección de tu sastre.

29 de enero de 1935

En el exterior de la mansión Wayne, los prados nevados y los árboles, con sus ramas desnudas semejantes a miembros espectrales y retorcidos, arrojan una visión tan lúgubre como los pensamientos de los pocos que habitan ese lugar. En el interior de la cueva, Bruce rebusca en sus archivos, desordenando carpetas y esparciendo su contenido por una mesa. Está más delgado, con barba de algunos días y una tez

pálida que acentúa sus profundas ojeras. Los inconfundibles pasos de Alfred en las escaleras metálicas, le indican que ya ha amanecido.

—Buenos días, señor Wayne —dice el mayordomo, que porta una bandeja con el acostumbrado desayuno.

—Alfred —responde Bruce, sin mirarle.

—¿Puedo preguntarle qué hace?

—Intento averiguar de quién se trata.

—¿El hombre del acertijo?

—El mismo... pero estoy bloqueado. Por primera vez en mi vida, no sé por dónde empezar a investigar. Siempre he sido metódico y cuidadoso. Allí fuera solo hablo con Gordon, pero en estos años sé que él nunca me ha seguido.

—¿Y qué me dice del Tribune? ¿No tendrán ellos los datos del que puso el anuncio?

—No. Son anuncios anónimos. Es imposible rastrearlos. —Al volverse, ve que en la bandeja está el periódico de ese día—. Veamos...

Y Bruce queda paralizado por un instante.

—¿Se encuentra bien, señor?

Pero los ojos del heredero de los Wayne están clavados en uno de los anuncios:

“Aplaude, aplaude, rata negra. Eres buen actor, pero, esa noche, habrá uno mejor, y con él te fotografiarás, para que tu secreto permanezca a salvo.

No te esconderás en la oscuridad, sino que te iluminarán muchos focos y, mientras sonríes, a quince inocentes dejaras morir a manos del Arlequín del odio.

Pero si deseas salvarlos a cambio de que tu identidad sea revelada, los encontrarás entre penumbras, bajo el foco más brillante.”

Cuando termina de leerlo, se lo entrega a Alfred.

—“Eres buen actor, pero, esa noche, habrá uno mejor” ¿Se refiere a la Ceremonia de los Oscar? ¿La que se celebrará en el Gotham Palace en unos días? —pregunta el mayordomo.

—Sin duda. Hasta un niño de diez años lo habría adivinado.

—¿Y qué me dice del resto?: “... entre penumbras, bajo el foco más brillante”. ¿Cómo se puede estar entre penumbras bajo un foco brillante?

—El foco más brillante, es el sol, pero la Ceremonia de los Oscar se celebra por la noche, por lo que se refiere a su antagonista: la luna. Pero, ¿dónde?

—Es imposible de saber, señor.

—No, debe ser sencillo en realidad.

Bruce se levanta y comienza a caminar en círculos, pronunciando palabras en voz baja, con los ojos fijos en el suelo.

—Entre penumbras... —murmura también Alfred.

Eso hace que Bruce levante la cabeza y mire a su alrededor.

—No será a cielo descubierto. No bajo esa luna —dice Bruce, yendo a una estantería repleta de volúmenes sobre arte.

—¿Esa luna? No sabía que hubiera más...

Bruce saca un gran y pesado tomo y lo coloca sobre la mesa, abriéndolo y pasando las páginas con ansia.

—Señor —susurra Alfred, acercándose y comprobando que ese ejemplar está repleto de análisis de cuadros de estilo modernista—, ¿puedo preguntarle qué busca?

—La luna a la que se refiere el acertijo... es esta.

En la página señalada por Bruce, el mayordomo observa dos cuadros. Ambos muestran escenas nocturnas de Gotham. En el primero, se aprecian varios edificios vistos a pie de calle iluminados por una potente farola y, entre el cielo nublado, lo que parece una luna llena.

—Georgia O'Keeffe —lee Alfred—. *Calle de Gotham con luna*. 1925. Museo Metropolitano de Arte. Y este...

Cuando observa el segundo cuadro, queda paralizado, pues reconoce pronto ese en el que se muestra un rascacielos con casi todas las ventanas iluminadas y, empujada por tal construcción, una pequeña luna menguante entre densas nubes. Lo ha reconocido, no porque sea un experto en arte, sino porque se ocupa personalmente de limpiarlo cada semana.

—Señor Wayne... este cuadro, *La torre Ritz*... está en la mansión.

—Sí, recuerdo que lo compré el mismo día que se expuso.

—No lo comprendo. ¿Cree... cree que él vendrá aquí? ¿Con rehenes?

—No, solo me está enviando un mensaje. Ese cabrón está señalando mi propia casa y amenazando a los míos.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Esta vez me ocuparé yo mismo de él.

—¿Usted? Pero... debe elegir. O los rehenes, o acudir a la Ceremonia. Y ya sabe lo que ocurrirá si va al Museo.

—El Metropolitano cierra a las seis de la tarde, y la Ceremonia de los Oscar empezará a las ocho. Me quiere allí al finalizar, junto al

ganador del premio al Mejor Actor, pero seguro que para cuando el museo cierre sus puertas, él ya estará allí. Puedo ocuparme de liberar a los rehenes y después ir al Gotham Palace con mi mejor esmoquin como si nada hubiera ocurrido.

—Señor, ¿no cree que ya habrán previsto eso?

—Confío en que no. Ya fallaron la primera vez. Necesito que me ayudes con una cosa más, Alfred.

—Siempre ha podido y siempre podrá contar conmigo, señor.

—Te necesito para que mientas a Selina.

—¿Mentirla?

—Sé que querrá ir allí donde él esté. Necesito que me ayudes a alejarla del peligro.

—Lo comprendo, señor.

—Gracias, viejo amigo.

En el salón, todo está dispuesto para el almuerzo. Alfred coloca la cubertería y las servilletas bordadas, y se estremece ligeramente al sentir unos pasos tras él.

—Buenos días, Alfred —saluda Selina, quien no está peinada ni maquillada, y viste su bata, como si acabara de levantarse de la cama. Pero lo que más inquieta al mayordomo, es que lleva en la mano el Gotham Tribune de ese día.

—Señorita Kyle. ¿Desea algo?

—Sí —dice ella, acercándose y abriendo el diario por la sección de clasificados, señalando el acertijo—. Quiero saber lo mismo que sabéis vosotros.

—Señorita Kyle, le rogaría que no se involucre en esto.

—Ya estoy involucrada, Alfred —responde, con una ira en los ojos como el mayordomo nunca había visto.

—Señorita Kyle. ¿Por qué no habla con él? Llevan días sin verse... Esto no es sano.

—No hay nada sano en esta casa —pronuncia entre dientes, acercándose aún más.

—No hable así, por favor.

—Sé que Bruce deberá ir a la Ceremonia de los Oscar. Cualquiera lo habría descubierto. Pero ¿qué es eso del foco más brillante? Sé que ya lo habéis averiguado.

—Señorita... por favor.

—Te aprecio de verdad, Alfred, pero no me pongas a prueba.

Y el mayordomo no necesita fingir temor antes de responder, como ya había acordado con su señor.

—El foco... el foco más brillante... se refiere a la señal del Murciélago. La que se proyecta en el cielo de Gotham.

Selina se relaja y se aparta de él, dando espacio a ese buen hombre que podría ser su abuelo.

—¿Y dónde está esa señal?

—No lo sé. Se lo juro. Solo el amo Bruce lo sabe. Pero creo que la noche del treinta y uno, la última del mes, quiere verse con el teniente Gordon. Si le sigue, es posible que lo averigüe.

—Gracias, Alfred... Y disculpa mi actitud... estoy... algo confusa.

—No se preocupe. Le avisaré cuando el almuerzo esté listo.

Selina se retira sin decir más palabras. Al poco, otra puerta del salón se abre y, tras ella, asoma Bruce.

—Lo has hecho muy bien, Alfred.

—Esto es una locura, señor. No sé cuánto más podré aguantar...

31 de enero de 1935

Esa noche, la más gélida del año, es el Murciélago el que enciende la señal, que se proyecta en medio de una legión de copos de nieve. Sus huellas en el manto blanco que cubre la azotea es lo único que delata que él ha estado allí, ya que se oculta al instante. Desde las sombras, ve llegar el coche de Gordon y escucha sus pisadas subir por las escaleras. Nadie parece haberle seguido, pero a él sí. Otra sombra ha seguido el rastro del Murciélago hasta ese edificio; una sombra esquiva y sigilosa, pero no tanto como para ocultarse de él. Y ese era su único propósito esa noche.

—¿Hola? —dice Gordon, alzando el cuello de su abrigo.

“Estoy aquí”, responden las tinieblas, a su espalda.

—Sí, ya lo veo —dice Gordon, volviéndose—. No esperaba esto.

—¿De verdad?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Están ocurriendo cosas, Gordon... y me cuesta creer que el departamento esté al margen.

—Mira, si has venido aquí para darme información, dime lo que tengas que decir.

—Hay al menos tres maníacos allí fuera, y me quieren a mí. Dejad que yo me ocupe de ellos.

—¿Tres maníacos? Aunque eso fuera verdad, creo que has olvidado que ese es nuestro trabajo.

—Esto no tiene que ver con vosotros. Es algo personal.

—No tengo ningún problema en que tú te cites con quien quieras para mataros entre vosotros, ¡pero siempre que la vida de ciudadanos inocentes esté en juego, será asunto nuestro! —grita Gordon, recuperando el vigor que ya parecía haber olvidado.

—Solo lograréis empeorar las cosas... y que muera gente.

—Esto no solo tiene que ver con el Murciélago, ¿verdad? —murmura, acercándose a él y sacando un trozo de periódico en el que se lee el acertijo—. Comprendo que estés asustado, pero tienes que confiar en mí.

—Confío en ti, pero no en los tuyos.

—“El foco más brillante”... ¿A qué se refiere? Deja que te ayude a atrapar a los que están haciendo esto, como en los viejos tiempos.

—Las cosas han cambiado —responde el Murciélago, alejándose.

—Dame al menos algo...

Esa sombra se detiene y parece recapacitar.

—Se refiere a la luna. Pero no sé dónde estarán. Hay varios lugares desde donde existen unas vistas magníficas de la luna. Manda a tus hombres a la isla Welfare y al paseo marítimo de Brooklyn Heights. Estarán en uno de esos lugares.

Dicho eso, el Murciélago camina hacia la cornisa y se deja caer.

—El paseo de Brooklyn Heights... y un cuerno —gruñe Gordon, encendiéndose un cigarrillo, dejando también la azotea.

Encaramada en la fachada suroeste, la Gata también se dispone a retirarse tras haber escuchado esa conversación,

—Sí, Gordon... y un cuerno... —dice ella, con una gran sonrisa.

Capítulo 9

3 de febrero de 1935

La alfombra roja que da entrada al Gotham Palace ya está desplegada para recibir a las celebridades que en breve acudirán a la 7ª edición de los Premios de la Academia. A pesar de hallarse sumida en una de las peores crisis que se recuerdan, la ciudad y muchos de sus habitantes más ilustres se han engalanado con sus mejores máscaras, disfrazando una vez más la realidad en una ficción grotesca y ampulosa.

Pero aquel que lleva la máscara más famosa, no está allí, sino observando el Museo Metropolitano de Arte desde un edificio cercano. Hace veinte minutos que el centro ha cerrado sus puertas y no hay rastro de actividad criminal. No ha visto nada fuera de lo común; ni movimientos extraños, ni gente a la carrera, ni gritos, ni coches sospechosos, pero sabe que ese que lleva la máscara que más terror ha causado en Gotham, es casi tan experto como él en actuar con sigilo y por sorpresa. Deseando que su instinto haya acertado una vez más, salta al vacío y planea, cayendo sobre el tejado del museo. Se aproxima a un tragaluz y otea el interior, del que no parte más que oscuridad. Abre la puerta de la azotea y observa cada rincón en busca de alguna trampa que su archienemigo haya podido colocar. Recorre esa planta hasta entrar en el ala americana, donde, justo bajo el cuadro *Calle de Gotham con luna*, ve a quince personas arrodilladas con las manos atadas a la espalda. Y, ante ellos, diferencia la inconfundible silueta del Joker. Está sentado en el suelo, leyendo el libro *Un mundo feliz*, a tres niños de entre siete y doce años:

—“Las enfermeras se apresuraron a salir de la sala y volvieron al cabo de uno o dos minutos; cada una de ellas empujaba una especie de carrito de té muy alto, con cuatro estantes metálicos, en cada uno de los cuales había un bebe de ocho meses. Todos eran exactamente iguales y vestían de color caqui, porque pertenecían a la casta Delta.

Los chiquillos fueron situados de modo que pudieran ver un conjunto de flores y libros con dibujos. Inmediatamente, guardaron silencio y empezaron a arrastrarse hacia aquellas masas de colores vivos; aquellas formas alegres y brillantes que aparecían en las páginas blancas. Cuando se acercaron, el sol palideció un momento, eclipsándose tras una nube. Las rosas llamearon, como a impulsos de una

pasión interior; un nuevo y profundo significado pareció brotar de las brillantes páginas de los libros. De las filas de críos que gateaban, llegaron pequeños chillidos de excitación, gorjeos y ronroneos de placer.

El director se frotó las manos. Los más rápidos ya habían alcanzado su meta. Sus manecitas inseguras, palpaban, agarraban, deshojaban las rosas transfiguradas, arrugaban las páginas iluminadas de los libros. La enfermera jefe, que estaba de pie junto a un cuadro de mandos, al otro extremo de la sala, bajó una pequeña palanca. Se produjo una violenta explosión. Cada vez más aguda, empezó a sonar una sirena, al tiempo que varios timbres de alarma se dispararon locamente. Los niños se sobresaltaron y rompieron a llorar; sus rostros se tornaron convulsos por el terror.

El director volvió a hacer una señal con la mano, y la enfermera jefe pulsó otra palanca. Los chillidos de los pequeños cambiaron súbitamente de tono. Había algo desesperado, casi demencial en esos gritos agudos, espasmódicos, que brotaban de sus labios. Sus cuerpecitos se retorcían y cobraban rigidez; sus miembros se agitaban bruscamente, como obedeciendo a los tirones de alambres invisibles.

E hizo otra señal a la enfermera. Las explosiones cesaron, los timbres enmudecieron, y el sonido de la sirena fue bajando de tono hasta reducirse al silencio. Los cuerpecillos rígidos y retorcidos se relajaron, y lo que había sido el sollozo y el aullido de unos niños irreconocibles, volvió a convertirse en el llanto normal del terror ordinario.

Las enfermeras volvieron a ofrecerles flores y libros, pero, ante la proximidad de las rosas, a la sola vista de las alegres y coloreadas imágenes de los gatitos, los gallos y las ovejas, los niños se apartaron con horror, y el volumen de su llanto aumentó súbitamente.

Los libros y los ruidos fuertes; las flores y las descargas eléctricas; se hallaban ya fuertemente relacionadas entre sí en la mente de aquellos niños y, al cabo de doscientas repeticiones de la misma o parecida lección, ambas cosas formarían ya una unión indisoluble. Lo que el hombre ha unido, la Naturaleza no puede separarlo. Crecerán con lo que los psicólogos solían llamar: un odio instintivo hacia los libros y las flores. Reflejos condicionados definitivamente. Estarán a salvo de los libros y de la botánica para toda su vida.

Llorando todavía, los niños vestidos de caqui fueron cargados de nuevo en los carritos y retirados de la sala, dejando tras de sí un olor a leche agria y un agradable silencio”.

—Joker —susurra el Murciélago, interrumpiendo la lectura.

—Vaya... bienvenido, querido —responde el Joker, poniéndose en pie—. No esperaba visitas tan pronto. Aunque siempre me alegro de

verte, reconozco que me entristece que esta vez no haya venido tu novia. Empezaba a creer que era ella la que llevaba los pantalones en vuestra casa.

—Olvidala. Esto es entre tú y yo.

—Sí, eso es cierto. Pero tú te niegas a aceptar la verdad, y eso me obliga a adoptar medidas extremas.

—¿Qué verdad? ¿Que no soy un psicópata como tú?

—Dijo el que se disfraza de Murciélago y arriesga la vida cada noche en las calles.

—No importa lo que digas. Sé muy bien que lo que hago es...

—¡Inútil! ¡Miéntete si quieres, pero no lo hagas en mi cara! —grita el Joker, perdiendo por un momento su eterna sonrisa, caminando entre los rehenes—. Mira a tu alrededor. Esta galería está repleta de cuadros. ¿Y qué muestran todos ellos? La realidad. Con mayor o menor fidelidad; con ligeros matices e interpretaciones... pero la realidad, al fin y al cabo. ¿Nunca te has preguntado por qué, el arte, en cualquiera de sus formas: ya sea una novela, una escultura, una melodía o un lienzo, busca mostrar y exaltar la realidad? ¿No deberían los artistas dejar volar su imaginación más allá de este amasijo de lodo y carne? Yo te diré por qué. Porque la realidad, es cada vez más corrupta... más falsa. Porque allí fuera, todos llevan una máscara con la que se muestran a los demás. Su vida se ve aprisionada por normas y leyes que les obligan a ser lo opuesto para lo que han nacido. Se nos enseña a decir lo que no queremos decir, pero el resto quiere escuchar; a hacer lo que no queremos hacer, pero los demás quieren que hagamos; a reprimir cada uno de nuestros deseos y pensamientos. Y, a eso, lo llaman educación, convivencia, civilización. Por esa razón, porque esta realidad es una ficción obscena, la ficción es la única a la que se le permite mostrar la cruda y pestilente realidad. Porque hay algo que a muchos nos quema por dentro. Porque no podemos soportar tanta falsedad. Y, porque tú y yo somos iguales, no puedo soportar ver cómo te engañas, creyendo que eres mejor que yo por atarte a esa moral impostada y ridícula; a esas leyes que solo buscan mantenerte encadenado a la mentira de lo que no eres.

—Suéltalos —susurra el Murciélago.

El Joker enciende un cigarrillo y lo deja en el suelo, junto a un reguero de polvo negro que se pierde en la oscuridad. Después, se sienta tras un niño y lo abraza, poniéndole un cuchillo en la garganta.

—No me hagas pensar que eres un caso perdido. Porque si tú te niegas a avanzar, tal vez deba intentarlo con tu amiguita.

—He dicho que...

—¡Me importa una mierda lo que digas! ¡¿Ves esto?! —dice, levantando la cabeza del pequeño con la hoja del cuchillo—. Por eso yo tengo el control. Por eso soy superior a ti. Y tú no permites que te ayude a deshacerte de tus debilidades. Sí... creo que tu zorra tiene más potencial que tú. Habéis hablado de mí, ¿verdad? Seguro que sí. Vamos, dime qué te ha contado.

—Nada. Solo que eres un loco disfrazado de payaso.

—¡Ha ha ha! Sí. Es adorable. Está igual de jodida que tú, pero en ella veo algo que, en ti, no... o será que soy un romántico sin remedio.

—No puedes salir de aquí. No tienes escapatoria.

—He pensado mucho en ella. No he dejado de pensar en esa puta embutida en cuero negro desde que me hizo esto —dice, señalándose la cara con el cuchillo—. No imaginas todas las cosas que me gustaría hacerle, algunas, incluso estando viva.

—No me importa lo que digas. Ella está a salvo de ti.

—¿A salvo de mí? Es posible que esta noche sí. Pero dime, ¿está salvo de sí misma? —Al no obtener respuesta, su atención se dirige a ese al que mantiene cautivo entre sus brazos—. Oh, pero ¿dónde están mis modales? No os he presentado. Dime, pequeño, ¿cómo te llamas?

—Joseph, señor... —dice trémulo el niño.

—Joseph... ¿sabes por qué me gustan tanto los niños, Murciélago? —Pero, de nuevo, no hay respuesta para esa pregunta que tampoco la esperaba—. Porque ellos aún no llevan máscaras. Su rostro refleja la verdad de lo que son; de lo que piensan y sienten. Aún no han sido corrompidos por la sociedad y sus... convencionalismos. Pero eso ocurrirá tarde o temprano, así que, ¿por qué no ser yo quien les muestre la dura realidad? ¿Por qué no ser yo quien mate esa inocencia condenada a desaparecer?

—¡Mírame! —grita el Murciélago—. Si no lo sueltas...

—¡¿Qué harás?! —chilla también el Joker—. ¡¿Harás lo necesario por una vez en tu puta vida?!

—Te vencí una vez, y volveré a hacerlo. A mi manera.

—¡No! —grita el Joker, guardando el cuchillo y sacando su revólver, apuntando a los rehenes—. Ahora sí me has cabreado.

Sin más palabras, se levanta y dispara en la cabeza a un hombre de mediana edad, que se desploma en el acto.

—¡No! —grita el Murciélago, pero sin atreverse a acercarse.

El Joker se arrodilla tras una mujer, le acaricia la cara y habla susurrante, mirando a esa sombra.

—Quiero que sepas, que lo que voy a hacerle a ella, no es nada comparado con lo que le haré a tu zorra la próxima vez que venga a mí.

Pronunciadas esas palabras, se levanta y apunta a la mujer a la cabeza. El Murciélago saca velozmente un batarang y se lo lanza, alcanzándolo en el hombro izquierdo, pero esa herida no puede evitar que efectúe un disparo que mata a la rehén casi también en el acto.

—¡Maldito seas! —grita el Murciélago—. Si no los tuvieras a ellos...

—¡¿Qué harías?! —pregunta el Joker, sacándose lentamente el shuriken alado manchado de sangre—. Yo te lo diré... nada. Porque tienes demasiado miedo.

En ese momento, la pólvora prende al entrar en contacto con el tabaco ardiente del cigarrillo. El repentino fogonazo hace que el Murciélago quede desconcertado, momento que aprovecha el Joker para alejarse, sin dejar de apuntar a esos inocentes.

—¡Esto solo tendrá un final! —grita el Joker—. ¡Yo, muerto... o tú, a mi lado!

El Murciélago sabe que no tiene tiempo de desatar a todos los rehenes, por lo que corre tras el rastro de pólvora, viendo entre la oscuridad, que conduce a un enorme barril, con toda seguridad, relleno de esa misma sustancia. Adelanta a la llama humeante y se lanza con los pies por delante con todas sus fuerzas contra el tonel, golpeándolo y logrando que ruede escaleras abajo hacia la puerta de entrada. La llama sigue prendida y avanzando, pero los rehenes están a salvo. Regresa adonde ellos y corta sus ligaduras, asegurándose de que estén ilesos. Pero sus ojos se clavan y esquivan, como si no tuviera voluntad sobre ellos, en esos dos cuerpos inertes y ensangrentados; en esas dos vidas que no ha podido salvar y que se sumarán al resto de las que su conciencia, en los momentos de fragilidad y dudas, le señalará como los que han muerto por su culpa.

Desde una azotea cercana al edificio en el que se encuentra el proyector de la señal del Murciélago, la Gata escucha una detonación, seguida de una densa columna de humo que se eleva a unas doce manzanas en dirección oeste. Al poco, observa seis coches de policía atravesar la calle a toda velocidad. Su mente ata cabos y comprende que ha sido engañada para que estuviera allí, lugar que nada tiene que ver con aquel en el que se halla el Joker.

—¡No! —grita a la noche, maldiciendo en su interior, tanto a Bruce Wayne como su propia ingenuidad.

Por las ventanas destrozadas de la fachada principal del Museo Metropolitano, sale una gran humareda, y una docena de agentes de policía ayuda a evacuar a los trece rehenes. El Murciélago los observa

desde las sombras, procurando aliviar su culpa al saberlos libres y en buenas manos. Pero cuando ve llegar a cinco hombres, a los que, por su autoridad, reconoce como policías o miembros de alguna agencia estatal o federal, ese sentimiento se torna nuevamente en preocupación. Aquellos individuos, que visten con gabardinas y sombreros claros, vuelven a meter en el Museo a los rehenes.

—Lo que han sufrido ha sido terrible, pero ya están a salvo —dice el sargento Wesler—. No se preocupen, les aseguramos que atraparemos a ese imitador del Joker, pero debemos pedirles que sean discretos sobre esto y no difundan rumores sin sentido.

—¿Imitador? —dice uno de los rehenes—. ¡Era el Joker! ¡En carne y hueso!

—¿Cómo lo sabe? ¿Acaso lo conoció en persona?

—Seguí su juicio... Estuve en las sesiones. Puedo jurar aquí mismo por mi familia, que ese hombre es el Joker.

Apenas terminada la frase, el sargento lo golpea con el puño en la boca. El impacto hace que el rehén se desplome en el suelo. No satisfecho con eso, Wesler se arrodilla, lo incorpora levemente tomándolo por la chaqueta, y entre los gritos de espanto e incomprensión de los presentes, le propina hasta seis puñetazos más en la cara, dejándolo ensangrentado e inconsciente. No sabe cómo, pero el Murciélago, testigo de ese atropello, ha logrado reprimirse para no intervenir.

—Ahora, les repito —dice el sargento, sacando su pistola y acercándose al resto—. Les ha secuestrado un imitador del Joker. Esto... lo ha hecho un imitador del Joker. Tenemos sus nombres y direcciones, si escuchamos o leemos en la prensa una sola noticia que diga que esto es obra del auténtico Joker, todos y cada uno de ustedes acabaran en Arkham, o peor que este infeliz... Vámonos.

Gordon aparca su automóvil a media manzana de su domicilio. Enciende un cigarrillo y comienza a caminar lentamente, dejando que el aire gélido refresque su cabeza después de una extenuante jornada. Pero no da diez pasos, cuando siente que una fuerza sobrehumana tira de él y lo arrastra hasta un oscuro callejón.

—Pero qué... ¿qué haces aquí? —pregunta el teniente, al reconocer al Murciélago, que lo tiene sujeto por la solapa de su gabardina.

—¿Qué estáis haciendo?! —le grita en plena cara esa sombra, enfurecida como nunca antes la había visto.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta el teniente, claramente intimidado, pues sabe que, en esa situación, no tiene escapatoria ni defensa posible contra él.

—Quiero saber por qué ocultáis que el Joker está libre.

—¿Y tú qué crees? ¿Sabes lo que ocurriría en esta ciudad si se supera la verdad?

—¿Así que es preferible poner en peligro la vida de los ciudadanos, antes que arriesgarse al caos?

—¡Sí! ¡Así es!

—Al menos habrían tenido una oportunidad —susurra el Murciélago, soltándolo—... Ha habido muertes, Gordon. Si esas personas hubieran sabido que el Joker estaba ahí fuera.

—¡Si tú me ayudaras!... esto no habría pasado.

—Trabajas con hombres que no son mejores que el Joker.

—Eso no está en mi mano. Ante grandes males, son necesarios remedios igual de grandes.

—Siempre he huido de vosotros después de haceros el trabajo. Y cada vez que habéis tenido ocasión, me habéis perseguido como al resto de criminales que os entregaba en bandeja. Siempre he sabido cuál es mi lugar, pero eso se ha terminado.

—¿Qué quieres decir?

—Que, si no atas en corto a tus perros, tendréis motivos reales para considerarme una amenaza —dice el Murciélago, alejándose.

—¿Llegas tarde a algún sitio? —pregunta Gordon, con ironía.

El Murciélago se vuelve, sorprendido en parte, aunque sabiendo que en el departamento de policía conocen la existencia de los acertijos, es inevitable que ellos también hayan descubierto el lugar al que debe acudir esa noche bajo su verdadera identidad.

—Eso no es asunto tuyo —se despide esa sombra, fundiéndose con la oscuridad del callejón.

Poco antes de las ocho, Alfred Pennyworth abre una de las puertas traseras del Rolls-Royce, permitiendo la salida a su señor. De entre todos los presentes, puede decirse que Bruce Wayne es la verdadera estrella. Pero al príncipe de Gotham le cuesta sonreír. El malestar que siente en su interior se refleja en su rostro y pesado caminar, dedicando apenas algunos saludos y miradas a los que le rodean.

En el interior del Gotham Palace, el humorista Irvin S. Cobb sube al escenario, da la bienvenida y agradece a los asistentes su presencia allí, pero Bruce solo tiene ojos para los hombres con gabardina clara que permanecen en pie junto a las puertas y en los laterales del teatro, los cuales destacan inconfundiblemente entre tanto esmoquin negro.

—Y el ganador al Mejor Cortometraje de Animación es, para —dice Cobb, abriendo un sobre—... ¡*La Tortuga y la Liebre*, de Walt Disney!

La sala prorrumpe en aplausos, a los que se suma Bruce, con poca disimulada desgana. La entrega de premios se sucede de forma ágil y sin apenas preámbulos, siendo el galardón a la Mejor Dirección Artística para Cedric Gibbons y Fredric Hope por *The Merry Widow*, mientras que el Mejor Montaje recae en Conrad A. Nervig por *Eskimo*, y la Mejor Fotografía es para Victor Milner por *Cleopatra*. Tras el premio a Mejor Sonido, llega el de la Mejor Actriz, que es concedido a Claudette Colbert por su actuación en la cinta *Sucedió una noche*. Pero es el siguiente el que ha llevado allí a Bruce.

—Y el premio al Mejor Actor es para —dice el presentador, abriendo uno de los últimos sobres—... ¡Clark Gable por *Sucedió una noche*!

Todos los presentes aplauden con entusiasmo a esa gran estrella, que sube al escenario para recibir el premio, el cual, agradece haber sido el galardonado, al tiempo que expresa humildemente su sorpresa. Desde ese momento, Bruce ya no escucha apenas nada de lo que se dice en el escenario. La ceremonia termina con la entrega de los premios al Mejor Director, que recae en Frank Capra por *Sucedió una noche*; y al de Mejor Película, no sorprendiendo que la ganadora sea la propia *Sucedió una noche*, convirtiéndose esa cinta en la primera en ganar los considerados como “cinco grandes”. Irvin Cobb despide la ceremonia, que ha durado apenas una hora, y Bruce, disimulando con sonrisas y saludos forzados su inquietud, se aproxima a los ganadores, que ya se encuentran rodeados de una multitud de fotógrafos y compañeros de profesión. Pero, a varios pasos tras el director y los actores, ve a dos de esos hombres vestidos con gabardinas claras, con una mirada tan seria como la suya.

—¿Edsel?, ¿Francis? —dice Bruce, sorprendido al ver allí, hablando distendidamente, a Edsel Ford y a Francis Donoway; uno, viejo amigo y, el otro, antiguo socio de Wayne Industries.

—Bruce —dice Edsel—, no esperaba encontrarte aquí.

—Hasta el último momento no sabía si llegaría a tiempo.

—Tú y tus asuntos —dice Francis—. Ven a saludar a los chicos.

—No, mejor venid vosotros. Nos fotografiaremos con Clark Gable.

—Claro, eso está hecho —responde Francis.

Y todas las personalidades de la ciudad, animadas al ver allí a Bruce Wayne, comienzan a fotografiarse con Clark Gable, Claudette Colbert y Frank Capra, dejando exhaustos a los fotógrafos de los diferentes medios. Uno de los últimos en inmortalizar a los ganadores junto a James Paul Warburg, William Randolph Hearst, o Solomon Robert Guggenheim, es Edward Nigma, el cual sonríe casi tanto como los ganadores.

En el almacén del muelle, rodeado de oscuridad, la mano de Dos Caras apaga una radio al sentir próximas las pisadas de su, cada vez, más odioso aliado. El que fuera casi en otra vida un fiscal de distrito, se levanta, toma su pistola y camina hacia el Joker. Su traje ahora es blanco en su mitad izquierda, y gris, en la derecha.

—¿Qué has hecho? —pregunta Dos Caras, temblando por la ira.

—¿Que qué he hecho? Cumplir con mi parte del trato. ¿Qué has hecho tú y que va a hacer nuestro amigo el sabelotodo?

—Te dije que si había una sola víctima inocente —balbucea Dos Caras, apuntándole con su arma.

—Sí, ya escuché tu penosa amenaza. Pero las cosas han cambiado. Antes no creía en este plan, pero ahora, me está gustando, así que —dice el Joker, sacando su revolver—. Ahora soy yo el que manda.

—No me pongas a prueba —dice Dos Caras, pero sin convicción.

—Llevo poniéndote a prueba desde que me sacaste de Arkham... Harvey Dent. Sabes que me necesitas. No puedes matarme hasta que tengas al Murciélago, y el Murciélago es mío. Solo te lo entregaré cuando haya acabado con él.

Dos Caras recapacita, pues comprende que, en efecto, ese maniaco tiene la sartén por el mango, pero aún no ha dicho la última palabra. Hurga en un bolsillo de su chaqueta y saca su moneda, en la que, ahora sí, hay cara y cruz, o, mejor dicho, dos caras bien diferenciadas.

—Cara, acepto tus condiciones; cruz, nuestra alianza acaba aquí.

—¿Al mejor de tres? —pregunta el Joker, con sorna—. Nunca se me han dado bien los juegos de azar.

—No.

Dos Caras tira al aire el dolor de plata, que rebota y tintinea en el suelo, bajo la mirada de ambos.

—Espero que haya salido cara —dice Enigma, entrando en la habitación.

—Sí —susurra Dos Caras.

—Bien, porque ojalá hubierais podido estar allí. Estaba tan pálido y angustiado... Creo que no he disfrutado tanto en toda mi vida.

—Necesitas conocer a una buena mujer —dice el Joker.

—Pues hazlo público —dice Dos Caras.

—¿Hacerlo público?

—Ha salvado a los rehenes del museo. El acertijo decía que, si lo hacía, se personalidad será revelada.

—El acertijo también decía que, si deseaba que su identidad permaneciera a salvo, debía fotografiarse con el ganador al Mejor Actor, y lo ha hecho. Esto es un dilema.

—¿Y no habías pensado en esa posibilidad, estúpido? —pregunta Dos Caras, acercándose a él— ¿Cuándo nos dirás quién es?

—Paciencia, amigos míos. Si os lo dijera, me temo que vuestro... ímpetu, haría que cometierais una estupidez. Y entonces, este maravilloso plan, fracasaría. Pero no os preocupéis, ya tengo en mente el siguiente acertijo y, esta vez, os aseguro que no podrá estar en los dos lugares al mismo tiempo.

El Rolls-Royce penetra en la mansión Wayne. Bruce baja del vehículo y se dirige a la biblioteca, con gran cansancio, pero también con culpa y remordimientos por los inocentes que no ha podido salvar. Solo entonces, pasada la farsa, puede despojarse de la máscara, y se derrumba, tanto en cuerpo como en alma, dejándose caer en una butaca. Siente en lo más hondo que todo ha pasado por su egoísmo; por unas decisiones que harán que muchas familias lloren esa noche y los días venideros a los seres queridos que ya no volverán a casa. Y, para colmo de males, en el suelo de madera comienzan a resonar unas pisadas que se aproximan con decisión.

—¡Tú! ¡Maldito embustero! —dice la Gata, entre dientes, quitándose la máscara de orejas puntiagudas—. ¡¿Crees que puedes burlarte de mí?!

—Lo he hecho por tu bien, Selina...

—¡¿Por mi bien?! ¡Yo sé lo que me conviene! ¡Puedo decidir por mí misma!

La primera en sufrir su cólera es una pequeña mesita con bebidas, que Selina vuelca, rompiéndose vasos y botellas.

—Tranquilízate —pide Bruce, levantándose, pero sin acercarse a ella.

—Eres despreciable. Nunca me has respetado... ni a mí, ni a ella.

—Eso no es cierto —balbucea, dando un paso hacia su prometida.

—No te acerques... no quiero ni verte.

Y la Gata, o Selina, o ese ser, mezcla de ambas, cada vez más difícil de reconocer, deja la biblioteca, quedando Bruce más abatido y hundido aún en su interior. Mismo sentimiento embarga a su mayordomo, que ha presenciado toda la escena desde una habitación cercana, y no puede evitar que se le salten algunas lágrimas.

Capítulo 10

7 de febrero de 1935

En la cocina de la mansión Wayne, Alfred pone agua a hervir en dos cazos. Examina después con esmero un cuenco de cerámica repleto de naranjas. Una vez elegida la más madura, comienza a pelarla con cuidado de no romper ningún gajo, quitándole también la piel blanca que suele quedar pegada a la pulpa, para procurar que muestre un intenso y apetecible color anaranjado. Una vez comienza a hervir el agua de uno de los recipientes, coloca en él un huevo crudo. Tras cuatro minutos exactos, tal y como le gusta a su señor, lo saca y deposita en una huevera de plata y, con un afilado cuchillo, da varios golpes en la parte superior de la cáscara, agrietándola fina y uniformemente. Una vez rota, introduce el cuchillo y corta el huevo, dejando al descubierto una yema melosa. Tras observar que no hayan quedado pegados en la clara ni en la propia yema restos de cáscara, por pequeños que sean, espolvorea una pizca de sal y coloca junto a la huevera una cuchara. Retira después del fuego el segundo cazo cuando también comienza a hervir el agua, vertiéndola en una taza de porcelana, preparando un té al que agrega varias gotas de limón. Por último, coloca una rebanada de pan tostada ligeramente en una sartén y algo de miel de su propia cosecha en un tarro. Pero lo que más le agrada esa mañana, es poder llevar a su señor, junto con ese tradicional desayuno, la edición del Gotham Tribune en el que no hay ni acertijo ni noticias sobre la verdadera identidad del Murciélagos.

En la biblioteca, Bruce permanece en su desgastado sillón de piel, escuchando la radio. Por su aspecto desaliñado y su postura encorvada, se diría que ha dormido allí mismo, con el aparato encendido, a la espera de que se reanudara la emisión. Cuando Alfred entra y coloca junto a él la bandeja con el exquisito desayuno, no le sorprende que lo primero que haga su señor, antes que darle las gracias o los buenos días, sea lanzarse sobre el periódico.

—Bien... nada en portada —dice Bruce, pasando las páginas hasta llegar a la sección de clasificados—. Nada. No hay nada. Bien. Lo estoy haciendo bien...

—Señor Wayne. ¿No cree que ya ha permanecido aquí suficiente tiempo? ¿Piensa esperar sentado a que esos malnacidos le reten de nuevo?

—No sé qué paso dar, Alfred. No he dejado de devanarme los sesos pensando qué hacer, pero hay demasiado frentes abiertos: los acertijos, el Joker, Gordon... Selina.

—De eso quería hablarle —dice el mayordomo, tomando asiento a su lado—. La señorita Kyle me preocupa. Lleva días bajando a la cueva y permanece allí durante horas. Creo que este asunto le está obsesionando tanto como a usted. ¿Quiere que intente hablarle?

—No, Alfred. Te lo agradezco, pero mi relación con Selina... o lo que quede de ella, es algo de lo que debo ocuparme yo mismo.

El mayordomo asiente y lo deja de nuevo a solas, dispuesto a seguir con el resto de sus tareas. Bruce toma un sorbo de té, pero el sabor le resulta extraño. Es como si su paladar hubiera olvidado cuánto le agradaba. Mira la bandeja, y siente náuseas. No tiene apetito ni para dar un bocado a esa naranja tan deliciosa a la vista, y tan solo pensar en algo de esa tostada en su boca, le produce ganas de vomitar. Se levanta y aproxima a una ventana. Piensa que, tal vez, lo que necesita es un poco de aire fresco, por lo que se abriga con su bata y se dirige al exterior, pero no a los jardines, sino a un lugar en el que lo que menos abunda, es el aire fresco.

Bruce baja con cautela las escaleras metálicas que conducen a lo más profundo de la cueva, procurando que sus pisadas no lo delaten. Antes de llegar al último tramo, ve a Selina sentada en la mesa en la que se encuentran las máquinas para el visionado de microfilms. Tras diez minutos observándola, comprueba que apenas se mueve, absorta, como poseída por una curiosidad malsana, la cual le lleva a buscar compulsivamente toda imagen o información relacionada con el Joker. Ve en su comportamiento la lejana pasión que él mismo sentía cuando investigaba un caso, y eso hace que su dolor se redoble, tanto por ver alejarse a su prometida, como por sentir casi perdido el que fuera su mayor objetivo vital: combatir el crimen en Gotham. Abatido en su interior y prácticamente reducido al frívolo magnate que siempre fingió ser, se retira con el mismo sigilo con el que ha llegado.

8 de febrero de 1935

Dos Caras permanece arrodillado en el mohoso suelo de madera del almacén portuario. Se diría que hubiera recibido una paliza que lo ha dejado postrado y sin fuerzas, ya que respira agitadamente y como recuperándose de un gran esfuerzo o de varios golpes en estómago y costillas.

—Eres un fracasado —susurra, con voz ahogada y áspera—. No sirves ni para cumplir unas simples órdenes. Haces lo más difícil y, luego, permites que ese perro rabioso se vuelva contra ti y te domine. Y todo, porque eres débil. Nunca debí confiar en ti para esto... Cállate. ¿No eres tan bueno? Pues demuéstralo... Lo haría, pero tú no dejas de estropearlo todo. Apártate de una vez, Harvey, y te enseñaré como actúan los hombres de verdad.

—Disculpe, señor Dos Caras —dice Edward Nigma, tras él.

—¿Qué quieres?

—Es solo que... tengo que tomar un tren.

—¿Un tren? —dice Dos Caras, acercándose a él—. ¿A dónde?

—A Chicago.

—¿A Chicago? No estarás tramando algo, ¿verdad?

—Por supuesto que no, socio. Recuerde que os dije que, esta vez, el Murciélago no podrá estar en los dos lugares señalados al mismo tiempo. Por eso, yo iré al más lejano y, el Joker, se ocupará del otro, aquí, en Gotham. Usted solo debe permanecer sentado y dejar que hagamos nuestro trabajo.

—Tu trabajo es destruir a ese hombre. Y no tengo pruebas de que lo estés haciendo.

—Oh, pero eso es exactamente lo que está ocurriendo, señor Dos Caras. Y no solo a él. Ya escuchó al Joker. Su amiguita, la Gata, está también metida en esto. La ha arrastrado a nuestro juego y seguro que no tardará también en caer. Tendremos dos, por el precio de uno.

Dos Caras saca su moneda y se la muestra.

—Tú ya has hablado. Ahora, ponte manos a la obra, porque si habla ella, seguramente no te gustará lo que diga.

—Con su permiso, señor... —se despide Edward, retirándose y saliendo de la estancia.

11 de febrero de 1935

Bruce se despierta y sale de la cama, sorprendido por un ruido que no le resulta familiar. Aún es noche cerrada y la habitación y los pasillos permanecen casi completamente a oscuras. Cuando llega a la entrada, ve que la puerta está entreabierta. Con temor, se dirige al dormitorio de Selina, en el que, para su espanto, ve a dos personas que le dan la espalda, un hombre y una mujer, sentados en su cama, con las rodillas sobre la almohada y la cara pegada a la pared, pero no grita, porque se despierta al momento. Abre los ojos y, al principio,

le cuesta reconocer lo que ve, hasta que su mente recuerda que se encuentra entre los mismos libros que acompañan sus desvelos desde hace una semana. Y no ha sido el mortecino amanecer el que lo ha despertado, sino su mayordomo, con un semblante igual de sombrío.

—Me temo que hay otro, señor —dice Alfred, tendiéndole el ejemplar del Gotham Tribune de esa mañana.

Bruce tose y se abriga con su bata, incorporándose. Se ve más delgado cada día, y Alfred ya no sabe qué selecto manjar puede preparar, ni cuanto más esmero debe poner en sus platos preferidos, para despertar su apetito. Todavía adormecido y con la vista borrosa, Bruce lee el acertijo:

“Corre, corre, conejo negro. Eres rápido, pero, ese día, otro lo será más que tú, y con ese te fotografiarás, para que tu secreto permanezca a salvo.

No te esconderás en la oscuridad, sino que te iluminaran muchos faros y, mientras sonríes, a veinte inocentes dejaras morir a manos del Príncipe payaso del crimen.

Pero si deseas salvarlos a cambio de que tu identidad sea revelada, los encontraras viendo pasar los segundos, de manera horriblemente lenta”

—Se refiere a una carrera —dice el mayordomo.

—Sí. Él y todo el mundo sabe que yo corro en Le Mans.

—Pero no puede referirse a Le Mans, La edición de este año se ha suspendido por la crisis económica.

—Entonces, solo queda una opción...

—Las 500 millas de Indianápolis —murmura Alfred, terminando, como antiguamente, las frases de su señor.

—Sí...

—Será en seis días...

—Lo sé. Tengo tiempo. Habla con la prensa. Haz correr la voz de que voy a acudir a Indianápolis. Esos policías estarán allí, y Bruce Wayne no puede ser el único ciudadano de Gotham que se fotografíe con el ganador, o les entregaré mi cabeza en bandeja.

—Bien. ¿Y qué me dice de los rehenes?

—“... los encontraras viendo pasar los segundos, de manera horriblemente lenta”. Viendo pasar los segundos... un reloj.

—Pero no será un reloj cualquiera.

—Hay dos relojes por excelencia en Gotham: uno, es el que preside el vestíbulo del hotel Waldorf Astoria; el otro, el de la Grand Central Terminal.

Bruce calla de golpe. Le ha parecido escuchar un ruido junto a la puerta. Se levanta sigilosamente y camina hacia la entrada, asomándose al exterior. Pero allí no hay nadie. En ese momento, duda de si desvaría y es su mente la que está jugando con él.

—Amo Bruce... volviendo al asunto de la señorita Kyle. Sabe que no podrá ocultarle esto. Los acertijos están a la vista de todo el mundo.

—Lo sé, Alfred. Lo tengo muy presente. Creo que sería buena idea que te tomaras unas pequeñas vacaciones.

—¿Unas vacaciones?

—No quiero que te involucres más en esto. La situación está muy tensa y Selina puede llegar a ser peligrosa. Ve unos días a ese balneario del que me hablas a veces, el Saratoga Springs. Estaré bien.

—Con todos mis respetos, señor, no voy a dejarle solo en este momento. Pero es cierto que la señorita Kyle se encuentra algo... confusa, así que, le agradecería que usted tampoco me dejara solo a mí.

—Bruce sonrío, comprendiendo los temores de su fiel mayordomo y confidente—. ¿Puedo preguntarle qué paso va a dar ahora?

—Mantener a Selina lo más al margen que sea posible. Le propondré que venga con nosotros a Indianápolis. Antes de la carrera, iremos de compras a Chicago y tomaremos una copa en el Chez Paree, como hacíamos antes. Los viajes siempre son propicios para una reconciliación. Así me aseguraré de alejarla de ese maníaco. Y esta noche me reuniré con Gordon. Hablaré con él sin medias tintas.

En la comisaría central, Gordon contempla una pared repleta de recortes de periódicos. En ella, aparecen algunos de los más ilustres miembros de la burguesía de Nueva Jersey, junto con los acertijos publicados en el Gotham Tribune. El teniente los observa, procurando desentrañar el mayor secreto de la historia reciente de esa ciudad.

—Gordon —dice tras él, el comisionado, señalando con la cabeza una ventana.

El teniente mira al exterior, viendo reflejada en el cielo la silueta de ese enorme murciélago que ya creía extinguido tras su último y violento encuentro.

El coche de Gordon no tarda en hacer acto de presencia. Llega solo, como siempre. Nadie lo ha seguido. Cuando, tras varios minutos, lo

ve aparecer en la azotea, el Murciélago cae junto al enorme proyector, como salido de la nada.

—No pensaba volver a verte tan pronto —dice Gordon, cumpliendo su ritual de encenderse un cigarrillo.

—Yo tampoco, pero están ocurriendo cosas muy graves y debemos recuperar el control.

—Eso es lo que intentamos, pero tú no colaboras.

—¿Colaborar con una mentira que pone las vidas de todos los ciudadanos en riesgo?

—Escucha. Soy policía, tengo superiores y órdenes que cumplir. Puede que nuestros planes y métodos no sean perfectos, pero no eres quién para dar ejemplo. Allí por donde pasas, dejas un rastro de cadáveres. Tal vez deberías apartarte esta vez.

—¿Apartarme? —pregunta el Murciélago, con sorpresa y casi ofendido—. ¿Piensas que yo quiero esto? ¿Crees que a mí no me atormentan esas muertes?

—Sé que sí. Es solo que... quien tú ya sabes...

—El Joker. Dilo. Ese es el problema. Lo hemos mitificado. Como si fuera un demonio que pudiera escapar de su encierro si pronunciamos su nombre. Y no es más que un loco disfrazado de payaso.

—Bien. Tú mejor que nadie sabes que... el Joker, no tiene límites. No se puede negociar con él ni amedrentarlo. No quiere dinero; no le importan las vidas ajenas, ni creo que tampoco la suya propia. Por eso necesitamos agentes a su altura.

—Pero no que sean como él. Si pretendéis combatir el fuego con fuego, esta ciudad arderá hasta quedar reducida a cenizas.

—¿Y qué propones? ¿Vas a decirme por qué estamos aquí?

—Porque te necesito. Necesito que volvamos a trabajar juntos, como un equipo.

—¿Qué sabes del nuevo acertijo?

—Quiere que esté en Indianápolis para la carrera de las 500 millas.

—Sí, lo hemos supuesto.

—Os necesito aquí para que liberéis a los rehenes.

—¿Y dónde será esta vez?

—En el Waldorf Astoria o en la Grand Central Terminal.

—¡Oh, vamos! ¿Otra vez vas a darme dos posibilidades? ¿Sabes el ridículo que habría hecho si hubiera llenado de policías el paseo de Brooklyn Heights, como me dijiste?

—Lo sé, y siento haberte mentado, pero lo creí necesario. Ahora, te estoy diciendo la verdad. Vigila esos dos lugares. En uno de ellos, la noche del diecisiete, podréis cazar al Joker.

—De acuerdo, pero es la última oportunidad que te doy. —El Murciélago se retira, comprendiendo que el encuentro ha terminado, pero Gordon aún quiere decir algo más—. Imagino por lo que estás pasando.

—¿Qué? —dice esa sombra, volviéndose.

El teniente se aproxima a él, tirando el cigarrillo.

—Que imagino lo que debes estar pasando. Yo soy oficial de policía, pero también esposo y padre. Y, como el resto de mis compañeros, siempre que persigo a un sospechoso, o me veo involucrado en un tiroteo, procuro concentrarme y no pensar en mi familia, porque si lo hiciera... tal vez no podría cumplir con mi deber. Es necesario separar ambos mundos; ser dos personas diferentes. A eso me refiero. Tú lo has llevado al extremo, e imagino lo duro que debe ser... que estén poniendo en riesgo tu otra vida.

—Sí que lo es.

El Murciélago da por zanjada la conversación, no deseando mostrarse más débil ni vulnerable de lo que ya es en ese momento, dejándose caer al vacío. Gordon mira a su alrededor y abandona también la azotea. Pero, esa noche, hay más ojos y oídos allí. La Gata, oculta en la fachada suroeste, ha escuchado toda la conversación, y sonríe, aunque con mayor cautela que la vez anterior.

Capítulo 11

15 de febrero de 1935

Frente al paisaje invernal que alumbra el amanecer en la campiña, el baño del dormitorio de Bruce Wayne está envuelto en un vapor caliente que empaña los espejos y azulejos, cubriéndolos con pequeñas gotas de agua. En la bañera, Bruce Wayne permanece como dormido. Ese es otro de los placeres y pequeños momentos de paz, junto con el de la lectura, que también había olvidado, a pesar de tenerlo siempre al alcance de la mano. No tiene un reloj cerca, pero cree que, seguramente, llevará allí cerca de una hora, por lo que sale y se viste con un albornoz. Al limpiar el espejo empañado para afeitarse y ver su reflejo, es consciente de lo consumido que está. Coge un cuenco y vierte en él, jabón de afeitar y un poco de agua. Remueve la mezcla hasta crear una densa espuma que extiende por su cara y cuello con su mejor brocha de pelo de tejón. Toma después una recientemente afilada cuchilla Gillette Milord, y comienza a rasurarse con delicadeza. Terminado el minucioso afeitado, se aplica una loción para cerrar los poros, que le refresca y desinfecta la piel al mismo tiempo. Y vuelve a quedar absorto frente al espejo; ante esa imagen que bascula como un péndulo entre la fortaleza y una gran debilidad.

—El desayuno estará listo en quince minutos, señor —dice su mayordomo, desde el umbral de la puerta de su habitación.

—Muy bien, Alfred.

—¿Puedo sugerirle que vaya a ver a la señorita Kyle?

—¿Ocurre algo?

—Creo que no se ha levantado. Y nunca permanece en su dormitorio hasta tan tarde.

—Bien...

Bruce sigue ese consejo y se dirige a la estancia de su prometida con una sensación de malestar en su interior. Toca la puerta y, cuando entra, la encuentra acostada. Parece profundamente dormida.

—Selina, ya es tarde. Deberíamos salir hacia el aeropuerto en unas dos horas.

—No me encuentro bien, Bruce.

—¿Cómo?

—Me siento muy débil y tengo náuseas. Creo que tengo fiebre. No sé si podré ir...

—Pero Selina, ayer estabas bien.
—Ayer no estuvimos juntos en todo el día.
—¿De verdad? —pregunta Bruce, confundido.
—Sí... Ayer ya me encontraba mal.
—Pues... te llevaré al hospital...
—No. Conozco estos síntomas. Será un resfriado. Solo necesito reposo. Vete tú.
—Selina... ya teníamos planeados los próximos dos días. Si no vas a ir, no tiene sentido que salga ahora.
—Lo sé, y siento haberte estropeado los planes. Sé que tenías mucha ilusión puesta en este viaje.
Y el instinto de Bruce le dice que hay algo más tras esa actitud afable y sumisa, como de niña pequeña que finge estar enferma para no ir al colegio. Por primera vez en mucho tiempo, no ve rencor ni ironía en sus palabras, como tampoco rabia en sus ojos. Y teme lo que pueda estar tramando, aunque, desde hace días, no hayan cruzado ni una palabra sobre los acertijos ni lo que acecha a sus *alter ego*.
—Entonces, Alfred se quedará contigo. Iré solo a Indiana.
—No... le necesitas. ¿Qué dirá la prensa y tus amigos si Bruce acude sin su mayordomo?
—Lo mismo que si me presento sin mi prometida.
—¿Que tal vez nuestra relación esté en crisis? No sería la primera vez. Les encantan los chismes.
—Selina, quiero que Alfred se quede. No puedes quedarte sola en la mansión en este estado.
—Estaré bien. Solo necesito descansar. Iros.
Y Bruce comprenden que no tiene sentido insistir más.
—Está bien. Cuídate... Y no hagas ninguna estupidez.
Dicho eso, Bruce le da un beso en la frente, notando que en absoluto tiene una temperatura mayor de lo habitual, por lo que no hay fiebre ni, seguramente, infección alguna por virus.
—Pásalo bien en la carrera —dice Selina, con un hilo de voz.

17 de febrero de 1935

Son las diez de la mañana y ha amanecido un día despejado sobre el autódromo Indianápolis Motor Speedway, cuyas gradas están repletas de un público entusiasta que agita banderas y entona cánticos de lo más variopintos. Para mayor animación, comienza a desfilar a esa hora la banda de la Universidad Estatal de Indiana.

Bruce Wayne se encuentra en la singular estructura conocida como “Pagoda”, la cual, por su ubicación privilegiada al ofrecer unas vistas panorámicas del circuito, acoge tanto a invitados ilustres y dignatarios, como a los oficiales que deben supervisar la carrera, monitoreándola y alertando de posibles incidentes. Rodeado de lo más selecto de la burguesía de Gotham y también de la de Chicago, Bruce charla distendidamente en esa especie de templo oriental con varios buenos conocidos que también comparten con él la pasión por el motor y la velocidad, como su íntimo amigo, Edsel Ford.

Los pilotos comienzan a desfilar entre los aplausos del público. Acto seguido, suena el himno nacional. Bruce, como el resto, escucha en pie y con la mirada al frente, aguardando el inicio de la carrera. Una carrera que no le importa lo más mínimo y cuya duración, de aproximadamente cuatro horas, las vivirá como una agonía, deseando tan solo fotografiarse con el ganador para poder regresar a casa.

—Damas y caballeros —dice Eddie Rickenbacker, expiloto de carreras y presidente y propietario del autódromo—. Bienvenidos a la 23ª edición de las 500 millas de Indianápolis. Es para mí un honor que estén aquí. Hoy, no solo disfrutaremos de los avances tecnológicos que hacen de la nuestra, la nación más avanzada del mundo, sino que seremos testigos de una exhibición de coraje que honra la memoria y los logros de todos los que nos han precedido en la lucha por alcanzar metas que, ayer, eran tan solo un sueño. Disfruten del espectáculo.

Los asistentes aplauden con entusiasmo, no así Bruce Wayne, que lo hace con su habitual indiferencia.

—Señor Wayne —escucha Bruce tras él.

Cuando se gira, queda paralizado, pues el hombre que le ha hablado, no es otro que el teniente Gordon.

—Permita que me presente. Soy el teniente James Gordon, del departamento de policía de Gotham —dice, tendiéndole la mano.

—Teniente... es un placer.

—Lo mismo digo. Sé que la carrera está a punto de comenzar y no quiero molestarle.

—No es ninguna molestia.

—Verá, debido a la gran cantidad de personalidades de Gotham que se han desplazado hasta aquí, el comisionado James O’Ryan me ha puesto al mando de una pequeña unidad de agentes encargados de velar por su seguridad. Ya ve que ha venido incluso el alcalde Fiorello.

—¿Está aquí el alcalde? —pregunta Bruce, mirando a su alrededor.

—Sí, está allí —dice Gordon, señalando a un grupo de personas a unos diez pasos—. Es posible que hoy gane la carrera ese piloto...

Petillo o Pitillo, o como se llame. Si eso ocurre, sería el primer italoamericano en ganar las 500 millas, y el alcalde no quiere perderse la posibilidad de salir en las portadas con un compatriota. ¿No lee la prensa, señor Wayne?

—No a menudo. Hoy en día no se publican más que panfletos repletos de mentiras y sensacionalismo.

—Bueno, tal vez no todo lo que se publique sea mentira. Creo que también hay buenos periodistas capaces de destapar grandes secretos y desenmascarar a forajidos.

—Creía que ese era su trabajo —dice Bruce, en un susurro.

—Y lo hacemos, señor Wayne. Pero la policía a menudo está atada de pies y manos. No siempre tenemos los medios o la cooperación que necesitamos.

—Es cierto. Hable con mi mayordomo. Dígale de mi parte que, este año, la “Fundación Thomas y Martha Wayne”, haga al departamento de policía una donación mayor.

—Es usted muy generoso.

—No, por favor. Es lo mínimo que puedo hacer. Son ustedes los que arriesgan la vida para que los demás estemos a salvo. Siempre es un placer ayudar a los servidores de la ley y el orden. Imagine lo que ocurriría sin agentes íntegros como ustedes; si no fuéramos capaces de respetar unas normas o un código de conducta y nos tomáramos la justicia por nuestra mano anteponiendo el fin a los medios.

—Todo sería un caos, sin duda —responde el oficial, también en un susurro.

—Así es.

—Bien, no le robo más tiempo. Aún debo presentarme a una docena de personas más. Que disfrute de la carrera.

—Lo mismo le digo.

Bruce sigue a Gordon con la mirada. Ha detectado en ese hombre el juego que tan bien sabe practicar y, al que, por su estúpida arrogancia, no ha querido renunciar. Y es consciente de que eso puede salirle muy caro. A las once menos diez minutos, y con los treinta y tres monoplazas participantes alineados en la pista, el juez pide que se enciendan los motores, y ese estruendo es como música para el público, que comienza a agitarse y animar en las coloridas gradas. A las once en punto, en medio de un gran entusiasmo, se da al fin la salida, desarrollándose según lo esperado. Tan solo un choque en la novena vuelta, que causa la trágica muerte del piloto Clay Weatherly, saca a Bruce de su apatía, mostrándole lo leve y banal de la existencia, y la forma tan extraña en la que los hombres arriesgan su vida.

Tras casi cinco horas, la carrera finaliza con la victoria del piloto Kelly Petillo, quedando Wilbur Shaw en segundo puesto, y Bill Cummings en tercera posición. El vencedor sale de su monoplaza entre el clamor del público, siendo agasajado con aplausos por sus técnicos y los propios equipos rivales. En la Pagoda corre el champán, y el flamante campeón no tarda en hacer acto de presencia, disponiéndose para recibir una lluvia de flashes, abrazos y alabanzas.

—¡Alcalde! ¡alcalde! —gritan varios fotógrafos y reporteros, buscando atraer la atención y mirada del mandatario, que se encuentra exultante junto a su compatriota—. ¡Aquí, alcalde!

Tras los políticos, les llega el turno para fotografiarse a los empresarios y miembros de la alta sociedad, siendo Bruce Wayne el primero en ser reclamado por los periodistas.

—¡Aquí, señor Wayne! —grita uno, antes de disparar su flash.

—¡Sonría, señor Wayne! —dice la voz de Edward Nigma; una voz que, a Bruce, le resulta familiar, aunque no recuerde de qué—. ¡Cualquiera diría que le han obligado a venir aquí!

Bruce esboza una sonrisa forzada, no viendo el momento de salir de allí y regresar a Gotham. Una vez cumplido ese trámite, se aproxima a su mayordomo.

—Alfred ¿todo está listo?

Pero antes de que este pueda responder, es la voz del teniente Gordon la que Bruce escucha a su espalda:

—Seguro que esta tarde disfrutará más que durante la carrera, ¿verdad, señor Wayne?

—¿Cómo dice?

—Le he visto ausente, como si tuviera la cabeza en otro lugar. Pero seguro que en la fiesta que nos espera en el hotel Claypool, se sentirá como pez en el agua.

—Es la primera noticia que tengo. Me temo que a mi mayordomo se le olvidó decirme que fuera a haber una fiesta. De hecho, tenía intención de regresar a Gotham de inmediato.

—¿Por qué tanta prisa? —pregunta el oficial, con ese tono condescendiente que Bruce conoce tan bien—. ¿Tiene algún asunto importante allí que no pueda esperar hasta mañana?

—Mi prometida —dice Bruce, encontrando hábilmente esa baza real que jugar—... no ha venido por encontrarse indispuesta y no quiero dejarla sola más tiempo del necesario.

—Oh, comprendo. Venir a esta carrera era muy necesario... Bien, seguro que sobrevivirá sin usted unas pocas horas más. Le veré en el Claypool.

Y Bruce se ve entre la espada y la pared. En ese momento más que nunca, se siente como si fuera un bufón o un animal de circo al que se le obliga a realizar acrobacias para disfrute de un público cruel. Pero sabe que no tiene opción y, por una vez, no existe más plan ni estrategia que aguantar y seguir en el juego, aunque sabe que, ese juego, como todos los de azar, solo termina cuando gana la banca.

En el vestíbulo del hotel Claypool se desbordan los licores, y los camareros no dejan de sacar bandejas con canapés de caviar y salmón ahumado, ostras con limón y *roulades* de pavo relleno de nueces y pesto. Bruce es uno más de los que bebe y come sin apenas guardar las formas, fingiendo alegría y hasta algo de embriaguez. Sabe que estará siendo observado por muchos ojos, cada uno con diferentes intenciones, y debe colocarse la máscara que más detesta para hacer honor a la fama de magnate frívolo y entregado a los excesos que tanto le ha costado esculpir. Transcurrida una hora, ve en la sala movimientos que llaman su atención. Varios hombres que observaban a los presentes sin disimulo, seguramente agentes de policía encubiertos, hablan entre ellos. Al poco, se acercan a Gordon. Bruce hace lo mismo, pero sin caminar directamente hacia él. Como si fuera en busca de un camarero, logra colocarse a la espalda del oficial, agudizando su oído bien entrenado y procurando aislarse del bullicio reinante.

—¿Qué ocurre? —pregunta Gordon.

—Hay un aviso de bomba en el Waldorf Astoria —le dice uno de los agentes al oído, pero gritando más de lo que debería—. Parece que esta vez, el Murciélago le ha dicho la verdad, teniente.

—Bien, los nuestros están preparados. Que desalojen el edificio.

—Ya están en ello. ¿Mando allí a los de la Grand Central Terminal?

—No. Puede ser una trampa. Que todos actúen según lo planeado.

—Pero, teniente, si el Joker está allí, cuanta más gente, mejor.

—¿Y si no está allí y es uno de sus cómplices? No dejaremos desprotegida la Estación. Vámonos.

—¿No nos quedamos como nos ha ordenado el comisionado? Sabe el trabajo que tenemos que hacer aquí.

—No... a la mierda esto. Quiero volver a Gotham lo antes posible. Además, creo que ya tengo lo que hemos venido a buscar.

Bruce ve a Gordon y al resto salir del hotel, momento en el que se siente al fin libre.

—Alfred...

—¿Sí, señor?

—¿Está listo el avión?

—Está preparado para despegar desde hace horas, como ordenó.

—Salgamos entonces de aquí.

Cae la noche en Gotham, y en la repisa de una de las últimas ventanas de un edificio de oficinas, una silueta negra y delgada permanece impasible ante los embates del viento helador. A su derecha, tiene la Grand Central Terminal y, a su izquierda, el hotel Waldorf Astoria, separados ambos por tan solo cuatro manzanas. No sabe a ciencia cierta por qué está allí ni qué es lo que quiere, ni, menos aún, cómo va a reaccionar cuando tenga enfrente a ese maniaco disfrazado de payaso. Solo sabe que algo dentro de ella, muy poderoso y casi incontrolable, le ha llevado hasta ese lugar. La aparición de varios coches de policía dirigiéndose a las inmediaciones del hotel, hace que la Gata sonría, siendo la señal de que el juego ha comenzado.

Las calles que rodean el hotel ven llegar a agentes escopeta en mano, y la larga e ilustre marea de huéspedes, apenas vestidos y mal abrigados, desfila apresuradamente hacia el exterior. La situación parece controlada y todas las entradas están vigiladas.

—Thomas, Walther... entremos —dice el sargento Wesler, vestido con gabardina y sombreros claros, igual que sus compañeros—. El resto, cubridnos. Y si lo tenéis a tiro, disparad a matar.

—Bien —responden dos agentes más, apostados tras un coche y armados con rifles M1903 Springfield.

Tan pronto como llegan a la entrada y abren la puerta, se escucha una detonación y una bala atraviesa la cabeza del agente Thomas Morrison, arrojándolo al suelo.

—¡Joder! —chilla Walther—. ¡Creía que estaba vacío!

—¡Vámonos de aquí! —responde Wesler, cogiendo entre ambos el cuerpo de su compañero y regresando al cordón policial.

Pero todos los ojos que apenas se atreven a parpadear ante la amenaza que se oculta en el hotel, no han visto a una sombra entrar sutilmente por una de las ventanas de la primera planta de la fachada este.

La Gata desciende pausadamente las escaleras que dan al inmenso vestíbulo, apoyando sus dedos terminados en garras en la elaborada barandilla de bronce oscurecido, como contagiada por el glamour de los huéspedes e invitados que acostumbran a frecuentar ese hotel, que más parece una catedral. En aquel vestíbulo destaca el reloj de estilo Art Déco de cuatro caras y nueve pies de altura, el cual está coronado por una pequeña reproducción de la Estatua de Libertad y profusamente ornamentado con motivos florales. Pero lo que más le llama la

atención de la magnífica pieza, es ver sentadas a su alrededor, en sillas altas de comedor, a veinte personas, tanto hombres como mujeres, como si participaran en un juego infantil. Todos ellos tienen un cable rodeándoles el cuello y, como maestro de esa macabra ceremonia, vestido en esa ocasión de esmoquin, pero con su clásico e inconfundible maquillaje, el Joker, con un interruptor en la mano.

—¡Bienvenida, querida! —grita con emoción el Joker, al verla apenas a lo lejos, más como si la hubiera presentido—. ¡Ven! ¡Acércate! ¡He preparado esto para ti!

Pero ella no da un paso más, aunque, en su interior, desee hacerlo.

—¡Oh!, ¡¿Es por esto?! —dice el Joker, sacando su revolver y tirándolo al suelo—. ¡Vamos! ¡Sabes que no debes temer nada de mí!

Ese gesto parece infundir confianza a la Gata, que se siente extrañamente vulnerable, comenzando a avanzar hacia él.

—“Bajo la opresión de estos tormentos, sucumbió lo poca bondad que quedaba en mí —comienza a recitar el Joker—. Solo disfrutaba en la intimidad con malos pensamientos; los más retorcidos; los más perversos. Mi tristeza y mal humor habituales, se convirtieron en aborrecimiento de cuanto había a mi alrededor y de toda la humanidad”.

—*El gato negro* —susurra ella, deteniéndose—. Edgar Allan Poe.

—Bravo, querida. Pero reconoce que te lo he puesto fácil. Vamos, acércate y míralos bien. Mira a estas piezas de carne sin cerebro ni voluntad. Les dije que debían irse. Uno por uno, les advertí del peligro que corrían... pero no me tomaron en serio. Estaban demasiado ocupados bebiendo, fumando y hablando de cuestiones banales; criticando y apuñalando por la espalda a conocidos a los que luego saludan con sonrisas y apretones de mano tan falsos, que me dan ganas de vomitar. Por eso, cuando llegó la policía para desalojar el hotel, pensé que no merecían una segunda oportunidad. ¿Qué me dices tú? —Pero la Gata no responde. Tan solo mira a los rehenes, aunque sin expresión ni sentimiento alguno en sus enormes ojos verdes—. A esto me refiero. No son nuestros semejantes. Nosotros somos el siguiente escalón en la escala evolutiva. Matar o morir; depredador o presa. Esa es la ley natural suprema ante la que se someten el resto de normas ficticias. Así ha sido siempre, y así debe volver a ser. Pero para alcanzar ese status, es necesario deshacerse de lo que nos limita... de lo que nos ata al conformismo. Nuestra civilización, supuestamente perfecta, lleva siglos debatiendo sobre la razón y la moral... mientras explota al resto del mundo. Debate sobre el mejor sistema de sociedad y cómo integrar al individuo en ella, cuando lo único que buscan en realidad nuestros gobernantes, no es otra cosa que desangrarnos.

Pues bien, yo digo: ¡Que se joda esta sociedad pervertida y que se jodan los necios y cobardes que obedecen mandamientos y leyes creados para tiranizarlos! Ten valor, querida. Da ahora el paso hacia la sublimación. Conviértete en aquello en lo que debes ser.

El Joker le ofrece el interruptor. La Gata extiende la mano y lo coge con reservas.

—¿Quieres que los mate?

—Quiero que purgues años de sufrimiento y dudas —dice el Joker, colocándose tras ella—. Quiero que entierres para siempre toda una vida de infelicidad por no atreverte a ser quien estás llamada a ser.

—No... no es justo. No me han hecho nada.

—¿Justo? No estamos aquí para hacer justicia. Estamos aquí para devorar —le susurra al oído derecho, mientras coloca suavemente sus manos embutidas en guantes blancos sobre sus hombros—. Dime, querida, ¿quién fue? ¿Papá? ¿Un amigo de la familia?

Y la Gata siente un espasmo paralizador. La respiración se le agita, pero el corazón parece haberle dejado de latir.

—Mi tío Bob —balbucea ella, con lágrimas asomando en los ojos.

—El tío Bob... Y dime, gatita. ¿Recibió su merecido?

—Sí...

El Joker pasa de un oído al otro, metiendo la cara entre su cabello.

—Y te gustó, ¿verdad?

—Sí...

—Pues imagina experimentar ese placer, cada día. Eso es lo que yo te ofrezco.

—Yo... no puedo.

—Vamos —dice el Joker, poniendo las manos sobre las de ella—, solo tienes que apretar un botón.

—No —dice la gata, soltando el aparato.

—Maldita ingrata —gruñe él, apartándose y caminando hacia su revolver—. Me has decepcionado. Eres una vergüenza. ¡Nunca serás nada! ¡No me mereces! ¡No mereces que nadie te quiera!

En el momento en el que el Joker coge su arma y apunta a una Gata que permanece petrificada, la policía irrumpe en el hotel.

—¡Quietos! —grita el sargento Wesler, apuntándoles con su escopeta.

Esos dos seres que parecen sobrenaturales por su habilidad e ingenio, han sido sorprendidos como novatos. Instintivamente, la Gata corre tras una columna, mientras que el Joker se cubre con una rehén. Esa figura oscura tiembla como pocas veces recuerda. No sabe por qué ha ido a ese lugar y, ahora, no sabe adónde regresar. Le rodean los

gritos, las ordenes de los agentes y la risa enfermiza del Joker, y cuando comienzan los disparos, aprovecha el caos para escapar por el mismo lugar por el que ha entrado. Sale a la calle y corre como si el diablo la persiguiera, subiendo por la escalera de incendios de un edificio cercano hasta la azotea. Allí, cae de rodillas, respira hondo y rompe a llorar. Con sus últimas fuerzas y presa de un mal resucitado que dormía en su interior, grita con la frente casi apoyada en el suelo, derrotada.

La luz se enciende en un cuarto de baño de la mansión Wayne. Es del tamaño de una habitación, magníficamente alicatado con mármol de Carrara blanco vetado, y los ricos y hasta obscenos adornos de oro en grifería, marcos y tiradores, están por doquier. La oscura y delgada figura de la Gata contrasta con ese blanco inmaculado y refulgente. Se quita las botas, deja caer los guantes con garras, y también su máscara de orejas puntiagudas. Abre el grifo de agua caliente de la bañera y mantiene su mano bajo el chorro hasta sentir que casi le quema la piel. Pone entonces el tapón, se dirige a una cómoda, y saca de un cajón una afilada cuchilla. Con algo de dificultad, se quita el traje y se mete en la bañera. De sus ojos caen lágrimas, al tiempo que muestra una perturbadora sonrisa.

Capítulo 12

18 de febrero de 1935

A la una de la madrugada, un Boeing 247 aterriza en el aeropuerto de Newark. Sin pérdida de tiempo, Bruce y Alfred descienden del aparato y suben en el Rolls-Royce que ya les está esperando junto a la pista, dirigiéndose de regreso a la mansión Wayne.

Bruce recuerda que tiene un traje del Murciélago en el maletero y está tentado de decir a su mayordomo que se desvíe hacia el Waldorf Astoria. Pero quiere creer que Selina está durmiendo plácidamente en su habitación, recuperándose de ese malestar que también quiere creer cierto. Sin embargo, nunca ha podido engañarse a sí mismo, y pondría la mano en el fuego porque su prometida ha estado involucrada en lo que sea que haya ocurrido en el hotel. Muchas posibilidades e imágenes se agolpan en su cabeza. Puede estar viva, merodeando los tejados de Gotham como la Gata; puede estar herida en un hospital; detenida por la policía o en manos del Joker, sufriendo cualquier tortura que una mente cuerda no pueda ni imaginar. Y todos esos pensamientos se reflejan en la cara de Bruce, que se transmuta a cada minuto que pasa.

Cuando el Rolls-Royce llega por fin a la mansión Wayne, tras el trayecto más largo y agónico que tanto sirviente como señor recuerdan, Bruce corre hacia la puerta, entrando en la mansión y subiendo de dos en dos las escaleras que dan a la habitación de Selina. Enciende la luz y encuentra la cama vacía, pero antes de que su mente pueda volver a imaginar alguna escena grotesca, ve un rastro de prendas negras que le guían al cuarto de baño, cuya luz está encendida.

—¿Selina? —pregunta él, con voz temblorosa.

Cuando abre la puerta, ve la cabeza de su prometida sobresalir de una bañera a rebosar de agua enrojecida. La mentira de creerla dormida dura un instante, antes de arrojarse sobre ella, presa del pánico.

—¡Selina! —grita, tomándole la cara—. ¡Despierta! ¡Mírame!

Coge a continuación sus brazos y comprueba que tiene cortes recientes en la parte interna de ambos antebrazos.

—Oh, Dios mío... no —balbucea, con respiración agitada—. ¡Alfred! ¡Alfred!

Mira a su alrededor, abre un cajón y toma dos toallas, enrollándole los brazos entre nuevos gritos a su mayordomo. Y vuelve a ser ese

niño aterrorizado que cayó de rodillas en mitad de la circulación, una muy lejana noche de Halloween, hace casi treinta años.

—¡Alfred!... no me dejes... no me dejes —susurra, abrazándola.

Selina abre los ojos, siendo consciente, tras unos instantes, de la grave y terrible equivocación que ha provocado, pero vuelve a cerrarlos, deseando castigar a su prometido un poco más.

—Vamos, vamos —dice Bruce, buscando una toalla con la que cubrirla para sacarla de la bañera—. Te vas a poner bien. No puedes irte. Tú no...

Cuando se acerca a ella, esos enormes ojos verdes se abren, como si acabara de despertar.

—Creía que eras mejor detective —susurra Selina—. Nadie se suicida haciéndose cortes en los antebrazos.

Bruce no sabe si volver a abrazarla o salir de allí dando un fuerte portazo. Sin embargo, el alivio que siente, hace que opte por lo primero.

En la cama de la habitación de Selina, ambos permanecen echados sobre las sábanas, bebiendo una copa de *Château Margaux* de 1899, uno de los vinos que Bruce reserva para ocasiones especiales. En sus miradas hay una cierta paz. La paz de los que ya no tienen fuerzas para seguir luchando contra demonios interiores, pero que no supone haberse rendido ante ellos. Los dos han recibido un duro escarmiento que les ha hecho valorar lo que tienen, más allá de lo material.

—Lo siento —susurra Selina, tras un largo silencio.

—Ha sido culpa mía. Has ido al hotel, ¿verdad?

—Sí.

—¿Puedes contarme qué ha ocurrido?

—Lo que él quería.

—Pero estás aquí, conmigo. No ha salido como él quería.

—No, porque creía conocerme a la perfección. Ese es un error que las personas inteligentes cometéis casi siempre. Creéis tenerlo todo bajo control y que podéis anticiparos a cualquier movimiento. Veis la vida como un tablero de ajedrez y, a las personas, como piezas que controláis y movéis a vuestro antojo... pero la realidad no es esa.

—Sí —responde Bruce, no sintiendo esa reflexión como un ataque personal—. En ocasiones, no podemos ni controlarnos a nosotros mismos.

—Es cierto —tampoco ella se siente ofendida por esa respuesta—. Ha habido muertes.

—¿Muertes?

—Antes de escapar, vi el tiroteo. El Joker no mató a nadie. Bueno, a un policía en la puerta y puede que a otro cuando empezaron los

disparos, pero a ningún rehén. Él solo los usó como escudos para cubrirse. Fueron los policías los que dispararon sobre ellos sin compasión. No sé a cuantos alcanzaron, pero, como mínimo, a cuatro o cinco.

—Hay que parar esto.

—Y puedes hacerlo. Olvida los acertijos. Deja de seguir el juego a sea quien sea que esté haciendo esto. Piensa solo en capturar al Joker.

—No puedo... si hace público quien soy...

—¿Qué ocurrirá? Eres Bruce Wayne. Podrías irte al otro lado del mundo; comprar una isla en el Pacífico y desaparecer allí.

—Porque soy Bruce Wayne, no puedo desaparecer ni en el lugar más recóndito de la tierra. Esa es parte de la maldición de apellidarse Wayne. Además, sabes que nunca dejaré este lugar. Aquí reposan mis padres.

—Y aunque alguien diga que tú eres el Murciélago, ¿qué pruebas puede tener? ¿Por qué crees que la gente iba a creerlo?

—No lo sé. No lo había pensado.

—Pues piénsalo. No hay pruebas. Serían solo acusaciones sin sentido. Lo único que te delata está en la cueva y nadie sabe que ese lugar existe, salvo Alfred y yo.

—Puede que tengas razón.

—Y, a partir de ahora, cuenta conmigo.

—Eso no será tan fácil. Ya has visto el caos que hay allí fuera.

—Y por eso me necesitas. Además, juntos seremos mucho más fuertes. Los dos nos hemos enfrentado a la policía muchas veces... y también hemos sobrevivido a ese loco disfrazado de payaso. Nada puede detenernos.

Y Bruce siente deseos de reír y también de besarla por esa ciega convicción que roza la pasión infantil, haciendo ambas cosas.

A primera hora de la mañana, James Gordon se dirige a una de las salas de la comisaría central, alertado por unos gritos que amenazan con acabar en tragedia. Cuando abre la puerta, encuentra al capitán Mulrooney discutiendo airadamente con Wesler y varios de los agentes de la unidad responsable de atrapar al Joker y a Harvey Dent.

—¿Qué ocurre? —pregunta Gordon.

—Explíquesele usted, teniente —responde Wesler—. El capitán no quiere atender a razones.

—Capitán, ¿qué sucede?

—¿Y tú me lo preguntas, Gordon?! —replica Mulrooney, con el rostro tan enrojecido por la ira, que parece que vaya a sufrir un ataque al corazón—. ¡Ya he hecho la vista gorda durante demasiado tiempo!

—Capitán... Mis hombres se han excedido, pero le aseguro que no volverá a ocurrir.

—¿Excedido? ¡Han matado a tres personas y herido a otras tres!

—Fue ese imitador del Joker quien lo hizo —dice el sargento Wesler, apoyado en el borde una mesa, con los brazos cruzados—. ¿No lee la prensa?

—Maldita sea —dice Mulrooney, avanzando hacia él.

Por suerte para Wesler, ese hombre no lleva encima su pistola. Tanto capitán como sargento son retenidos por dos hombres cada uno, reanudándose la trifulca, hasta que, entre insultos y amenazas, se escucha la voz del comisionado.

—¡Ya basta! —grita O’Ryan—. ¡Mulrooney! ¡Gordon! ¡Vengan los dos conmigo!

—Terminaremos esto luego —amenaza el capitán.

—Encantado —se despide Wesler.

Los oficiales siguen al comisionado y entran en uno de los servicios. Tras asegurarse de que todos los baños están vacíos, O’Ryan puede hablarles sin tapujos.

—¿Pero a qué viene este escándalo?!

—¿Que a qué viene, James? —contesta Mulrooney, escupiendo las palabras—. ¡Esa puta unidad que habéis montado tú y el alcalde está descontrolada!

—¡Basta, Sean! ¡Tú mejor que nadie sabes que tenemos que hacer cuanto sea para acabar con ese psicópata!

—¿Lo que sea?! ¡¿Y eso supone comportarnos como criminales?!

—Me decepcionas...

—Te diría que lo lamento, pero mentiría.

—Está bien. Te quiero fuera de esta oficina. Tómate un mes de vacaciones.

—¿Qué? —replica Mulrooney.

—Ya me has oído. No te quiero aquí si no eres capaz de estar a la altura y mantener la cabeza fría. Sal ahora mismo por esa puerta sin mirar ni cruzar palabra con nadie. Y puedes estar agradecido.

—Menuda mierda —gruñe Mulrooney, saliendo del servicio.

—Comisionado... el capitán tiene razón —dice Gordon, ya a solas con su superior.

—¿Usted también, Gordon? ¿Yo le defiendo ante Mulrooney y usted me dice esto? ¡Le recuerdo que es usted quien está al frente de esa unidad y el último responsable de sus acciones!

—¡Y yo le recuerdo que fue usted quien me envió a Indiana para intentar descubrir la identidad del Murciélago! ¡Si hubiera permanecido

aquí, en Gotham, esos agentes jamás habrían entrado al Waldorf Astoria como si estuvieran en el salvaje oeste!

—¡Basta! ¡No voy a seguir escuchándole! ¡Queda suspendido de empleo y sueldo hasta nuevo aviso!

—Bien... como quiera —responde Gordon, quien, en realidad, ya se siente un extraño en ese lugar al que siempre había considerado como su segundo hogar.

27 de febrero de 1935

Bruce y Selina se disponen a desayunar. Los dos cuentan con buen apetito esa mañana en la que no han parado de hablar de todo tipo de cuestiones, tanto íntimas como banales, desde que se han despertado.

Cuando Alfred entra en el salón, portando una bandeja con los alimentos preferidos por ambos, es recibido con un caluroso “Buenos días”, y unas sonrisas que ya casi había olvidado. Sonrisas que contrastan con el rictus del mayordomo, más serio de lo habitual.

—Señor... hay otro —dice Alfred, señalando con la mirada el diario abierto por la página de anuncios clasificados.

Tanto Bruce como Selina se levantan y leen el acertijo, disponiéndose a proseguir juntos la investigación.

“Llora, llora, cuervo negro. Esta noche, la tragedia de un huérfano verás junto a tu madre y, con ella te fotografiarás, para que tu secreto permanezca a salvo. No te esconderás en la oscuridad, sino que te iluminarán muchas bombillas y, mientras sonríes, a veinticinco muertos dejaras morir a manos del Jjoker. Pero si deseas salvarlos a cambio de que tu identidad sea revelada, los encontrarás, allí donde ‘el Padre de todos’ reposa.”

En la biblioteca, Selina y Alfred leen por quinta vez ese texto. No así Bruce, que camina en círculos, apretando y mordiéndose los labios, como si masticara las palabras de ese acertijo que ha memorizado. Es el más extraño y confuso de los cuatro a los que se han enfrentado.

—No comprendo nada, señor —dice Alfred, impotente al comprobar que, ni su edad ni su experiencia, parecen servir de ayuda.

—“... la tragedia de un huérfano verás junto a tu madre” —repite Bruce, entre dientes—. Maldito cabrón.

—Concéntrate, Bruce —pide Selina—. No dejes que te afecte. Eso es lo que quiere.

—¿Pero cómo pretende que vaya a ningún lugar con mi madre!?

—Tiene que haber algo más —responde ella—. Centrémonos en el resto del acertijo y puede que lo descubramos.

—¿No tiene sentido! ¡Nada de esto lo tiene!

Bruce vuelca una pequeña mesa y sale de la biblioteca, quedando Alfred y Selina estremecidos y consternados. El heredero de los Wayne deja la mansión y atraviesa el jardín con un paso que va tornándose cada vez más sosegado a medida que se aproxima al mausoleo familiar en el que descansan los restos de Thomas y Martha Wayne. Abre las puertas y entra en esa especie de pequeño templo clásico repleto de ofrendas de los más exóticos lugares del mundo. Da seis pasos y cae de rodillas ante los sepulcros de sus padres.

—¿Qué pretende? —balbucea Bruce, cuyo atormentado espíritu, que había recibido una tregua, vuelve a ser un crisol de sentimientos que lo confunden y amenazan con llevarlo al límite de la cordura—. ¿Hasta dónde pretende llegar? ¿Quién puede odiarme tanto como para involucrarte a ti, mama?

Se cubre con las manos la cabeza y la cara, apretándose las sienes y el cráneo, como queriendo estimular o exprimir un intelecto bloqueado por la única fuerza capaz de hacerle frente: el miedo.

—No puedo ir contigo a ningún lugar... Daría cualquier cosa por poder hacerlo, pero no puedo... no es posible...

Y un haz de luz atraviesa su mente, como un fuego fatuo exhalado desde el más allá. Sus ojos se abren con el brillo de la clarividencia y, las piezas del puzle que tiene en su cabeza, se ordenan milagrosamente hasta conformar una forma armoniosa.

—No sabe quién soy...

Bruce besa los sepulcros con lágrimas de felicidad y agradecimiento, regresando a la mansión a la carrera.

En la biblioteca, tanto su prometida como su mayordomo, siguen trabajando en el acertijo, pero sin resultado. No son capaces de resolver ni uno de los enigmas que encierra.

—¿No sabe quién soy! —grita Bruce, entrando en la sala, cuya voz ufana asusta a ambos—. ¡No lo sabe!

—¿Qué dices? —pregunta Selina.

—Señor ¿se encuentra bien?

—Sí, Alfred, mejor que nunca.

—¿Qué quieres decir con eso de que no lo sabe? —pregunta nuevamente Selina.

—Pensadlo... No es posible que acuda con mi madre a ningún lugar. Solo ha escrito eso porque más adelante se refiere a alguien como “el Padre de todos”.

—No comprendo... señor —dice Alfred.

—¿Dónde están el resto de los acertijos?

Los tres descienden a la cueva y examinan los cuatro acertijos, cada uno en cada una de las máquinas microfilmadoras. Bruce ha recuperado el brío de tiempos pasados, ejerciendo de maestro de ceremonias ante sus dos voluntariosos, pero no tan perspicaces ayudantes.

—El primer acertijo dice: “los encontrarás al borde de la muerte, allí donde la vida, deberían salvar” —lee Bruce—. El segundo, dice: “los encontraras entre penumbras, bajo el foco más brillante”. Y, el tercero, comienza diciendo: “Eres rápido”, y termina con: “los encontraras viendo pasar los segundos, de manera horriblemente lenta”.

—Usa contrarios —dice Selina—. Elementos antagónicos. ¿Por qué?

—Por ego. Es pura retórica. En este caso, nos señala el lugar en el que alguien, al que él considera: “el Padre de todos”, reposa. Y lo único que ha podido encontrar como opuesto a padre... es madre.

—Comprendo, señor —dice Alfred—... entonces, ha escrito eso, suponiendo que el que viste el traje del Murciélago, tiene madre.

—Exacto. Ha cometido un error... y eso es lo único que necesito.

—Y de ahí su obsesión para que te fotografieras en los lugares públicos —dice Selina, encajando también poco a poco las piezas.

—Sí —contesta Bruce, girando las ruedas de la primera máquina de forma frenética, haciendo después lo mismo con el resto—. He sido un estúpido. Quería que yo mismo me delatara y he jugado a su juego como un maldito principiante.

—Señor —dice Alfred—. ¿Puedo preguntarle que está mirando?

—Lo mismo que estará mirando él.

En un rincón del almacén del muelle que sirve de refugio a los tres mayores criminales de Gotham, Edward Nigma está sentado a una mesa repleta de fotografías y recortes de páginas de periódicos, observando una tras otra, tachando o redondeando y subrayando las caras, los nombres y apellidos de los retratados.

—Hola, señor Sloan —susurra Edward, con una sonrisa—... señor Paley, un placer verle de nuevo. ¿Será usted el ganador? Vaya, otra vez usted, señor Hughes. Claro, alguien intrépido y aventurero no podía faltar en las 500 millas... Y aquí tenemos nuevamente a Edsel

Ford. Y, como no, el omnipresente Bruce Wayne. Maldito arrogante. Hablando de arrogantes, hola, señor James Rockefeller.

—Buenas noches, Enigma —dice Dos Caras tras él, moviendo su moneda entre los dedos de la mano derecha.

—Buenas noches, socio —responde Edward, poniéndose en pie, sobresaltado por esa repentina aparición.

—Hemos estado pensando que no es justo que seas tú el único que se divierta viendo la caída del Murciélago. Hasta ahora, no has traído aquí más que palabras. Y odiamos a los charlatanes. Creemos que ya hemos tenido demasiada paciencia con tu plan. Queremos ver a ese misterioso hombre derrumbarse ante nuestros ojos.

—¿Está... está diciendo que quiere... que quieren... ir conmigo al próximo encuentro?

—Precisamente...

—Pero, socio. Eso es imposible. A mí nadie me conoce y, a ustedes... Es imposible que pasen desapercibidos en público.

Dos Caras se aproxima más a él.

—Es un riesgo que estamos dispuestos a correr. Porque desde hace días hay aquí un olor extraño. Huele a... embuste; a traición. Y ese es un olor que odiamos —dice, sacando su pistola y colocándole la boca del cañón en la garganta.

—¿Podemos... podemos hablarlo con calma? —pide Edward.

—No. Se han acabado las palabras. Pero te daré una oportunidad.

Dos Caras guarda la pistola, saca su dólar de plata y lo lanza girando en el aire. Cae en su mano derecha y lo coloca sobre el dorso de la izquierda.

—Cara, seguimos tu plan; cruz, vamos contigo y nos señalas al Murciélago, para que podamos comprobar si realmente ha caído en los dominios de la locura, como prometiste.

Los cuatro ojos miran la mano deslizarse suavemente, quedando al descubierto el brillante rostro de perfil de la Estatua de la Libertad, sobre las palabras "IN GOD WE TRUST".

—La diosa Fortuna continúa sonriéndote. Bien, puedes seguir adelante, pero es la última vez que confiamos esto al azar.

—No se arrepentirá, socio —dice Edward, con labios temblorosos.

28 de febrero de 1935

En la cueva, Bruce ha creado un enorme mosaico con fotografías recortadas en las que aparecen todos aquellos que se fotografiaron

junto a James Braddock el 22 de enero en el Madison Square Garden Bowl; junto a Clark Gable el 3 de febrero; y con Kelly Petillo en Indianápolis. La mayoría están tachados, pero cinco rostros se repiten en cada uno de esos eventos.

—William S. Paley —dice Bruce—, Edsel Ford, Thomas J. Watson Jr., Cornelius Vanderbilt IV... y, claro está, yo.

—Cinco posibles candidatos a ser el Murciélago —dice Alfred.

—Y ha querido asegurarse de que, tras este cuarto acertijo, solo quede uno...

—¿Todos ellos tienen madre? —pregunta Selina.

—Sí. Todos, salvo yo. No puede ni imaginar que Bruce Wayne sea al que busca. Ese es un error que yo también cometí una vez... con Oswald. Y él también pagará caro su error.

—¿Qué estás tramando? —pregunta Selina—. Conozco esa mirada.

—Algo peligroso, pero necesario, si quiero dejar de ser la presa y convertirme en el cazador. Salgamos ahora de aquí. Nos vendrá bien comer algo y aún debemos descifrar el resto del mensaje.

Tras el almuerzo, y ya en la biblioteca, los tres continúan repasando el acertijo.

—Veré la tragedia de un huérfano... me iluminarán muchas bombillas... Se refiere al teatro —dice Bruce, tomando el diario y pasando las páginas hasta dar con la sección de espectáculos—. Aquí: *Tristán e Isolda*, conducida por Artur Bodanzky.

—Bien visto, señor. Tristán es uno de los héroes huérfanos más famoso de la literatura épica —dice Alfred, deseoso de aportar algo.

—Se estrena el 9 de marzo en el Metropolitan Opera House —lee Selina—. Ya tenemos el día y el lugar al que quiere que vayas.

—Sigamos —dice Bruce—. A veinticinco muertos dejaré morir...

—¿Cómo se deja morir a un muerto? —pregunta Selina, que comienza a sentirse tan impotente como Alfred.

Bruce se levanta y saca del cajón una pipa, picadura de tabaco y una caja de cerillas. La llena con cuidado, enciende un fósforo y prende las hojuelas, comenzando a caminar en círculos mientras da breves caladas, inundando el lugar con humo y ese meloso aroma.

—Los muertos descansan en los cementerios —murmura Bruce, de forma casi ininteligible—... Me está citando en un cementerio.

—Hay decenas de cementerios en el área metropolitana de Gotham —dice Alfred.

—Algo se nos escapa —murmura nuevamente Bruce—. "... los encontrarás, allí donde 'el Padre de todos' reposa."

Selina vuelve a mirar el acertijo.

—¿Soy la única a la que esto le llama la atención?

—¿A qué te refieres? —pregunta Bruce, acercándose al diario.

—A esto —contesta ella, señalando la última palabra del acertijo—. Ha escrito “Joker” con dos jotas...

—Será una errata —dice Alfred.

—O puede que sea la pista más importante —replica Bruce.

Selina se levanta y abre una ventana, más por encontrarse algo mareada por el humo de pipa y necesitar aire fresco, que para ayudar a su mente a descifrar ese enigma. Sin embargo, la brisa invernal parece resultarle extraordinariamente útil.

—Son iniciales... Las iniciales de “el Padre de todos”.

Bruce la mira con mezcla de sorpresa y agrado. Se dirige a un estante y coge el octavo tomo del Diccionario de Biografía Americana. Repasa las últimas páginas y vuelve a colocarlo en su lugar. Toma el siguiente y, tras leer los últimos nombres, lo deja igualmente en el estante, sacando el décimo y colocándolo sobre la mesa.

—Aquí —dice Bruce, señalando lo que estaba buscando—. “Jay, John”. Nació el 12 de diciembre de 1745, en Gotham. Hombre de Estado, diplomático... George Washington lo nombró primer presidente del Tribunal Supremo de los Estados Unidos en 1789. Fue gobernador de Gotham desde 1795 hasta 1801, y escribió cinco ensayos que defendían la ratificación de la Constitución de los Estados Unidos. Murió en su finca de Bedford, el 17 de mayo de 1829.

—Sin duda, estará enterrado en el cementerio de la familia Jay —dice Alfred, ilusionado por poder aportar al fin algo.

—¿Sabes dónde se encuentra? —pregunta Bruce.

—En Rye, en el condado de Westchester. Está a unas cincuenta millas de aquí.

—Bien. Ahora empezaremos a jugar con nuestras propias reglas.

—¿Vas a decirnos qué es lo que estás tramando? —protesta Selina—. Acordamos trabajar en equipo.

—No te preocupes, querida. No perderás detalle de lo que va a pasar. Alfred, que el avión esté preparado mañana a primera hora. Nos vamos a Detroit.

Capítulo 13

29 de febrero de 1935

En una de las mejores mesas del lujoso Detroit-Leland Hotel, Bruce y Selina disfrutaban de un coctel a base de ostras y Martinis secos. Él viste un traje sobrio, aunque sin olvidar sus gemelos y reloj Patek Philippe de dieciocho quilates, mientras que Selina lleva un vestido negro con guantes largos adornados con pulseras de diamantes y una estola de piel de zorro.

—Odio las ostras —dice ella, comiendo la tercera a regañadientes, consciente de que su delgadez llama la atención del resto de comensales, por lo que se esfuerza en mostrar buen apetito.

—Es uno de los duros sacrificios que debemos hacer mientras llevamos esta máscara —responde Bruce, con ironía.

—También odio llevar la piel de este pobre zorro.

—Ese zorro murió hace mucho, querida. Igual que el cocodrilo con cuya piel se han hecho mis zapatos y tu bolso preferido.

—Aún estamos solos, no es necesario que uses tu sarcasmo conmigo, Bruce Wayne.

—La costumbre, supongo. Por cierto, tú, como mi prometida, deberías sonreír y aparentar ser la mujer más dichosa del país.

—Como usted desee, señor Wayne. Sonreiré en cuanto me haya comido otra de estas masas viscosas que creo que todavía están vivas.

—Desde luego que lo están. Edsel, Eleanor —dice Bruce, levantándose, al ver llegar tras Selina al ilustre matrimonio con el que están citados—. Me alegra veros.

Selina se levanta también, tragando apresuradamente la ostra, sin poder disimular un gesto de repulsa.

—Bruce, Selina —les saluda con afecto, Edsel.

—Es un placer —dice Selina, saludando a ambos—. Eleanor.

—Oh, querida, para mí sí que es un placer conocerte al fin. Estaba deseando poder charlar en persona con la mujer que ha logrado hacer que el mismísimo Bruce Wayne siente la cabeza.

—Por favor, Eleanor —dice Edsel, algo avergonzado por la sinceridad arrolladora de su esposa.

—¿Acaso he dicho alguna mentira? ¿Porque has sentido la cabeza, verdad Bruce? —pregunta, con mirada burlonamente inquisitorial.

—No puedes estar más en lo cierto, Eleanor.

—Estoy encantado de veros al fin en Detroit —dice Edsel, procurando reconducir la conversación hacia un terreno más amable—. Selina, me alegra mucho ver que te has recuperado por completo.

—¿Recuperado?

—De tu gripe. Bruce me dijo que por eso no pudiste ir con él a Indianápolis.

—Oh, sí, aquello. Por fortuna, apenas me han quedado secuelas.

—¿Que no te han quedado secuelas? pero mírate —dice la mujer de Edsel, observándola de arriba a abajo—. Si estás en los huesos. Creo que tendré que tener una conversación con ese mayordomo vuestro. ¡Mozo! ¡Mozo!

Al momento, un camarero acude a esa poco sutil llamada.

—¿En qué puedo servirla, señora Ford?

—Traiga otras cuatro raciones de ostras.

—No es necesario —dicen Bruce y Selina, casi al unísono.

—No, no, no. En absoluto voy a tolerar que os quedéis con hambre. Así tengo la excusa para darme un pequeño capricho. Ya ni recuerdo cuando fue la última vez que Edsel me llevó a almorzar a un lugar tan elegante como este.

—Pero si fuimos a cenar al Whitney la semana pasada... —dice su marido, confuso.

—A cenar, pero yo hablo de almorzar.

—Lo que tu digas, querida. Y bien, Bruce, ¿a qué debemos el honor de esta visita?

—Si vais a empezar a hablar de motores, creo que Selina y yo nos iremos a la zona de los canapés —dice Eleanor.

—No te hagas la sorprendida. Es de lo único que Bruce y yo sabemos hablar.

—¿Y qué tal los pequeños Henry Ford II y Josephine? —pregunta Bruce—. Seguro que si vuelvo a verlos ni los reconocería.

—Él, un demonio, y ella, una señorita adorable —dice Eleanor—. Pero así debe ser, ¿no?

—¿Y qué tal se encuentran tus padres, Edsel?

—Mi padre sigue al pie del cañón. Tiene setenta y cuatro años y más genio y vitalidad que yo. Te juro que, en ocasiones, creo que es él el que me va a enterrar a mí.

—¿Y cómo está Clara?

Oír mencionar el nombre de la madre de Edsel, hace que Selina se quede mirando a su prometido.

—También con una salud de hierro.

—¿Cuántos años tiene? ¿sesenta y seis?

—Sesenta y ocho.

—Un matrimonio longevo y bien avenido.

—Sí que lo son.

—Ahora que lo pienso, hace mucho que no vienen a Gotham. Espero que no sea por la mala fama que los medios le han creado.

—¿Los medios?... Bruce, sin querer ofender... Gotham... no atraviesa por su mejor momento, que digamos.

—Y el resto del país ¿sí?

—No, pero... además está lo de ese —dice Edsel, bajando la voz y acercándose a Bruce—... lo de ese imitador del Joker.

—Vamos, Edsel. Eso es un invento de la prensa sin escrúpulos. No hay ningún imitador del Joker.

—¿Estás seguro?

—Edsel —dice Bruce, poniendo su mano sobre la de Selina—. Por la vida de mi prometida, te juro, que no hay ningún imitador del Joker en Gotham.

—Pero esos crímenes de los que se habla...

—Escucha, Edsel. Tengo grandes planes de expansión para mi empresa y para todo Gotham. Industrias Wayne y Gotham son como la Ford y Detroit. No se comprenden la una sin la otra.

—Lo entiendo, y te repito que no quería faltar al respeto a tu ciudad.

—Entonces, pongamos los pilares de nuestra futura alianza.

—¿Qué alianza?

—Esa por la que llevas suspirando años.

—¿Hablas en serio? —dice Edsel, incrédulo—, ¿Estás proponiéndome una colaboración entre Industrias Wayne y la Ford Motor Company para desarrollar juntos la tecnología del motor a reacción?

—Puede ser. Ingleses y alemanes han hecho grandes avances, y creo firmemente que, nosotros dos juntos, les tomaríamos la delantera.

—Oh, Señor. No sabes cuánto tiempo llevo esperando esto.

—Pues hagámoslo realidad. Quiero que vengas a Gotham esta misma semana. Te enseñaré mis plantas y el estado de nuestras investigaciones. Ahora estamos centrados plenamente en proyectos de tecnología civil. Y trae contigo a los chicos y a tus padres. Os alojaréis en mi mansión.

—Sí... esta semana... a Gotham. ¿Has dicho... has dicho, con mis padres y los chicos?

—¿Por qué no?

—Sí... claro. ¿Por qué no? Les encanta Gotham. Y no han ido desde... bueno, mis hijos no han ido nunca, así que... ¡Sí, desde luego que iremos!

—Brindemos por este primer gran paso en la colaboración entre Industrias Wayne y la Ford Motor Company.

Tanto Bruce como Edsel y Eleanor elevan sus copas con una gran sonrisa. No así Selina, que también alza su copa, pero no puede trocar su gesto serio ni desenclavar los ojos de su prometido, al que parece desconocer.

1 de marzo de 1935

Bruce y Selina apenas han cruzado palabras en público ni en el avión que los ha llevado de regreso a Gotham, pero, tras el almuerzo, y una vez en la biblioteca de la mansión, la tensión se libera con Alfred como desconcertado e inevitable espectador.

—¿Vas a vender a uno de tus mejores amigos? —pregunta ella—. ¿A traicionarlo?

—No voy a vender a Edsel ni a traicionarlo, Selina. Los maníacos que están jugando conmigo quieren a un candidato para el Murcié-lago... y voy a dárselo. Y, mientras se centran en él, yo caeré sobre ellos por la espalda. Se han divertido con mi sufrimiento, ahora, es mi turno.

—¿Habla de un cebo, señor? —interviene Alfred—... La última vez que hizo eso... no resultó bien. Y recuerde las consecuencias.

—Lo sé, Alfred. Por eso, esta vez me aseguraré de alejar a Edsel del peligro. Eso es parte de mi estrategia. Haré que vean hundirse todo su maquiavélico plan ante sus ojos. Haré que sean ellos los que se vuelvan locos de impotencia.

—Esto no me gusta —dice Selina—. No es propio de ti.

—Porque esta vez es algo personal.

—Y tú siempre has intentado separar ambos mundos.

—Tenga la situación controlada, Selina. Por primera vez en mucho tiempo, todo está bajo control. Además, no creo que tú seas la más indicada para criticar que quiera divertirme un poco con mis presas.

Selina está tentada de responder algo hiriente, pero logra reprimirse de forma milagrosamente fácil, marchándose de la biblioteca, dejando solos a señor y mayordomo. Alfred también hace ademán de salir, lo que sorprende a Bruce.

—¿No vas a decir nada, Alfred?

—No creo que haya nada que decir, señor. Usted ya ha tomado una decisión.

—¿Crees que estoy equivocado?

—Creo que... ambos tienen parte de razón. Solo espero que nadie más resulte herido ni muerto. En especial, usted y la señorita Kyle. Si no desea nada más...

—Estoy calmado, Alfred. Siento una gran paz. Veo claro lo que debo hacer como si me estuviera guiando la luz de un faro en la noche.

—Lo celebro, señor.

—Prepara las habitaciones del ala oeste. Los Ford llegan mañana.

2 de marzo de 1935

Tras tomar el desayuno, Bruce permanece en el salón leyendo el periódico. Lo cierto es que los males que ve reflejados en esas páginas le resultan, en ese momento, ajenos, como si el personaje frívolo que siempre ha encarnado, se hubiera apoderado de él. Pero el inesperado sonido del timbre de la puerta principal, perturba ligeramente esa paz alcanzada tras una penosa travesía, como si su sexto sentido le advirtiera de un factor extraño en la perfecta ecuación que ha calculado. Mira su reloj y hace memoria, recordando que Edsel y su familia seguramente aún deben encontrarse sobrevolando Pensilvania. Y las inconfundibles pisadas de Alfred acercándose, confirman sus sospechas de que no se trata del cartero ni de un vendedor.

—Señor... el teniente James Gordon ha venido a verle.

—¿Cómo?

—Sí, está esperando en el vestíbulo.

—¿Te ha dicho qué es lo que quiere?

—No, señor. Solo, que quiere verle.

—¿Y ha venido solo?

—Sí, así es.

—Bien... hazle pasar al salón inglés. Yo iré en breve.

—Muy bien, señor.

Bruce medita sobre esa súbita aparición. Gordon es de los pocos en los que siempre ha podido confiar, pero el cúmulo de sucesos vivido en las últimas semanas le han empujado a exponerse. Le vienen a la memoria las fotografías del panel de su cueva, y le sacude un temblor súbito al pensar que, en las comisarías de Gotham, muchos ojos pueden estar observando esas mismas caras. Pero ahora, más que nunca, debe colocarse su máscara pública.

Gordon recorre lentamente el salón victoriano hasta el que Alfred le ha acompañado. Iluminado por una lámpara de araña de estilo Tiffany, el oficial observa los paneles de madera oscura que recubren las

paredes, las molduras, y también la chimenea; los muebles esmeradamente tallados; los intrincados motivos florales que muestran los tapizados de sillas y sofás, así como las cortinas. Mira varias antigüedades y piezas de cristalería, pero sin atreverse a acercarse y mucho menos a tocarlas. Se siente incluso incómodo por pisar la mullida alfombra central que parece recién limpiada, la cual, sin duda, debe ser extraordinariamente cara.

—Ni en tres vidas podría pagar esto con mi sueldo— susurra Gordon.

—Buenos días, teniente —saluda Bruce, a su espalda.

—Señor Wayne, gracias por recibirme —dice Gordon, volviéndose y acercándose para darle la mano—. Perdone por presentarme aquí de improviso. Llamé a su oficina hace dos días y su secretaria me dijo que había salido de viaje, pero que hoy ya estaría de nuevo en Gotham, así que me he tomado la libertad de venir sin avisar.

—Ha hecho bien. Siéntese, por favor.

Ambos toman asiento en unas no muy cómodas, pero sí extravagantes sillas de respaldo alto. En ese momento, Alfred entra al salón.

—¿Desean tomar algo?

—Oh, no. No le robaré mucho tiempo —dice Gordon.

—Yo tampoco tomaré nada. Gracias, Alfred. Y bien, ¿a qué debo el placer de su visita?

—Verá, en primer lugar, en Indiana olvidé felicitarle por su cercano enlace con la señorita Kyle.

—Muchas gracias.

—También quería agradecerle, en nombre de mis compañeros y superiores, su generosa contribución al departamento. No es fácil encontrar hoy en día personas tan solidarias como usted. Es admirable ver lo involucrado que está con Gotham y sus ciudadanos. Si todos siguieran su ejemplo, estoy seguro de que saldríamos de esta época oscura en un abrir y cerrar de ojos.

—Yo no estaría tan seguro, teniente. Llevo años intentando hacerlo lo mejor que puedo, y parece que solo nos hundimos más y más.

—No se culpe. Un solo hombre no puede luchar contra todo un sistema que parece haberse desmoronado, aunque se apellide Wayne. —Bruce no contesta, por lo que el oficial comprende que debe explicar qué otros motivos le han llevado allí—. Verá... hasta hace poco, era el responsable de la investigación relacionada con, imagino que ya lo sabrá... ese imitador del Joker.

—Oh, sí, —dice Bruce, con pesar—. Un hombre sin escrúpulos, por lo que he podido leer en la prensa. Espero que no tarden en atraparlo.

Pero, disculpe, ¿ha dicho que usted *era* el responsable? ¿Ya no lleva el caso?

—No, ahora, ya no.

—No pretendo ser indiscreto, pero ¿puedo preguntarle qué ha ocurrido? Confío en que no le haya afectado tanto como para tener que dejarlo.

—Oh, no. He tenido discrepancias con mis superiores. No estaban conformes con los avances ni con el enfoque que estaba dando al caso.

—Comprendo —dice Bruce, con una mirada en la que muestra que no cree una palabra de lo que está escuchando.

—Señor Wayne... las personas de su clase tienen fama de mostrarse extraordinariamente sinceras. A veces, incluso hirientemente sinceras. Así que, con su permiso, a mí también me gustaría serlo.

—Yo diría que ya lo está siendo. Puedo asegurarle que lo que me diga, no saldrá de esta habitación.

Y Gordon comprende que puede dar el siguiente paso.

—Me han suspendido de empleo y sueldo.

Aunque la había pedido, Bruce no esperaba tal demostración de franqueza, por lo que, tras asimilar esa noticia, recupera el rictus de indiferencia que ha perdido por un instante.

—¿Por su falta de resultados en esa investigación?

—En parte... digamos que hay intromisiones políticas y actuaciones que van en contra de mis métodos. Supongo que no era la persona adecuada para llevar el caso.

—Comprendo...

—Lo que quiero decirle, señor Wayne, es que, si acude a la comisaría central para hacer oficial su donativo, yo no estaré allí, y me temo que tampoco el capitán Mulrooney.

Bruce mira fijamente a ese hombre, sin asentir, pero tampoco mostrando extrañeza.

—Entendido. Y, dígame, teniente...

—Gordón, por favor. Llámeme, Gordon.

—Pues bien, Gordon, ¿qué va a hacer ahora? No creo que alguien como usted pueda permanecer de brazos cruzados después de haberse acercado tanto a ese criminal.

—¿Y qué propone que haga? Ya le he dicho que me han suspendido.

—¿No cuenta con gente de confianza en su comisaría? Compañeros con los que continuar su investigación de forma paralela... No finja que esta situación no le quema por dentro.

—Por desgracia, en esta profesión, y debido a la crisis, es difícil saber en quién confiar.

—Siempre ha habido corrupción en el departamento de policía. Eso es algo que no debería sorprenderle.

—Tenía razón... los de su clase pueden ser excesivamente sinceros.

—No se haga el ofendido por eso. Gotham y la corrupción han ido de la mano desde antes de que usted y yo nacióramos.

—Sabe, hay alguien... alguien en quien hasta ahora he podido confiar, aunque tampoco comparto sus métodos.

—Mientras no cruce ciertos límites, si con esos métodos puede lograr lo que la policía, no, tal vez debería seguir confiando en él.

—Yo no he dicho que no sea agente de policía.

—Si lo fuera, se habría referido a él como *un compañero*. No como, *alguien*.

Gordon sonríe, sabiéndose dentro de un juego en el que se siente cada vez más cómodo.

—No podré actuar como hasta ahora. No tendré ayuda del departamento ni podré acudir a los lugares a los que solía ir. Ahora, estoy solo.

—Es duro, pero confío en que seguirá adelante y hará lo correcto.

—Bien... creo que ya le he quitado suficiente tiempo, señor Wayne. Sin duda, usted también estará muy ocupado con sus asuntos.

—Lo estoy, pero tengo buenas expectativas. Creo que, dentro de poco, las tornas cambiarán a nuestro favor.

—Daría mi brazo derecho porque eso se cumpliera.

—Le acompaño a la salida.

Gordon sube a su automóvil y abandona la propiedad Wayne, pero seguido por la mirada de cuatro hombres que permanecen en el interior de un Graham Blue Streak, con el sargento Wesler al volante.

—¿Qué habrá venido a hacer aquí? —pregunta uno.

—Puede que haya venido a buscar trabajo —responde otro de sus acompañantes.

—Continuaremos vigilándole —dice Wesler—. Tarde o temprano, nos conducirá al Murciélago o al Joker.

5 de marzo de 1935

—¿Al teatro? —pregunta Edsel Ford a Bruce, tras el almuerzo.

—Se estrena la obra *Tristán e Isolda*, dirigida por el gran Artur Bodanzky. Y en mi palco hay asientos de sobra para todos.

—No sé si será buena idea ir con mis hijos, al menos, con William y Benson.

—Entonces ven con tu mujer y tus padres. Alfred es un excelente niño.

—Bruce... agradezco tu hospitalidad y tantas atenciones... los chicos están encantados aquí. Me dicen que esto es como un parque de atracciones, y mis padres se sienten como miembros de la aristocracia en ese balneario, pero, me dijiste que estableceríamos una colaboración entre nuestras dos empresas...

—Relájate, Edsel. Esto es algo que hay que llevar con discreción. Ahí fuera hay muchos ojos y oídos siguiendo nuestros pasos, y debemos parecer dos amigos ricos que simplemente se están divirtiendo.

—Pues fingimos muy bien...

Esa noche, Gordon se dirige a casa más tarde de lo acostumbrado. Anda despacio, con paso inseguro. Puede que haya bebido demasiado. Entra en su edificio y sube las escaleras apoyándose en la barandilla, balbuceando palabras sin sentido mientras busca sus llaves y mira al suelo, procurando no tropezar en los escalones. Cuando llega a su piso, encuentra el pasillo totalmente a oscuras. Se acerca a la bombilla de la entrada, le da pequeños golpes y la gira varias veces. “No va a encenderse, Gordon”, escucha tras él. El oficial se gira hacia la oscuridad; hacia esa nada que acaba de hablarle.

—¿Quién... quien está ahí?! —pregunta alterado, echando mano con torpeza a su costado izquierdo; al lugar donde siempre, hasta hace poco, tenía su arma.

—Soy yo, Gordon —dice el Murciélago, acercándose lo suficiente como para que pueda distinguir su silueta.

—¿Tú? de acuerdo —dice, relajándose—. Pero ¿qué haces aquí?

—Te están siguiendo.

—¿Seguirme? ¿Quién?

—Policías.

—Policías...

—He venido para decirte que el lugar al que se refiere el último acertijo, es el cementerio Jay, en el condado de Westchester. Deberás estar allí el viernes.

—Westchester... y... ¿y tú no irás?

—No, pero tendrás ayuda. ¿Hay alguien en quien puedas confiar?

—Alguno hay...

—Llévalos contigo. El Joker me espera a mí. Podréis sorprenderlo. Y procura que no te sigan... Adiós, Gordon.

—Espera... hay... hay algo más... el acertijo decía... decía que los muertos morirán... o que dejarás morir a los muertos...

—“A veinticinco muertos dejaras morir a manos del Joker”.

—Sí... eso es. ¿A qué se refiere?

—No lo sé con seguridad. Habla de esas personas como muertos a los que dejar morir, así que temo que estarán enterradas vivas en algún lugar del cementerio.

—Dios mío...

Y de la oscuridad surge por completo esa sombra encapuchada de orejas puntiagudas que más parecen cuernos.

—Te necesito sobrio, Gordon. Necesitas estar centrado y con todos tus sentidos alerta para poder atrapar a ese psicópata. Ya sabes de lo que el Joker es capaz.

—Estoy bien... es solo que... esta situación me está superando.

—El final está cerca. Te lo aseguro.

Dichas esas palabras tranquilizadoras, el Murciélago retrocede hasta sumergirse de nuevo en la penumbra. Gordon tarda en dar la espalda a esa nada, palpando la pared para poder llegar a su apartamento.

8 de marzo de 1935

El sol del atardecer se refleja en la brillante carrocería de dos Rolls-Royce que aguardan a las puertas de la mansión Wayne. Bruce y Edsel salen al jardín en compañía de los padres de este último, Henry y Clara.

—Lamento que Selina haya recaído. Ayer estaba estupendamente —dice Edsel.

—Debería haber guardado más reposo, pero es muy testaruda.

—Me recuerda a alguien...

Antes de subir al vehículo, Bruce se gira y mira hacia una de las últimas ventanas de la mansión. A ella, está asomada su prometida, que le observa sin expresión alguna.

—Ten cuidado —susurra Bruce.

Selina no necesita escucharlo para saber lo que ha querido decir. Ya que los últimos días se lo ha repetido hasta la saciedad.

El 1411 de Broadway asiste a un desfile de lo más selecto de la alta sociedad de Gotham. Varios fotógrafos hacen cola a las puertas del Metropolitan Opera House, inmortalizando a los presentes para la sección de variedades de sus diarios. Cuando Bruce y Edsel hacen acto de presencia, todas las miradas son para ellos, siendo reclamados a

gritos por los reporteros. Tras dejarse fotografiar, Bruce se dirige a Edsel.

—Yo voy dentro con tu padre. Fotografíate con Clara. Está radiante.

—Bien, nos vemos en el palco.

Y Edsel y su madre quedan a merced de los flashes, siendo el reportero del Gotham Tribune, Edward Nigma, quien más sonrío de entre todos los que han acudido a esa cita.

Es noche cerrada en el cementerio Jay, lo que convierte a ese desamparado lugar en el escenario idóneo para que la mente, con sus macabros pensamientos siempre al acecho, engañe a los sentidos, haciendo ver a los ojos todo tipo de amenazas y aberraciones. Dos hombres recorren el lugar, no temiendo la aparición de personajes con los que se atemoriza a los niños, sino de algo peor.

—Ya hemos pasado antes por aquí —gruñe el capitán Mulrooney, aferrado a una escopeta—. Estamos dando vueltas en círculos.

—Sé lo que hago, Sean —responde en voz baja el teniente Gordon, que empuña otra escopeta—. Concéntrate en buscar a los rehenes.

—Solo te digo que...

—Espera... allí —dice Gordon, señalando una gran cantidad de túmulos de tierra recién removida.

—Dios mío —susurra Mulrooney—. Están ahí.

Suenan dos disparos de revolver, seguidos de una risa histérica, inconfundible para los que la han escuchado alguna vez.

—Mierda —maldice Mulrooney, agachándose—. Es él.

—A cubierto —manda Gordon, ocultándose ambos tras sendas lápidas, dando la espalda al origen de esa carcajada.

“Al tétrico amparo de la bóveda formada por las ramas de los árboles, —comienzan a escuchar un pasaje de *La leyenda de Sleepy Hollow*—, vio una sombra quieta, informe, erguida, alargada y ancha. Como acechando en la oscuridad cual animal dispuesto a arrojar sobre el viajero que se atreviera a entrar en sus dominios”.

—Ese cabrón es bueno —dice Mulrooney.

—O nosotros hemos perdido facultades —murmura Gordon.

—Habla por ti...

—Por favor, caballeros —dice el Joker, acercándose lentamente, aunque sus pasos, amortiguados por el mullido manto de hierba, apenas lo delatan—, denme sus abrigo, sombreros y todas las armas que lleven encima. Entonces, les permitiré pasar a la fiesta que he preparado. Pero dense prisa, al resto de los invitados no les queda demasiado tiempo

—Maldito... —masculla Mulrooney—. Yo digo que salgamos y le vaciemos el cargador.

En ese momento, Gordon ve frente a él, oculta en una arboleda cercana, una figura oscura. Es una sombra que le mira con dos enormes ojos verdes, llevándose un dedo terminado en garra a los labios, desapareciendo al instante.

—¡De acuerdo! —grita el teniente—. ¡Haremos lo que dices!

—Pero ¿qué haces, James? ¿Te has vuelto loco?

—Tenemos refuerzos. Ayúdame a distraerlo. ¡Haremos lo que digas! ¡Pero libera a los rehenes!

—Obedeced, obedeced —dice el Joker—. Odio repetirme, odio repetirme.

—¡Está bien! —dice Gordon, tirando su escopeta y su revolver.

El teniente se pone en pie y se quita la gabardina y el sombrero, indicando a Mulrooney que haga lo mismo. A regañadientes, el capitán se levanta, despojándose igualmente de sus armas y chaqueta.

—Bien —dice el Joker, amartillando su revolver—. Ahora, que salgan el resto.

—No hay nadie más con nosotros —responde Gordon, en voz baja.

—¿Que no hay nadie más? —pregunta el Joker, cuya eterna sonrisa, desaparece al instante.

—No, maldito demente —dice Mulrooney.

Y el rostro del Joker se trasfigura, como si los músculos de su cara cobraran vida propia bajo la piel.

—Solo dos viejos... ¿para enfrentarse a mí?

—¿A quién llamas viejo, monstruo de feria? —gruñe Mulrooney, incapaz de contenerse.

—No me importan los encierros ni el dolor, pero detesto, con toda mi alma, el desprecio a mi trabajo... a mi obra. Eso es algo que no puedo soportar. Si hay algo que odio, es que me menosprecien.

El Joker apunta a Mulrooney con su arma, recuperando levemente la sonrisa perdida.

“Yo también”, dice una voz femenina tras él. El Joker se vuelve, pero solo para ver fugazmente a la Gata golpearlo en la cabeza con una patada giratoria que lo arroja al suelo. Los oficiales se aproximan entonces lentamente a ambos, no sabiendo cómo actuar.

—James... —susurra Mulrooney.

—¿Qué?

—Y ahora ¿qué hacemos?

—Ocuparos de los rehenes —dice Dos Caras, surgiendo de improviso tras la espesura, el cual, empuña una ametralladora Thompson.

—¿Dent? —pregunta Gordon.

—No, teniente. Dent murió. El sistema que defendió y por el que luchó durante años... lo dejó morir. Yo soy Dos Caras.

—Escúchame. Debemos detenerlo —dice Gordon, señalando al Joker—. Podemos poner fin a esta pesadilla ahora mismo.

—No. Yo lo liberaré con un objetivo. Esto solo terminará con el Murciélago, muerto.

—Dent, entrégate. Tú no eres como él.

—No... por eso nadie más que el Murciélago debe pagar. Tú, ven aquí —dice Dos Caras, mirando a la Gata.

Ella obedece, no mostrando un ápice de temor ante ese otro ser que parece encarnar a dos entes opuestos, igual o más siniestro aún que el Joker. Cuando lo tiene a un palmo, no puede evitar un sentimiento de repulsa al contemplar el lado izquierdo de ese rostro deforme: al ver casi toda su dentadura y encías descubiertas; el ojo sin parpado ni ceja que parece salirse de la cuenca, y esa carne sin piel y como en estado de putrefacción.

—Dile, que la próxima vez que nos veamos... será la última —advierte Dos Caras—. Que venga él en persona.

—Será un placer —responde la Gata.

—¡Vamos! —ordena Dos Caras al Joker, apuntándole con la ametralladora—. Levántate. Nos vamos.

El Joker obedece. Se pone en pie con dificultad y camina tambaleante, aún aturcido por el certero golpe de esa oponente a la que no puede vencer en el cuerpo a cuerpo. Se siente frustrado y avergonzado como un perro al que su dueño acabara de apalear, pero cuando pasa al lado de la Gata, no puede evitar mirarla y acercarse a su oído.

—Hubiéramos sido muy felices... si fueras más valiente.

—La felicidad está sobrevalorada —contesta ella—. Yo soy más de melancolía.

Y esas dos figuras grotescas desaparecen engullidas por la espesura de la misma manera furtiva en la que han surgido.

—Ocuparos de los rehenes —dice la Gata.

—Nos vendría bien ayuda —responde Gordon.

—Yo diría que ya os he ayudado bastante —replica la Gata, marchándose también por donde ha venido.

—Como aparezca algún otro bicho raro tras esos árboles, me da un infarto aquí mismo —dice Mulrooney.

Sin mediar más palabras, capitán y teniente se ponen manos a la obra, afanándose por desenterrar a los rehenes, con la esperanza de que aún sigan todos con vida.

Capítulo 14

9 de marzo de 1935

De madrugada, dos hombres entran en el destartalado almacén que durante semanas les ha servido de guarida. Al fondo, en su mesa, alumbrado por una lámpara, Edward Nigma los observa llegar. Uno de ellos camina adelantado varios pasos; tras él, el otro le apunta con su ametralladora. Edward no sabe quién prefiere que empuñe el arma, y quién sea el que obedezca.

—¿Todo ha salido según lo previsto, socios? —pregunta Edward, viendo que el antiguo fiscal del distrito ha tomado de nuevo el control.

Dos Caras empuja al Joker con el cañón del arma, haciendo que se siente en un sofá mugriento.

—Dímelo tú —susurra Dos Caras.

—Por supuesto... por supuesto, socio... nuestro plan continúa según lo previsto.

—Enséñamelo... ahora... o despídete.

—Sí... desde luego —dice Edward, que sabe por esos ojos, a cada cual más furioso, que no puede dar más largas.

El reportero le tiende una fotografía, y Dos Caras se acerca para poder verla bien bajo la luz de la única bombilla que alumbra el lugar.

—¿Te estás burlando de mí?

—No. Claro que no, socio —dice Edward, con convincente seguridad—. El Murciélagó, es Edsel Ford.

—¡Ha ha ha! —ríe el Joker—. Deja que me apunte ese chiste para mi repertorio.

—Explícate, y rápido —pide Dos Caras, apuntando al reportero con el cañón de la ametralladora.

—Piénselo... Solo alguien con los recursos y la tecnología de la que dispone Edsel Ford, podría ser el Murciélagó. De ahí sus largas ausencias. Por eso desaparece durante semanas o meses... porque debe atender sus asuntos en Detroit. Para él, Gotham es como... su coto de caza privado.

—No tiene sentido que alguien como Ford arriesgue su vida en estas calles —murmura Dos Caras, pero convencido en parte por el relato de Edward.

—Oh, claro que lo tiene. Edsel ha vivido toda su vida bajo el yugo de su padre. A la sombra de ese tirano controlador de Henry Ford que

se niega a morir. Para él, transformarse en el Murciélago y luchar contra los criminales de Gotham, es como... una terapia; una forma de enfrentarse a esa fuerza opresiva que lo atenaza y liberar la rabia y frustración que lleva dentro desde niño.

Dos Caras baja la ametralladora, pareciendo satisfecho con las explicaciones recibidas. Observa la fotografía de Edsel junto a su madre, Clara, y la vuelve hacia Edward.

—Me aseguraste que lo destruirías por dentro. Dime, Enigma, ¿te parece esta la cara de alguien al borde de la locura?

—Solo finge —dice Edward, quien, por primera vez, parece no poder contener los nervios—. Es un experto en la mentira; en aparentar lo que no es. Solo así ha logrado ser dos personas tan distintas y engañar al mundo durante tanto tiempo. Aunque por dentro está destruido, todavía tiene fuerzas para llevar su máscara, pero se la arrancaremos.

—Se acabaron los acertijos —susurra Dos Caras—... ha llegado el momento de confesar la verdad.

—Sí... me parece bien, pero...

—No te estoy consultando. Escribe lo que acabo de decir.

—Se acabaron los acertijos —repite Edward, tomando papel y lápiz—... ha llegado el momento de confesar a verdad...

—Así comenzará el último mensaje que le enviaremos.

Bruce Wayne, rodeado por la misma oscuridad en la que ha permanecido en vela durante horas, ve llegar, a través del enorme ventanal de su dormitorio, el Rolls-Royce conducido por su fiel mayordomo y confidente. Casi antes de que el vehículo se detenga, la Gata sale de la parte trasera. Está ilesa, y la luz de la luna resplandece en sus garras y en su máscara y traje de cuero negro. Bruce respira aliviado y también orgulloso. Se relaja y camina hacia la puerta de su estancia, por la que no tarda en entrar esa oscura figura. Sin encender ninguna luz, se acerca a ella y la mira de arriba abajo. Posa las manos sobre sus brazos y las sube hasta su cara, quitándole la máscara. Libera la tensión en forma de un beso repentino que es correspondido casi al instante. Y siente que esas garras afiladas, cuya carne aún guarda algún recuerdo de ellas, se deslizan por su espalda. Bruce la aprieta contra él y comienza a quitarle el traje. La Gata, en una muestra loable de control, se quita los guantes terminados en garras, y hace lo propio, envolviéndose ambos en esa oscuridad en la que hacía mucho que no brillaba la luz de la pasión.

Al amanecer, Bruce desayuna junto con la familia Ford casi al completo en el salón principal de su mansión. Él muestra un excelente

apetito, así como los jóvenes Henry, Josephine, William y Benson. También Eleanor come con deleite, ajena a las cuitas de su esposo. Y es que Edsel siente la escrutadora mirada de su padre, que ha aceptado desplazarse hasta allí y gozar por primera vez en su vida de unos días de vacaciones, pero solamente por la promesa de un gran acuerdo con ese magnate, aunque abandonar Detroit y permanecer alejado de su empresa y trabajadores, es algo que le exaspera, convirtiéndose su hijo en el blanco de ese descontento.

—Una representación extraordinaria ¿verdad? —pregunta Bruce.

—Maravillosa —responde Clara—. Fue una velada increíble.

—Y qué escenario —añade Eleanor—. Yo creía que después de estar en el teatro Fox, ya nada podría sorprenderme, pero el Metropolitan es algo increíble.

Henry Ford carraspea. Ese hombre de setenta y un años, pero de presencia y carácter imponente, no ha probado aún bocado, y parece que el desayuno no es lo único que le desagrada.

—Bruce —dice Edsel, entendiendo que el reproche es para él—. Ha surgido un imprevisto y debemos regresar a Detroit. Sería deseable que pudiéramos cerrar el acuerdo que nos ha traído aquí, lo antes posible.

—Desde luego —responde Bruce, consciente de la situación—. Pero es posible que te necesite a mi lado unos días más. Estoy seguro de que tu padre podrá hacerse cargo de ese imprevisto.

—Puede apostar a que sí, señor Wayne —dice Henry, con una mirada capaz de atravesar el hormigón.

Tras el almuerzo, Tanto Henry Ford como su esposa, Clara, así como Eleanor y los hijos de Edsel, dejan la mansión Wayne cargados con su equipaje. Edsel acude al jardín a despedirse, pero en el rostro de su padre, ve muchas cosas salvo aprobación y respeto.

—Te quiero de vuelta en Detroit en una semana —advierte Henry Ford—. Allí están tus responsabilidades, no aquí, con este patán que no sabe lo que es el trabajo.

—Este acuerdo marcará un antes y un después en nuestra empresa, papá. Puedes estar seguro.

—Más te vale.

Edsel dedica una sonrisa a sus hijos y esposa, pero esa despedida de su padre, sumada a las dudas que tiene respecto a las intenciones de su gentil anfitrión, es algo que le pesa como una lápida.

En la biblioteca, ambos magnates disfrutaban de una copa de coñac y de dos de los mejores cigarros puros habanos que se pueden comprar,

aunque por sus semblantes, se diría que el único que realmente está gozando del momento, es Bruce Wayne.

—Y bien, Bruce —dice Edsel— ¿Vas a decirme de una vez cuál es esa propuesta que tienes para mí?

—Desde luego, Edsel. Y te pido que te disculpes en mi nombre ante tu padre si se ha sentido ofendido. Los ritmos de Gotham y Detroit son diferentes.

—No, en absoluto. Todos han estado encantados, es solo que es un hombre muy severo y no le gustan los rodeos. Es por la edad. Cada vez tiene menos paciencia.

—De acuerdo. Escucha —dice Bruce, inclinándose en su butaca y bajando la voz, como si temiera que alguien oculto tras una cortina, estuviera espiándolos—. Quiero comprar Rolls-Royce.

Escuchar eso, hace que Edsel quede confundido.

—¿Que quieres comprar otro Rolls-Royce?

—No. No otro Rolls... quiero comprar la compañía.

La cara de Edsel continua siendo la de uno que hubiera visto un fantasma.

—¿Por qué?

—Sus motores y los avances que están logrando en la tecnología de propulsión son impresionantes. Yo tengo a los mejores expertos del país, pero, aun así, nos sacan diez años de ventaja. Una de las figuras más prometedoras del mundo en esa especialidad, es un tal Stanley Hooker, que trabaja para ellos. Llevo meses tentándolo para que se una a Industrias Wayne, pero en Rolls-Royce lo tienen bien atado. Si no puedo conseguirlo a él, me haré con toda la compañía.

—Muy propio de Bruce Wayne. ¿Pero sabes de cuánto dinero estás hablando? Eso es demasiado incluso para ti.

—Por eso te necesito, Edsel. Quiero que vayas a Inglaterra.

—¿Yo?... ¿Ir a Inglaterra?

—Y lo haremos público. Me aseguraré de que la prensa se haga eco. Cuando estés allí, te dejarás ver por Nottingham y Derby, que es donde tiene su sede Rolls-Royce. Entonces, haremos correr el rumor de que estás interesado en hacerte con la compañía.

—Pero eso hará subir el precio de sus acciones.

—Y, entonces, entraré yo en juego.

—Eso será visto como una guerra de pujas. La Ford Motor Company e Industrias Wayne peleando por una empresa, hará que multiplique su valor.

—Hasta que, repentinamente, tú te retirarás de la pelea; y, a los dos o tres días, yo haré lo mismo. Eso generará una gran desconfianza

en la sociedad y entre sus accionistas. Creerán que hemos descubierto algo... algún error catastrófico en su tecnología, una patente robada o cuentas falsificadas. La empresa perderá credibilidad y se hundirá en bolsa. Entonces, la compraré a precio de saldo.

—Eso es maquiavélico incluso para ti...

—Lo sé, pero no hay otra opción. Ayúdame, y compartiré mi tecnología contigo.

Edsel bebe de su copa y recapacita.

—De acuerdo, Bruce. Jugaré a tu juego. Pero quiero garantías por escrito de esa futura colaboración entre nuestras dos compañías.

—Antes de tu marcha firmaré un preacuerdo. Eso hará que tu padre al fin te vea como su digno heredero.

Y Edsel sonríe, sabiendo que ese hombre conoce a la perfección sus puntos débiles.

—¿Y cuándo quieres que parta a Inglaterra?

—Estoy esperando noticias de un socio. Tú, ten preparado el equipaje. Estoy seguro de que no se demorará demasiado.

—Está bien —dice Edsel, levantando su copa—. Por los frutos de nuestra futura alianza.

Bruce levanta igualmente la suya. Ambos se recuestan en las butacas, henchidos de complacencia y vanidad, siendo en esa ocasión, tan dichoso el semblante de uno, como el del otro.

11 de marzo de 1935

En el lujoso baño de su habitación, Bruce se cubre cara y cuello con espuma, mientras en su gramófono suena de fondo la solemne y dramática pieza *Sarabande*, de Haendel. Es una de las pocas melodías que ha escuchado en meses, y casi maneja la cuchilla al majestuoso y repetitivo son de esas notas.

Cuando baja al salón, su mayordomo le está esperando con el consabido desayuno a base de un huevo pasado por agua, un té con miel, una naranja pelada, y su tostada. También le edición de esa mañana del Gotham Tribune aguarda sobre la bandeja, pero, a diferencia de días anteriores, está abierto por la sección de anuncios clasificados.

—Ha llegado otro, señor. Y parece el último.

Y Bruce mira esas palabras, a las que, por primera vez, esperaba con ansia.

Reunidos en la cueva, Bruce, Selina y Alfred, leen con calma el acer-tijo:

“Se acabaron los acertijos. Ha llegado el momento de confesar la verdad.

No te esconderás en la oscuridad, sino que te iluminarán muchas velas y, a vida o muerte tendrás la oportunidad de luchar, para que tu identidad no sea revelada.

Tú, vestirás de negro, los demás, de verde, y, si no deseas que mueran más inocentes de los que se puedan contar, que esta vez no acudan tus amigos de azul”

—Bien —susurra Bruce—. Cree que me tiene. Tal y como quería.

—Querrás decir, que cree que tiene a Edsel —pregunta Selina.

—Es lo mismo.

—Amo Bruce ¿no cree que es tiempo de que el señor Ford vuelva a Detroit? Aquí, corre peligro —inquire Alfred.

—He pensado algo mejor. Voy a mandarlo más lejos. Al otro lado del mundo. Pero aún hay algo que debe hacer por mí. Centrémonos ahora en el acertijo. Solo está indicando un lugar.

—El lugar del duelo final —dice Selina.

—Sí, el lugar en el que esperan que me entregue... que me rinda. El lugar en el que esperan darme el tiro de gracia.

—Dice que le iluminarán muchas velas —murmura Alfred—. Sin duda, debe tratarse de una iglesia.

—Veamos a cuál se refiere —prosigue Bruce—. “Tú, vestirás de negro, los demás, de verde”. De verde...

—El día de San Patricio —dice Alfred, reprimiendo la euforia—. Se celebra este 17 mayo de marzo. Toda la ciudad estará engalanada de verde en honor a la comunidad irlandesa.

—Bien visto, viejo amigo —dice Bruce, con condescendencia—. Pero al ser el diecisiete un domingo, se adelantará al sábado dieciséis.

—¿Y el lugar? —pregunta Selina.

—Tratándose del día de San Patricio, y sabiendo que el desfile que recorre la Quinta Avenida parte de la catedral de Saint Patrick, el lugar no puede ser otro más que ese.

—Y con “tus amigos de azul”, se refiere a la policía —añade ella.

—Pues pienso decepcionarles. Pero lo que más me preocupa es cuando dice que morirán más inocentes de los que se puedan contar.

—Ese día, todos los habitantes de Gotham estarán en las calles —dice Alfred—. Una bomba al paso del desfile mataría a decenas de personas, incluso colocada al azar.

—Pero dice “más inocentes de los que se puedan contar”. Tiene que ser algo más que una bomba. Tal vez piensan emplear un arma química; algún tipo de gas venenoso.

—Tal vez en la carroza principal —dice Alfred.

—Es posible...

—Es un farol —afirma Selina.

—¿Qué? —pregunta Bruce.

—No morirá ningún inocente —prosigue ella—. En el cementerio Jay, Dent me tuvo a su merced. A mí, a Gordon, y al otro policía. Podía habernos matado allí mismo solo para castigarte, para hacerte sufrir, pero no lo hizo. Incluso dejó que se rescatara a los rehenes. Él no quiere que haya muertes innecesarias.

—Él liberó al Joker —dice Bruce—. Es tan culpable de cada muerte que ha habido, como si hubiera apretado el gatillo él mismo.

—Lo sé, pero vi arrepentimiento y una conciencia atormentada en él. Créeme, jamás causaría una masacre como la que se describe ahí. Es un farol. Solo te quiere a ti.

—Selina, puede que eso sea justo lo que quieren que pensemos. Tal vez por eso se mostró compasivo contigo. Quieren que nos confiemos y bajemos la guardia.

—No todo ocurre como deseamos, Bruce. No tenemos siempre todo bajo control. Es un error pensar que nuestros enemigos dominan por completo la situación y que todo ocurre tal y como lo planean.

—Lo sé. Creo que mis enemigos pueden cometer un error, pero no soy tan iluso como para creer que puedan cometer dos...

—Y yo creo que es imposible que esas mentes trastornadas no cometan más de dos.

—Puede que la señorita Kyle tenga razón, señor —dice Alfred—. No hay más pistas ni posibilidad de actuar en otros frentes. Parece claro que la catedral de Saint Patrick será el único lugar en el que todo se decidirá.

—Sí, qué mejor escenario que ese para redimirnos de nuestros pecados. Alfred, toma nota. Voy a dictarte una noticia para que filtres al Gotham Tribune.

—¿Solo al Tribune? —responde el mayordomo, tomando lápiz y unas cuartillas.

—Sí. Creo que uno de nuestros enemigos ha estado muy cerca de mí. Los redactores del Tribune nunca habrían publicado un anuncio con esa errata en el nombre del Joker. Si lo escribieron con dos jotas, es porque quisieron que se publicara así. Alguien de dentro se encargó de ello. Echémos el anzuelo, a ver qué pescamos.

12 de marzo de 1935

Faltan pocos minutos para las seis de la tarde, y en las oficinas del Gotham Tribune, las operadoras, archivistas, secretarias, ilustradores, publicistas y varios redactores, comienzan a recoger sus enseres, dando por finalizada la jornada laboral.

—¿Dónde está Nigma? —pregunta Jeffrey Dumler, el editor jefe, a Richard Eaton, el responsable de la sección de sociedad.

—No lo sé... ¡Tom!

—¿Sí, señor Eaton? —responde Thomas Cartwright, un fotógrafo.

—¿Has visto a Edward?

—Creo que está en el archivo, si no se ha ido ya.

—Vete a buscarlo e id al despacho del señor Dumler.

—Sí, señor —responde Thomas.

A los quince minutos aproximadamente, ambos trabajadores se presentan ante el editor jefe.

—¿Quería verme, señor Dumler? —pregunta Edward Nigma.

—Vaya, gracias por dignarse a aparecer en la oficina, señor Nigma. ¿Se puede saber dónde te metes últimamente?

—Es que estoy trabajando en algo muy importante, jefe.

—¿Y ese algo te impide responder al teléfono entre las seis de la tarde y las nueve de la mañana? No habrás vuelto a pasar las noches en vela siguiendo el rastro del Murciélago, ¿verdad?

—No... no señor. Desistí de eso hace mucho tiempo...

—Tú sabrás lo que haces, pero quiero poder localizar a mis empleados fuera de las horas de oficina. Así que la próxima vez que me apezetca molestarte en tu piso mientras duermes, más te vale responder.

—Sí, señor...

—He recibido un soplo. Al parecer, Edsel Ford va a partir a Inglaterra y dejará la empresa en manos de su hijo: Henry Ford II, que no tiene ni dieciocho años. Os quiero a los dos haciendo guardia día y noche en la terminal de cruceros.

—¿Cómo dice? —pregunta Edward, que palidece al momento—. ¿Está seguro de eso?

—Sabíamos que los Ford estaban aquí en Gotham. Tú mismo lo fotografiaste. Están tramando algo, y ese algo incluye a empresas del otro lado del charco. Quiero un artículo lleno de especulaciones y amarillismo. Salid ahora mismo hacia el puerto y conseguid fotografías y declaraciones de Edsel Ford. Que sepa que no puede esconderse de la prensa. Presionadle; que se sienta incómodo.

—Bien, señor —dice Thomas.

—Espere, jefe —balbucea Nigma—... eso, eso no tiene sentido. Edsel Ford no puede... ¿seguro que no se están burlando de usted?

—¿Cómo dices? —pregunta Dumler, incorporándose de su silla.

—No quería faltarle al respeto, es solo que...

—¡Conozco bien esa fuente, Edward! ¡Jamás me ha dado una información falsa ni ligeramente errónea! Si Edsel se va a Inglaterra, es porque algo importante se está cocinando en el seno de la Ford Motor Company, y a tenor del tiempo que ha pasado aquí, puede que también afecte a Gotham. ¡Y ahora, largo de mi despacho!

—Sí... sí señor —dice el fotógrafo, cogiendo del brazo a Edward y sacándolo de allí.

—No es posible... no es posible... —murmura Edward mientras deja las oficinas del Gotham Tribune, con la mirada perdida en un suelo por el que apenas siente que tenga fuerzas para arrastrarse.

13 de marzo de 1935

En el muelle 96 del puerto de Gotham, que es donde se encuentra la terminal de cruceros, Thomas Cartwright y Edward Nigma rondan acechando a todos los viajeros que acuden para embarcar con destino a Southampton. Edward lleva toda la mañana fumando un cigarrillo tras otro, con dedos temblorosos.

—¿Se puede saber que te pasa? —le pregunta su compañero—. Llevas semanas casi desaparecido y tu trabajo deja mucho que desear.

—No te metas en mis asuntos. Tú dedícate a seguir tomando fotografías a las viudas del Upper East Side y sus caniches.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa?

—¡Estoy bajo mucha presión!, ¡¿de acuerdo?!... Ahora, cierra la boca y abre los ojos.

Tras dos horas, una pequeña comitiva de siete hombres corpulentos y cinco más portando maletas y baúles, llama su atención. Todos rodean a otros dos. Uno de ellos, les parece ser Edsel Ford.

—¿Es él? —pregunta Thomas.

—Sí... eso creo.

—¿Y el otro es... es Bruce Wayne?

—El mismo.

—Pues no creo ni que puedas acercarte a hablar con él.

—Sí... no busca pasar inadvertido, que digamos.

Ambos se acercan al grupo, aunque pronto son detenidos y apartados por los guardaespaldas de Bruce.

—¡Señor Ford! —grita Thomas, cámara en mano, procurando tomarle una instantánea—. ¡Aquí, señor Ford!

Bruce mira a fotógrafo y reportero, y este último le resulta familiar. Recuerda haberlo visto en la velada de boxeo, y también en Indianápolis. Intenta hacer memoria, y puede que estuviera presente en otras ocasiones, pero ya no muestra la alegría del que parece disfrutar con su trabajo. Al contrario, tiene aspecto de no haber dormido en días y ve un rastro de angustia en su mirada que él conoce bien.

—Aguarda, Edsel. Conozco a esos hombres. Trabajan para el Gotham Tribune. Atendámosles.

—Como mandes —murmura Edsel—. Tú sabrás lo que haces.

Tanto Bruce como Edsel se detienen y permiten que Thomas les fotografíe, posando de fondo con el transatlántico de la United States Lines con destino a Southampton.

—Muchas gracias, señor Wayne y señor Ford —dice Thomas.

—Señor Ford... —dice Edward.

—¿Sí, señor...?

—Nigma, Edward Nigma. Soy reportero del Gotham Tribune... Dígame, ¿de verdad... de verdad se va a Inglaterra?

Y Bruce no pierde detalle de los gestos, vacilación en las palabras ni temblor de manos, labios y párpados de ese hombre, que le va resultando cada vez más familiar.

—Así es. No sé cómo os habéis enterado, pero está claro que no se pueden tener secretos en esta ciudad ¿verdad, Bruce? —se burla Edsel, con una sonrisa impropia del que ha visto desvelados sus planes.

—Ya te lo advertí, Edsel —responde el heredero de los Wayne, que realmente está disfrutando con la situación.

—Pero... no —dice Edward, con la mente turbada, tanto por el cansancio, como por la confusión—. No puede... no puede irse ahora...

—Bueno, si sigo aquí parado, está claro que el crucero se irá sin mí —responde Edsel—. Si no desean nada más, tengo que embarcar.

Edward lo sigue con la mirada mientras se aleja y llega a la pasarela de embarque. Bruce Wayne, no siendo capaz de reprimir la tentación de comenzar a saborear su venganza, se gira hacia él, y sus ojos se cruzan por un momento.

—Está bien. Vámonos —dice Thomas—. Ya tengo lo que necesito.

—No... no puede ser. Seguro que no embarca.

—Pero, ¿qué dices? Ya está a bordo y han subido su equipaje.

—No puede ser —susurra Edward, con la mirada perdida, notando un sudor frío mientras sus temblores aumentan—. No puedes hacerlo... Yo digo cuándo y a dónde debes ir. Eres mi marioneta... ¡Mi marioneta!

Capítulo 15

Tras haber pasado casi todo el día en su bar preferido, el teniente James Gordon sube las escaleras de su edificio entre la agónica luz de unas viejas bombillas. Se detiene al comienzo de cada planta y, pegado a la pared, asoma la cabeza para otear a un lado y otro de los pasillos, no sabiendo ya a quién o qué debe temer. Cuando llega a la séptima planta, abre más aun los ojos y oídos, y cuando cree estar seguro de no tener compañía, camina lentamente hacia su apartamento. “Buenas noches, Gordon”, escucha tras él.

—¡Señor! —exclama el oficial, al que le da un vuelco el corazón, volviéndose y diferenciando una figura familiar—. A este paso, no llego a mi jubilación.

—No te preocupes. Todo va a acabar pronto.

—¿Pronto? ¿Cuándo es pronto? ¿El sábado?

—Sí, en la celebración del día de San Patricio.

—No fue difícil de adivinar. Pero ¿dónde? ¿Lo sabes?

—En la catedral de Saint Patrick. Te necesito allí. Pero, esta vez, no esperemos compasión.

—Ya veo que te han contado lo que ocurrió en el cementerio. Esa compañera tuya... la Gata... es de armas tomar. Hacéis buena pareja.

—Eso pienso yo también. Aguarda mi señal. Ese día, terminará todo, de un modo u otro.

—No me gusta cómo suena eso. Confío en que lo tengas todo controlado.

El teniente se da la vuelta, no esperando ninguna despedida.

—Gordon —susurra el Murciélago—. Di a tu gente que has averiguado que todos estaremos allí.

—¿Estás seguro?

—Sí. Quiero a esa unidad allí. Hagamos que todo acabe ese día.

—De acuerdo... —responde Gordon.

14 de marzo de 1935

En un almacén del muelle, la noche parece mucho más oscura y tétrica de lo que es en realidad. Edward Nigma está sentado en su mesa, enterrado entre diarios y recortes de prensa, repasando cada fotografía y artículo del Gotham Tribune de los días correspondientes

a los acertijos. Y un ejemplar de ese día cae con violencia ante sus ojos, abierto por la tercera página.

—¿Qué es esto? —pregunta Dos Caras.

Edward lo coge con aprensión y ve la imagen de Edsel Ford tomada por su compañero, bajo el titular:

“Edsel Ford, presidente de la Ford Motor Company, parte a Reino Unido dejando al cargo de su compañía a su primogénito, Henry Ford II, en lo que supone una arriesgada apuesta que puede hacer tambalear los cimientos de la industria automovilística norteamericana”

—Sí... no... esto... esto no es lo que parece...

—Yo diría que sí —responde Dos Caras, sacando su pistola y apuntándole entre los ojos—. Te dije lo que ocurriría si me mentías.

—No te he mentado, socio. No ha embarcado, lo juro. Eso es precisamente lo que busca.... Quere que nos enfrentemos entre nosotros. Es todo una burda estrategia. ¿Por qué si no iba a aparecer ante la prensa? No tiene sentido. Si de verdad quisiera llevar adelante un plan para su empresa, lo haría en el máximo secreto. Esta situación es justo la que él quiere. Es su último cartucho... ya se sabe que es muy astuto.

Dos Caras aparta el arma. Las palabras de ese hombre, sumadas a las que se enfrentan en su cabeza, hace que ya no sepa qué creer ni en quién confiar. Se escucha entonces la risa del Joker, que permanece arrodillado en un oscuro rincón, atado de pies y manos.

—¿Tienes algo que aportar? —pregunta Dos Caras, que saca su dólar de plata mientras se acerca a él—. Piénsalo bien, porque puede que no nos guste lo que digas.

—No sé cuál de los dos sois más patéticos fingiendo ser lo que no sois.

—¿Y qué fingimos ser? —pregunta Edward.

—Gánsteres. Genios del crimen.

—¿Cómo tú? —continúa Dos Caras, acercándose a él—. Mírate. Tú, que has pasado de estar encerrado en los sótanos de Arkham, a maniatado en un almacén mugriento, ¿pretendes darnos lecciones?

—Encerrado o atado, sigo siendo el único aquí que puede hacer frente al Murciélago, pero vuestros malditos juegos solo nos han hecho perder tiempo, aunque reconozco que he disfrutado con ellos.

—¿Cuándo has disfrutado? —inquire Dos Caras, agachándose ante él—. ¿Con las palizas que te ha dado su compañera, la Gata?

Y el Joker sonríe tanto que parece que la cara se le agrieta.

—Por supuesto. He disfrutado con cada palabra, cada gesto y cada golpe. La tenía... la tenía a mis pies.

—Pero escapó.

—Como tú la dejaste escapar en el cementerio. Haber acabado con ella sí que habría sumido al Murciélago en la locura, pero tu dichosa conciencia intermitente apareció en el peor momento. Y ahora, el Murciélago parece ser que está fuera de nuestro alcance en medio del maldito océano Atlántico.

—¡Eso es mentira! —grita Edward, temblando—. Irá a Saint Patrick... vendrá a nosotros, arrastrándose.

Dos Caras se vuelve hacia el reportero, con la pistola en una mano, y la moneda en la otra, no sabiendo Edward a cuál de esos dos objetos debe temer más.

—Y tú también irás —murmura Dos Caras.

—¿Qué?

—Esta vez, los tres estaremos allí. Todo terminará en la catedral de Saint Patrick.

16 de marzo de 1935

Las calles, balcones y comercios de Gotham amanecen engalanados de verde para celebrar el día de San Patricio. A pesar de la grave crisis económica que atraviesan, el entusiasmo de los ciudadanos, con la orgullosa comunidad irlandesa a la cabeza, hace que se agolpen por millares a lo largo de la Quinta Avenida, por donde el desfile no tarda en comenzar a transcurrir. La mayoría de los asistentes portan banderas irlandesas junto con las norteamericanas, y un buen número visten con chaquetas, bufandas y altos sombreros de copa verdes. La docena de carrozas presentes están adornadas con enormes tréboles y llevan a cuestas, a modo de maestros de ceremonias, a los auténticos protagonistas del desfile: enormes figuras de duendes pelirrojos o *leprechauns*, propios del folklore irlandés.

La fiesta se prolonga durante todo el día y casi hasta el anochecer. Tras más de cinco horas, uno de esos asistentes decide que es hora de retirarse. Enigma, vestido con chaqueta y bombín verdes y portando un innecesario bastón dorado, se dirige, junto con los últimos rayos de sol, a la catedral de Saint Patrick. Mira a su alrededor y entra en ese

gran templo neogótico de planta en forma de cruz latina. A medida que avanza por el vestíbulo y la nave central, observa a su alrededor. Ve a dos personas sentadas en un banco frente al Altar Mayor; familias, seguramente visitantes, contemplan las bóvedas de crucería y las figuras del llamado “jardín del Cielo” que adorna el techo; también, a varios hombres en la nave lateral norte, ante los altares de las Santas Reliquias, el de San Agustín, y el de San Juan Bautista de la Salle. Sube entonces por las escaleras que llevan al gigantesco órgano trasero formado por casi seis mil tubos, ocultándose en la Galería del Coro. Desde esa lejanía y gracias al silencio reinante, escucha abrirse la puerta del brazo sur, a la que se accede por la Calle 50, penetrando en el transepto dos figuras tan inquietantes como él mismo. Son Dos Caras y el Joker, que lleva lo que parecen dos pesados maletines, uno en cada mano. Esa aparición hace que las familias corran hacia la salida profiriendo callados gritos, como si, incluso en esa situación, tuvieran más temor de perturbar con el eco de sus voces la paz de ese sagrado templo, que de los maniacos recién llegados. Pero allí hay otros que no los temen en absoluto. Desde lo alto de la Capilla de la Virgen, dos oscuras figuras caen al suelo como si fueran imágenes que se hubieran desprendido de las vidrieras. Tras incorporarse lentamente, el Murciélago y la Gata se les aproximan, uno por cada lado del Altar Mayor, hasta quedar separados de Dos Caras y el Joker por unos veinte pasos.

—¡Bienvenido, Murciélago! —grita Enigma, abriendo los brazos—. ¡Veo que has traído compañía! ¡Qué generoso eres pensando en que no solo el señor Dos Caras tenga diversión!

—¡Baja aquí y juega conmigo! —responde la Gata—. ¡Y comprobárs lo divertida que puedo llegar a ser!

—Adoro a esta chica —susurra el Joker, soltando las maletas—. Podríamos haber hecho grandes cosas... pero has elegido mal.

—¡Basta! Solo me importas tú. —grita Dos Caras, señalando al Murciélago—. Suelta tus armas, quítate la máscara, y morirás de forma rápida. Te prometo que tu apellido y tu familia no se verán manchados por tus actos.

—¿Esa es tu mejor oferta? —pregunta el Murciélago.

—¡Es la única que recibirá... señor Edsel Ford! —grita Enigma.

—¡Ya puedes dejar de fingir! —dice el Murciélago—. ¡Lo has hecho muy bien, Edward! ¡Los has traído a los dos ante mí!

—¿Edward? —se pregunta Dos Caras, girándose hacia su supuesto socio, atónito por esas palabras, casi tanto como el propio Enigma—. ¡Maldito traidor!

—No —balbucea Enigma—... no es posible que sepas quien soy...

El Joker se agacha con disimulo y abre las maletas.

—Maldito bastardo —susurra Dos Caras—. Nos has vendido.

—¡Ocúltate, Edward! —grita el Murciélago.

A esa señal, los dos hombres que permanecían sentados ante el Altar Mayor, se levantan empuñando escopetas.

—¡Quietos! —grita Gordon.

—¡No os mováis, malnacidos! —añade Mulrooney.

Y los que se encuentran ante los altares de las Santas Reliquias, el de San Agustín y el de San Juan Bautista de la Salle, sacan también revólveres y encañonan tanto a Dos Caras como al Joker.

—¡Al suelo, escoria! —ordena el sargento Maxwell Wesler, rodeado por el resto de los miembros de su unidad.

En ese momento, el Joker se incorpora con un brillo de macabra felicidad en los ojos, su gran sonrisa, y una ametralladora Thompson en cada mano. Al ver eso, el Murciélago se echa sobre la Gata y la cubre con su capa a prueba de balas. Y la risa histérica que mana de la garganta del Joker es ahogada por el estrépito de esas armas que disparan sobre los agentes. Decenas de proyectiles impactan en las columnas de mármol y atraviesan bancos y tallas, matando en el acto a cuatro policías e hiriendo gravemente a otro. Tan solo el sargento Wesler y Ronald Hansborough han sido capaces de apostarse tras una columna. Aprovechando el desconcierto, Dos Caras se aleja en dirección a las escaleras que llevan a la Galería del Coro, más deseoso de hacer pagar a Enigma por su traición, que de acabar con su más odiado enemigo. Cuando los cargadores de las ametralladoras quedan vacíos, el Joker las tira y saca su revolver, alejándose hasta perderse por las escaleras que dan a la torre sur.

—Ve a por él —dice la Gata—. Nosotros nos ocuparemos de Dent.

El Murciélago acepta ese consejo. Saca su pistola de arpón y dispara sobre los arcos de la nave lateral del ala norte, bajo las vidrieras. La pieza metálica queda enganchada en un triforio y, entonces, activa el mecanismo que recoge velozmente el cable, elevándose hasta allí y penetrando por el estrecho pasadizo. La Gata mira a su alrededor, viendo a Gordon oculto tras un banco cerca del Altar Mayor. Cuando sus ojos coinciden, ella señala a lo alto; hacia el lugar al que se dirige Dos Caras. El oficial asiente, se incorpora y camina cautelosamente a través de la nave lateral empuñando su escopeta, cubriéndose tras cada columna para cerciorarse de que es seguro seguir avanzando.

—¡Dent! —grita Gordon—. ¡Dent! ¡Soy el teniente de policía James Gordon! ¡Ríndete! ¡No puedes escapar!

Pero nadie contesta, ni hay rastro del que parece no responder ya a ese nombre. Gordon sube hacia el Coro, se detiene por varios instantes y respira hondo antes de doblar una esquina. Cuando al fin da el paso, es recibido por varios disparos que impactan en la pared y en su mano derecha, obligándole a retroceder y soltar el arma.

—¡Ah! ¡Dios! ¡Maldita sea! —gruñe Gordon por el repentino dolor.

Mientras eso ocurre, Enigma baja por las escaleras del ala sur hasta la nave lateral. Su sonrisa puede rivalizar con la del Joker en tenebrosidad y sinrazón. Pero la silueta oscura y de miembros alargados de la Gata, se aparece ante él, cortándole el paso.

—Os he vencido —murmura Enigma—. He vencido al Murciélago, al Joker y al fiscal Dent... los he engañado a todos... y ni siquiera conocía a ese estúpido de Herbert Stick...

—No me importa —responde la Gata—. Lo único que me importa es que has hecho sufrir a alguien a quien quiero.

—Yo solo quería sobrevivir... ¿sabe Eleanor lo vuestro?

—¿Eleanor?

—Eleanor Clay Ford. La esposa de Edsel... del Murciélago.

—Edsel Ford está muy lejos de aquí. Eres muy estúpido si creías que iba a ser tan fácil.

—Tú también —dice Enigma, sonriendo, mirando tras ella.

Ese gesto, y el inconfundible sonido de un revolver siendo amartillado, hace que, en un alarde de reflejos, la Gata se arroje al suelo, logrando esquivar milagrosamente un disparo del sargento Wesler que alcanza en el pecho a Enigma. Ella se arrastra entre los bancos hacia el Altar Mayor. Varios disparos más impactan a sus pies, rozándole una bala la pierna derecha cuando llega ante la entrada de la cripta. El sargento Wesler se le acerca despacio, saboreando el momento de tener a su alcance a otro fuera de la ley.

—Tú eres caza menor —susurra el oficial, apuntándole con su arma—. Pero has cabreado a mucha gente importante de esta ciudad. Estoy seguro de que algún ricachón me dará una buena recompensa por tu cabeza.

“Eh, payaso”, escucha Wesler tras él. Al girarse, tan solo puede ver fugazmente la culata de la escopeta del capitán Mulrooney impactándole en plena cara. Ese golpe le rompe la nariz y lo arroja al suelo. Tras asegurarse de que está inconsciente, el capitán se agacha ante la Gata y le ayuda a incorporarse.

—Gracias —dice ella.

—No hay de qué. Le debía una. Por lo del cementerio, y...

—¿Sí?

—Usted fue quien robó la caja fuerte de la casa del banquero Derek R. Hamilton, ¿verdad?

—Eso dijo la prensa...

—Entonces, le estoy doblemente agradecido. Ese cabrón desahució a mi hermana hace tres años y, desde entonces, ella, su marido y sus cuatro hijos, viven conmigo y mi familia. Y, créame, coincidir todos los días con tu cuñado en el cuarto de baño al levantarte, es algo que no le deseo ni a mi peor enemigo. Así que, si usted desvalijó a esa sanguiuela, le considero una amiga.

—Es el mejor cumplido que me han hecho en mucho tiempo. —dice ella, con una sonrisa.

—¡Me vendría bien algo de ayuda! —grita Gordon, que continúa acorralado por Dos Caras.

—Yo iré —dice la Gata.

—¿Está segura? —pregunta Mulrooney.

—Sí, usted ocúpese de los heridos.

—Bien... ¡Ronald! —grita el capitán al único agente de la unidad que permanece ileso—. ¡Deja de esconderte y ayúdame!

Cerca del Coro, Gordon intenta, a duras penas, cargar la escopeta mientras reprime el dolor de una herida por la que no deja de sangrar.

—Dent... todo ha terminado —murmura el oficial.

—Nada ha terminado —contesta Dos Caras, sin decidirse a dar el paso de rematar a ese al que ni odia ni merece morir—... Nada ha salido como debía... Nada es cómo debería ser.

—Lo sé —dice de improviso la Gata, tras él.

Esa aparición hace que Dos Caras se vuelva como un resorte, apuntándole con su pistola.

—Tú... te advertí... Os advertí que si venía la policía...

—¿Morirán más inocentes de los que se puedan contar? —dice ella, aproximándose—. Tú no eres así. Sigues siendo Harvey Dent.

—No... Mírame... Dent ya no existe.

—Todos tenemos cicatrices, Harvey —susurra la Gata, acercándose más al cañón del arma—. Eso no cambia quiénes somos. Al contrario, solo nos recuerda por lo que hemos pasado, para entender lo que somos.

—Tengo que acabar con el Murciélagos. Tengo que acabar con todos. Solo así esta ciudad podrá sanar.

—Solo has conseguido crear el caos, y que mucha gente sufra. Pero no te culpo. Has perdido el control.

—¿El control?

—Sé de lo que hablo —contesta la Gata, recordando y repitiendo un diálogo pronunciado hace tiempo, pero con los papeles invertidos.

—Que sea la suerte la que decida —dice él, sacando su dólar de plata—. Cara, me rindo; cruz, os vuelo la cabeza a los dos, y después, hago lo mismo con el Murciélago y con el Joker.

Dos Caras lanza al aire la moneda convertida en voz del destino. Cuando se encuentra en lo alto y antes de empezar a caer, se escucha un disparo de escopeta, y el dólar es hecho añicos ante sus ojos. Gordon respira hondo por haber podido realizar ese disparo tan certero, pero carga de nuevo el arma, no sabiendo cual puede ser la reacción de ese hombre enajenado. Pero no hay reacción. Dos Caras queda inmóvil. Sus ojos miran a la nada, mostrando solo una expresión de incredulidad, y La Gata posa sus dedos acabados en garras sobre el cañón de la pistola, quitándosela sin esfuerzo.

—Debemos... debemos detener al Joker —susurra Dos caras, o puede que, Harvey Dent—. Señor... ¿qué he hecho?

—No —dice la Gata, mirando a lo alto, como si sus ojos pudieran ver más allá de los muros—. Esto es algo que deben terminar ellos.

En las estrechas escaleras que conducen a lo alto de la torre sur, el Murciélago sigue el eco de una risa desquiciada cada vez más jadeante. Ese perturbador rumor es sustituido pronto por unas palabras que parecen manar de las propias paredes: “Ya conocía en toda su deformidad al ser con el que compartía algunos de los fenómenos de la conciencia, y con el que habría compartido la muerte. Pero, aparte del horror y de la tragedia de ese vínculo, con toda su energía vital, ya le parecía algo, no solo infernal, sino inorgánico”. El Murciélago continúa su ascenso, sintiendo cada vez más próximas las palabras de ese al que teme cada vez menos. “Esto es lo que más horror le produce: que ese fango parezca emitir gritos y voces; que esa sustancia viscosa gesticule y cometa pecados; que algo muerto, una cosa informe, pueda usurpar las funciones de la vida”. Y cuando llega a lo alto de la torre, ve recortada, frente a la mortecina luz que penetra por una ventana que da a la Quinta Avenida, esa inconfundible silueta escuálida.

—“Y, más aún —susurra el Joker, terminando de recitar ese texto del libro: *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*—, que esa rebelde monstruosidad sea más cercana que una mujer; más íntima que un ojo; como anidada en él y enjaulada en su misma carne, donde la oye murmurar y luchar para nacer; y que, en algún momento de debilidad, o en la confianza del sueño, pueda imponerse contra él mismo y despojarlo de la vida”.

El Murciélago camina despacio, pues ha aprendido a esperar cualquier cosa en presencia de ese ser.

—Sabes que no puedes escapar —susurra el Murciélago.

—¿Crees que vas a volver a encerrarme?

—Tú solo te has encerrado.

—¡Ha ha ha! Veo que no recuerdas lo que te dije... Esto solo terminará de dos maneras.

—Vuestro plan ha fracasado. Tus socios ya estarán detenidos.

—¿Mis socios?... Te lo dije. Te lo dije, pero no me escuchas. Nunca me importó quien hay ahí debajo. Solo he alargado lo inevitable, porque tu zorra me parece encantadora. Dime ¿te arriesgarás a que esto vuelva a repetirse? —inquire el Joker, subiendo a la repisa de la ventana—. ¿A que la próxima vez no quiera divertirme antes de acabar con ella? ¿Podrás vivir cada día de tu embustera vida, con el temor de saber que he escapado? ¡¿O harás aquello para lo que fuiste creado?!

El Murciélago avanza hasta quedar a tan solo un par de pasos de él. Ahora, puede ver mejor esa gran sonrisa jadeante, esa piel agrietada manchada por una pintura corrida por el sudor, y esos ojos infectados de locura a los que sabe capaz de cualquier cosa.

—Ríndete. No tienes ninguna posibilidad de huir.

—Es digno de elogio cómo disimulas tu odio y temor, pero es inútil que lo hagas conmigo. Sé que tu mente no deja de pensar: ¿que habrá maquinado hacer ese loco con mi chica? Estoy seguro de que has imaginado cosas aún más grotescas que yo. Vamos, puedes poner fin a todo eso. Puedes evitar que ocurra.

—No voy a matarte...

—Sí que vas a hacerlo. Uno de los dos, morirá hoy. La pregunta es, si el que lo haga, renacerá como su verdadero *yo*.

El Joker se inclina hacia al exterior, acto que provoca una rápida reacción por parte del Murciélago, que lo agarra por la chaqueta.

—¡No! ¡No me mates Murciélago! —grita el Joker, mirando a la calle—. ¡No me mates!

—No lo conseguirás —responde esa sombra que a duras penas puede sujetarlo—. No dejaré que lo hagas.

—¡No, por favor! —sigue gritando el Joker, logrando que varios transeúntes y conductores se detengan para observar la escena—. ¡No me mates, Murciélago!

—No me convertirás en lo mismo que tú. Sé bien quien soy.

—Ya deberías saber, que no importa lo que creas ni pienses —susurra el Joker, acercándose a él.—. Importa lo que el resto del mundo diga. Y cuando todos te llamen asesino, y unos te odien, pero la mayoría te aplaudan por haber acabado con este monstruo, tu propia mente te convencerá de que lo hiciste... y, entonces, matará a la conciencia para evitar que sufras por los remordimientos. Y, después,

hará que cada vez que lo recuerdes, te invada el placer, y querrás repetirlo una y otra vez... y ya no podrás parar. Bienvenido, al primer día del resto de tu nueva vida.

Y el Joker, haciendo acopio de todas sus fuerzas, se impulsa con sus pies sobre el cuerpo del propio Murciélago, cayendo de la torre con una mueca de gran felicidad. El Murciélago saca su pistola y dispara sobre. La cabeza del arpón logra enredarse en el tobillo derecho del Joker, frenando su caída y haciendo que quede balanceándose junto a la fachada, a unos treinta metros del suelo.

—¿Por qué lo has salvado?! —grita desde la acera un hombre que ha observado toda la escena.

—¿Deberías haber dejado que ese asesino se haga puré! —chilla otro.

—¿Bájalo! —secunda un tercero—. ¡Nosotros nos ocuparemos de él!

Pero el Murciélago no complace esas peticiones. Activa el mecanismo de la pistola que recoge velozmente la cuerda, y hace que el Joker vuelva a subir en medio de los insultos y abucheos de los transeúntes. Una vez a salvo en la torre, el Murciélago le ata las manos a la espalda.

—Escúchalos —dice el Joker—. Has hecho lo correcto y, aun así, esos a los que pretendes proteger, te odian ahora más que nunca.

—No me importa —dice el Murciélago, guiándolo escaleras abajo.

—Si me hubieras entregado a ellos; a esos seres tan civilizados... habrías visto su verdadera cara. Algún día descubrirás que, cuando estás rodeado de monstruos, el único monstruo, acabas siendo tú.

En la nave central, el teniente Gordon esposa a Dos Caras, mientras el capitán Mulrooney y el agente Ronald, atienden a Edward Nigma, procurando detener la hemorragia de esa herida de bala que milagrosamente no ha resultado mortal.

—Debo irme —dice la Gata—. No sería buena idea que los refuerzos me vieran con vosotros.

—Como quiera. Ha sido un placer —responde Gordon.

—Lo mismo digo —dice Mulrooney, desde la nave lateral—. ¿No va a esperar a su...?

—Ya está aquí —dice ella, señalando las escaleras de la torre sur.

Tras varios segundos, hacen su aparición el Joker y el Murciélago. Para alivio y sorpresa de los presentes, ninguno muestra un solo rasguño en piel ni ropas.

—Es todo suyo, agentes —dice el Murciélago—, empujando al Joker hacia Gordon.

El Murciélago sujeta a la Gata por la cadera con la mano izquierda, mientras que con la derecha dispara su pistola de arpón a lo alto,

haciendo que quede enganchado en uno de los tubos del órgano, elevándose hasta la Galería del Coro y desapareciendo en la oscuridad.

—Menuda semana —murmura Gordon.

—James —dice Mulrooney, llegando hasta él, mirando a Dos Caras y al Joker—. El comisionado nos ordenó que los hiciéramos desaparecer, pero yo no estoy dispuesto a obedecer.

—Yo tampoco. Enviaremos al Joker de regreso a Arkham, y también llevaremos allí a Dent. No conozco otro lugar mejor para él.

—Pero hay algo más. Si queremos poner fin a esto de una vez por todas, debemos detener a ese supuesto imitador del Joker.

—Pero no existe ningún imitador del Joker.

—Pues debe haberlo. Necesitamos a un cabeza de turco.

Y las mentes de ambos son cruzadas por un brillante destello, volviéndose sus miradas al que aún permanece inconsciente frente al Altar Mayor.

—Ronald —dice Mulrooney.

—¿Sí, capitán?

—Felicidades, vas a tener el honor de ser tú el que detenga a ese maniaco imitador del Joker que tanto daño a hecho a esta ciudad.

—¿A quién se refiere? —dice el agente, mirando al lugar en el que se posan los ojos de sus superiores.

—Oiga, no... no estará pensando en...

—Insisto —dice Mulrooney, apuntándole con su revolver.

—Tranquilo, hijo —Dice Gordon, secundando esa propuesta—, te darán una medalla por esto.

—Bueno... si me lo pide con tanta amabilidad —murmura Hansborough, sintiendo que no tiene posibilidad de negarse.

17 de marzo de 1935

“¡TERMINÓ LA PESADILLA!

El imitador del Joker, que durante semanas ha aterrorizado Gotham, fue detenido ayer junto con el fiscal Harvey Dent en la catedral de Saint Patrick”

—“La operación especial —lee Bruce, mientras desayuna con Selina— liderada por el teniente de policía James Gordon, dio como

resultado la captura del criminal responsable de sembrar el pánico y regar de sangre las calles de Gotham. El criminal tras la falsa identidad del Joker, que antes de su detención causó la muerte de varios agentes e hirió de gravedad a un reportero de este periódico que fortuitamente se encontraba en el lugar, ha resultado ser el sargento de policía, Maxwell Wesler. El oficial, de cuarenta y siete años y natural de Connecticut, es un veterano de guerra conocido entre sus compañeros y superiores por sus métodos violentos y continuas insubordinaciones. Expertos del asilo Arkham consultados por este diario, consideran que su actuar puede deberse a un trastorno por estrés post-traumático causado por sus vivencias en el frente. Junto al sargento Wesler fue detenido también el fiscal del distrito, Harvey Dent, que permanecía en paradero desconocido desde el pasado 29 de diciembre. Se desconoce qué papel ha jugado Dent en este caso, pero fuentes del departamento de policía, han asegurado no descartar la hipótesis de que pudiera ser cómplice del imitador del Joker. Mención especial merecen el capitán Sean Mulrooney y el agente Ronald Hansborough, sin cuya determinación y valor, no hubiera podido llevarse a cabo la detención de tan peligroso criminal”... Esto es increíble. Van a culpar a ese desgraciado por las muertes del Joker.

—Ese desgraciado, como tú lo llamas, estuvo a punto de volarme la cabeza —dice Selina—; y a saber cuánto daño a hecho a personas inocentes a lo largo de su vida. No me da ninguna lástima.

—Disculpe, amo Bruce —dice Alfred, entrando en el salón—, el teniente Gordon está aquí... de nuevo. Ha venido solo. Le hecho pasar al salón inglés.

Bruce y Selina se miran entre ellos. Es inevitable que sientan la preocupación del que tiene algo que ocultar, pero han vivido lo suficiente junto a ese hombre, aunque sea a través de sus máscaras, como para no tener nada que temer por su parte.

—Hazle pasar aquí.

—Como desee.

Transcurrido poco más de un minuto, el oficial entra en el salón, caminando de forma tan apocada como la vez anterior.

—Teniente Gordon, qué sorpresa verle de nuevo —dice Bruce.

—Confío en no molestar.

—En absoluto. Es un placer recibir en esta casa a un héroe como usted. Precisamente, mi prometida y yo, estábamos hablando sobre lo mucho que esta ciudad le debe a usted y al resto de agentes del departamento. Por cierto, creo que no la conoce aún.

—No. No he tenido el gusto.

—Teniente Gordon —dice Selina, yendo a su encuentro y tendiéndole la mano.

—Señorita Kyle —dice él, estrechándosela con suavidad, sin poder evitar mirar fijamente esos ojos verdes—. Es un placer.

—¿Y en que puedo servirle, teniente? —pregunta Bruce.

—Verá, me siento algo avergonzado por venir aquí y pedirle esto, pero... a mi mujer y a mi hija les entusiasmaría poder asistir a su boda. No paran de hablar de eso desde que supieron que se celebraría en la catedral de Saint Patrick. Todos creíamos que elegirían algún destino exótico, como una capital europea o una isla del Pacífico... Sé que su lista de invitados es enorme y que ya estará todo el aforo ocupado, pero...

—Será para mí un honor que vengan los tres —dice Selina—. Oh, y ese capitán de policía que ayudó a atrapar a ese criminal... Mulrooney, ¿verdad?

—Así es.

—Pues que venga el también. Y que traiga a su familia.

—Es usted muy generosa. Bien, no les quito más tiempo. Estarán muy ocupados ultimando todos los detalles de la boda.

—En breve recibirán las invitaciones —dice Selina, con una gran y sincera sonrisa.

—Gracias, señorita Kyle. Será un placer volver a verla en Saint Patrick, vestida de blanco —dice Gordon, con una sonrisa que no oculta un rastro de ironía—. Señor Wayne.

—Teniente.

De una celda acolchada del asilo Arkham, parten gritos y reniegos, como si alguien estuviera siendo torturado.

—¡No! —chilla el Joker, viendo en el Gotham Tribune la noticia de que su supuesto imitador ha sido detenido—. ¡Eso es mentira! ¡Maldita escoria embustera! ¡Cómo la gente puede ser tan estúpida como para tragarse esto! ¡Sois basura! ¡Sois peores que las ratas! ¡Mi obra! ¡Esa es parte de mi obra! ¡No podéis quitármela! ¡Me las pagaréis! ¡Acabaré con todos vosotros!

Al otro lado de la puerta, varios hombres asisten a ese recital de dolor y lamentos. Al frente de tres celadores, se encuentra el director del asilo, el doctor Jonathan Crane. A su lado, el ingeniero y experto en neurociencia, el doctor Jervis Tetch; un hombre de pequeña estatura que, con el vestuario adecuado, casi podría haber pasado por uno de esos *leprechauns* que el día anterior poblaron el desfile en honor a san Patricio.

—¿Lo ve, doctor Tetch? —dice el director—. Hasta esa mente que parecía impenetrable e invulnerable a las investigaciones del doctor Goldberg, que en paz descansa, tiene miedo a algo. En este caso, a que su legado se pierda. Es fantástico haberlo descubierto casualmente. Con este paciente realizaremos más avances en un mes, de los que mi buen predecesor logró en años.

—La vanidad, doctor Crane —responde Tetch—. La soberbia. Siempre lo he dicho, para actuar sobre la mente, tan solo debemos recurrir a alguno de los siete pecados capitales.

—Pero hay un octavo que domina a todos los demás: el miedo.

—No puedo esperar para comenzar a analizar sus procesos cognitivos; para sintetizar química y electrónicamente sus reacciones psicobiológicas...

—Paciencia, querido amigo. Recuerde que aún debemos reclutar a un experto en biología molecular para poder completar la primera fase de la operación. Este será un proyecto de años, pero, con el Joker como cobaya, su inicio, es prometedor.

—¿Y tiene ya a alguien en mente?

—Creo que tengo al candidato perfecto, o, mejor dicho, candidata.

Y ambos se alejan con una gran sonrisa, envueltos por unos gritos agónicos que continúan maldiciendo y jurando venganza.

18 de mayo de 1935

Luce un sol radiante sobre Gotham y la temperatura es perfecta para celebrar el enlace del que toda la alta sociedad habla desde hace meses. En el interior de la catedral de Saint Patrick, los invitados ocupan sus asientos ataviados con sus mejores galas y joyas. Bruce Wayne aguarda ante el altar vestido con un sobrio esmoquin negro, acompañado por Alfred, su, y más aún en esa ocasión, inseparable mayordomo. Y no puede evitar echar en falta a sus padres más que nunca. Algo más tarde de lo previsto, entra por la puerta la novia del brazo de su padre, Richard Kyle, al tiempo que comienza a sonar la marcha nupcial de Felix Mendelssohn. Ella viste enteramente de blanco, con un traje de cola larga y encaje, tocado y velo. Iniciada la misa, las oraciones se suceden. Tras la homilía y aplicar los sacramentos del matrimonio, ambos se dan el “sí, quiero”. El sacerdote bendice los anillos y Bruce se lo coloca a Selina, haciendo ella lo propio. Los dos se besan entonces ante los aplausos de los presentes, escuchándose incluso algún incontenible grito de emoción. La mujer y

la hija mayor del teniente Gordon no pueden evitar, como tantos otros, llorar de emoción, no creyendo aún estar presenciando ese momento. Tras la consagración y la comunión, el sacerdote realiza la bendición de la pareja, dirigiéndose al fin los recién casados hacia la salida, entre los aplausos, felicitaciones y sonrisas de todos los invitados. Ya en la puerta, ambos posan para la multitud de medios locales, nacionales y extranjeros que se han dado cita allí. Los novios se muestran radiantes, como no podía ser de otra manera, y el brillo del sol hace que el vestido de la novia resplandezca aún más. Pero, de entre todos los enviados, hay uno que llama la atención de Bruce. Tras un fotógrafo, el heredero de los Wayne reconoce a Edward Nigma, el cual se encuentra en segundo plano, como ausente, tomando notas en una libreta. Alfred les está esperando junto a un flamante Cadillac V-16 negro descapotable, pero antes de que puedan llegar al vehículo, son interceptados por varios reporteros ansiosos de registrar las primeras palabras de Bruce Wayne como hombre casado.

—¡Señor Wayne! —grita uno.

—¡¿Qué siente, señor Wayne?! —pregunta otro.

—¡¿Es el día más feliz de su vida, señor Wayne?! —se escucha al fondo.

—Lo es. Tan solo lamento que mis padres no puedan estar presentes hoy aquí —dice Bruce, buscando con la mirada a Edward—. Pero cuando pienso que yo pude correr su misma suerte, sé que debo dar gracias por vivir este día y todos los que llegarán, con todo lo bueno y lo malo que nos puedan deparar. Dar gracias por esta segunda oportunidad.

Edward levanta los ojos de su libreta y se encuentra con los de Bruce, no pudiendo evitar mirar después esos otros, verdes y enormes, que están a su lado, y cuya mente lucha por recordar dónde los ha visto antes. Y no puede, o no quiere, creer lo que su memoria le dice a gritos.

—Y eso me ayuda a intentar vivir sin rencor; sin odio —continúa Bruce—. A perdonar. Porque debemos vivir con nuestros actos, con nuestros pecados y culpas, pero siempre debe haber lugar para el perdón. Y, sobre todo, para perdonarnos a nosotros mismos. Incluso, en ocasiones, si no para el olvido, sí para enterrar profundamente ciertos secretos que deberán acompañarnos a la tumba. La vida es demasiado corta para vivirla con miedo o con odio, ¿no creen?

Los reporteros toman nota de esas palabras, quedando algo confundidos, mientras, de fondo, siguen los vítores y aplausos.

—Que sean muy felices... señor y señora Wayne —dice Edward Nigma, en voz baja.

La pareja sube al Cadillac, que arranca y avanza lenta y majestuosamente por una Quinta Avenida que ha sido cortada al tráfico solo para ellos, dejando sus tres ocupantes, tras de sí, un rastro de paz, felicidad y redención, como nunca antes pudieron haber imaginado.

FIN